



El humanismo

las huellas de la innovación

desde Dante Alighieri hasta Filippo Brunelleschi

Rodrigo Moreno Jeria

60
Años
Perú

EY
Building a better
working world

El humanismo **las huellas de la innovación**

desde Dante Alighieri hasta Filippo Brunelleschi

Rodrigo Moreno Jeria
Lima, Perú, 2020

La presente obra es de distribución gratuita en las diversas modalidades y formatos existentes en medios físicos y/o virtuales. Se prohíbe su venta, distribución, difusión y reproducción total o parcialmente, alterando o suprimiendo el contenido de la Obra, sin el permiso expreso y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

El Humanismo: las huellas de la innovación, desde Dante Alighieri hasta Filippo Brunelleschi

(c) 2020, EY

(c) 2020, Rodrigo Moreno

© Ernst & Young

© EY

© Rodrigo Moreno Jeria

Autor: Rodrigo Moreno Jeria

Editado por:

Ernst & Young Consultores S. Civil de R.L.

Av. Víctor Andrés Belaunde 171, Urb. El Rosario – San Isidro

Teléfono: 411-4444 / Correo: eyperu@pe.ey.com

EY no asume ninguna responsabilidad por el contenido de la presente obra e investigación respectiva, incluyendo las fotos e ilustraciones. El autor es el único responsable por la veracidad de las afirmaciones o comentarios vertidos.

Cuidado de edición: Paulo Pantigoso

Diseño y diagramación: Paul Mendoza Salvador

Imágenes utilizadas en la portada y contraportada:

La ciudad de Florencia según Sebastián Münster, c.1550. Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Mapa del Mar Mediterráneo central por Joan Oliva, 1590. Cortesía de The Library of Congress, Washington.

Escultura de Filippo Brunelleschi por Luigi Pampaloni, 1830. Richardfabi.

Escultura de Dante Alighieri - Florencia. Pixabay.com.

Cúpula de la catedral de Santa María del Fiore. Pixabay.com.

Tiraje: 4,500 ejemplares

ISBN: 978-612-48218-2-0

Hecho en el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°2020-04276

Impreso en Perú / Printed in Peru

Se terminó de imprimir en julio de 2020 en:

Comunica2 S.A.C.

Calle Omicron N° 218, Urb. Parque Internacional de Industria y Comercio

Callao, Perú.

Índice

Proemio 11

Presentación 17

1 Un mundo cambiante:
El entorno propicio para las transformaciones 25

2 La visibilidad del mundo clásico:
cuando el pasado vive en el presente 43

3 El nacimiento del Humanismo:
los precursores 59

Bibliografía 175

Agradecimientos 179

Otras publicaciones 180

4 La segunda generación:
profundizando en la ruptura de paradigmas 87

5 Filippo Brunelleschi:
lo clásico hecho realidad 125

6 Reflexiones para el mundo de los negocios y las organizaciones 165



A todos quienes vivieron intensamente aquella época de cambios, y a los que desean encontrar inspiración para los tiempos que vienen.

Proemio



Paulo Pantigoso
Country Managing Partner
EY Perú

La presente obra del profesor Rodrigo Moreno Jeria, titulada “El Humanismo, las huellas de la innovación”, es la primera de dos, luego de su trilogía publicada también con EY y que son: 1) Cristóbal Colón el Emprendedor: una Historia en Clave de Negocios, 2) Magallanes y Elcano: la Empresa de la primera Circunnavegación del Mundo y 3) Américo Vespucio: la Capacidad de Identificar Oportunidades, libros éstos que abordan historias fundamentales de nuestro variado acervo universal humano, siempre con un toque de conexión a las motivaciones empresariales de sus actores y su entorno.

En esta oportunidad, Moreno nos regala la primera de dos obras que están estrechamente ligadas. Así, esta primera entrega aborda el Humanismo del siglo XV, pero no cualquier “Humanismo”, sino el referido al Humanismo renacentista que se caracterizó por su búsqueda, desde múltiples manifestaciones de la cultura, orientada a rescatar modelos de pensamiento de la Antigüedad Clásica y, sobre todo, del Humanismo grecolatino, que pusieron los cimientos

de una reforma cultural y educativa que se materializó en dicho siglo y en la que se basó el esplendor del posterior y denominado Renacimiento (nótese la importancia de la palabra separada: Re – Nacimiento, o “volver a nacer”, tema éste que será materia de la segunda obra citada).

En este libro, Moreno nos encuadra en el contexto histórico de lo que ocurría en lo que podría decirse que fue el epicentro global (o al menos occidental) de la época: el movimiento intelectual, filosófico, artístico y cultural en toda su extensión, nacido especialmente en la Florencia, Roma, Venecia y Génova del siglo XV (y a veces remontándose a un poco antes, para contextualizar). Así, Moreno nos cuenta de Dante Alighieri, de Giotto di Bondone (“Giotto”), de Francesco Petrarca, de Giovanni Boccaccio, de Filippo Brunelleschi, entre otros grandes exponentes de la cultura por sus aportes en las artes “humanas” (nótese, nuevamente, que el concepto ha trascendido centurias, a extremo de que aún hoy en día se utiliza el término -con cierto sesgo que no le hace justicia- los estudios universitarios de las carreras de “Humanidades”, identificando a aquellas que se relacionan más cercanamente con las “especialidades” del movimiento cultural citado anteriormente, del Humanismo. Moreno, asimismo, nos prepara e ilustra previamente, en los primeros capítulos, desmitificando aquello de que la Edad Media (y en concreto la Baja Edad Media) fue una época de oscurantismo y atraso, pues nos provee citas concretas de lo contrario en lo que más bien fue creando el preámbulo que explotó con el Humanismo. En los capítulos posteriores, el profesor Moreno nos ilustra acerca de los principales aportes y representaciones de varias de las principales figuras de la cultura y del arte en general, del Humanismo.

No obstante lo anterior, el Humanismo fue una corriente renovadora ante siglos de evidente educación castradora y de muy lenta progresión y auspicio científicos, orientada más bien hacia lo eclesiástico y hacia las leyendas sin mayor cuestionamiento ni lógica, y cuyo empuje más bien irrumpió para avanzar como una restauración de una formación integral del hombre a través de sus fundamentos hallados en las fuentes clásicas grecolatinas, en un indubitable cambio de giro hacia el antropocentrismo o el reconocimiento

de la importancia del hombre y de su saber. Así, manuscritos en latín puro y en griego -guardados en bibliotecas monásticas y en el Imperio bizantino que se desmoronaba-, fueron parte de esas fuentes, como también lo fue la magnífica escultura y arquitectura griega, y sobre cuyos estudios las nacientes universidades europeas multiplicaron el interés de una especie de reconquista del saber, oportunamente robustecida con la velocidad que -literalmente- le imprimió la invención de la imprenta. El redescubrir el método científico de la observación y del estudio, de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la escultura, pintura y arquitectura, de la argumentación y de la retórica, fueron expresiones del Humanismo, todas ellas fundamentales para el naciente y crucial valor que se acuñó entonces y que mejor la representa: el valor de la razón humana.

Tengo el privilegio de haber sido alumno de Rodrigo Moreno en clase y fuera de ella, y lo describo como un emprendedor del conocimiento analítico: lo busca, lo relaciona, lo enseña. Como él mismo menciona: dicta lecciones del pasado para entender el presente y prever mejor el futuro. Su investigación y lectura rescata, describe, contextualiza, transporta, divierte y obliga a la reflexión, e impulsa la innovación y relación de causas y efectos. El alcance de sus clases, y ahora de esta obra, es de un cometido relacional bidimensional: pasado con presente, y presente con futuro: todos los anteriores vistos desde una óptica empresarial.

Como lo he mencionado en las obras anteriores del profesor Rodrigo Moreno con EY: en nuestra firma no somos ajenos al esfuerzo de emprender y de tener éxito en los negocios, pues consideramos que con el éxito de los emprendimientos es que las sociedades progresan, acumulan beneficios y distribuyen riqueza. El empresario, pues, emprende y mueve. El empresario fija objetivos y toma decisiones estratégicas con metas, recursos, administración y control de los negocios, y asume riesgos y responsabilidades comerciales, operativas y legales, y cuida del conjunto de variables que se mezclan para procurar obtener un resultado de producción de mayor satisfacción personal y social; es un agente que transforma. ¿Cómo ser un mejor empresario? La respuesta parece siempre muy simple: siendo una mejor persona. ¿Y cómo ser

esto último? Pues con capacitación, inteligencia y reflexión. Las capacidades de anticipación predictiva-assertiva, y de leer “varias jugadas del tablero de ajedrez por adelantado”, le proveen al empresario mayores probabilidades de éxito. Pero, sobre todo, un empresario que tiene a su cargo relacionarse y dirigir personas no puede dejar de aprender y de exigirse intelectualmente; tiene que saber mucho más de todo que el promedio, y es ahí donde EY apoya de manera directa con su incansable esfuerzo de dotar de más conocimientos al empresario, para hacerlo más entendido, mejor gestor, y mejor líder, a través del mejoramiento y profundización de su conocimiento. Por último, el empresario lee, estudia y vuelve a leer.

En ese contexto y de la mano con nuestro propósito que también perseguimos con el empresariado al que asistimos con nuestras asesorías como EY, deseamos arropar más el conocimiento del “hemisferio derecho” en los cerebros que dirigen emprendimientos y empresas, quizás más volcados al pensamiento lógico que podría inferirse que predominare en quienes dirigen los negocios. Por ello, nos importa dar más conocimiento en todos los frentes, y qué mejor descripción que en el frente humano, con este volumen acerca del Humanismo. También deseamos servir a la comunidad de negocios con nuestros servicios profesionales bajo nuestro principio de “construir un mundo mejor para los negocios”, y este volumen del profesor Rodrigo Moreno colabora con ello. Somos conscientes de que uno de los mejores legados es el conocimiento continuo y tenemos la convicción de que obras como esta logran el propósito de recoger historia universal y traducirla en análisis para múltiples beneficios, además de educar de manera seria, visual y divertida.

Nuestro sincero agradecimiento a mi profesor y entrañable amigo Rodrigo Moreno, por escoger a EY como vector para irradiar su sabiduría.

Lima, julio de 2020

Paulo Pantigoso
Country Managing Partner
EY Perú

Presentación



Rodrigo Moreno Jeria
Doctor en historia
Autor

Vivimos tiempos en los que estamos redescubriendo el valor de las humanidades y en donde las Artes Liberales han recuperado espacios en las instituciones educativas que promueven el pensamiento crítico y que extienden la capacidad de enfrentar desafíos. Estamos siendo testigos de un constante cambio de mentalidad, valores y -ojalá- evolución, proceso que ya se inició hace años en diversos espacios del conocimiento y del desarrollo, y que lentamente han arribado a nuestras realidades latinoamericanas.

Sin embargo, hay mucho por hacer. Se necesita un intenso trabajo en la educación primaria, secundaria y universitaria que posibilite la formación de personas preparadas para saber desafiar, justamente, el cómo enfrentar los desafíos que se nos presentan día tras día. El mundo actual requiere de individuos que tengan miradas globales, con pensamiento universal, pero sin perder por ello el desarrollo de habilidades profesionales específicas.

En ese contexto que se hace evidente la necesidad de incentivar los espíritus emprendedores y, en particular, promover la innovación. En el caso específico de la actividad económica, todo parece indicar que “aprender a aprender” a hacer negocios es el principal desafío en los próximos años, puesto que el mundo cambia de manera brutal y, por ende, también los mercados y los escenarios, incluyendo el drama de pandemias que trastocan planes de años y riqueza acumulada en décadas, en solo algunos días. Los espacios de confort cada día van reduciéndose y, por tanto, se hace cada vez más necesario desarrollar todas las habilidades posibles para saber observar y diagnosticar el entorno con mirada interdisciplinaria, versátil y adaptativa.

Es cierto que lo anterior no ocurre en todas partes en forma simultánea y también es verdad que los resultados en este proceso son muy dispares. En algunos países y, en particular, en ciudades y regiones específicas, las condiciones se aceleran y se potencian en una circulación virtuosa, y también es real que en otros lugares el proceso centrífugo juega a la inversa y no posibilita la generación de espacios de desarrollo, inhibiendo precisamente la innovación y la creatividad, empujando a sus habitantes, a sus “cerebros”, a buscar aquellos centros que sí les inviten al crecimiento personal y profesional.

Todo lo anterior nos anima a escribir este libro de divulgación, escrito en clave empresarial que procura incentivar a más personas a leer e involucrarse con la historia, haciéndolas crecer en el conocimiento de esta etapa fascinante e inspiradora del pasado y que sin dudas puede ayudar a reflexionar sobre el presente, con mirada de futuro.

¿Por qué el Humanismo como tema de este libro? Esa es una buena pregunta que muchos se querrán hacer y la verdad es que creo tener una buena respuesta. El Humanismo es, literalmente, la antesala del Renacimiento (antes de, pues, “volver a nacer”), y es lo que en buena parte explica lo que luego ocurrirá en el norte de la actual Italia en la segunda mitad del siglo XV, es decir, en el llamado “Quattrocento”.

El Humanismo fue la manifestación intelectual, literaria y artística de un cambio de mentalidad que progresivamente, desde fines del siglo XIII y durante más de doscientos años, posibilitó un proceso de cambios, de desarrollo y progreso en los distintos saberes, desde las humanidades hasta las ciencias, beneficiándose, de paso, de los múltiples factores que aceleraron el proceso, como por ejemplo, el nacimiento y desarrollo de las universidades; y de la migración de intelectuales Bizantinos hacia la península itálica, en especial desde el siglo XIV, y particularmente en el siglo del derrumbe definitivo del otrora gran Imperio bizantino. El Humanismo también cobró una fuerza expansiva más allá de la península itálica con la invención de la imprenta en Occidente desde mediados del referido “Quattrocento”.

Todo lo anterior significa que no podemos entender el Renacimiento sin el Humanismo o, dicho de otra forma, lo que conocemos como Renacimiento es, en realidad, una expresión artística del Humanismo, puesto que fue necesario primero un cambio de mentalidad, un largo proceso de transformación, que desencadenó luego en aquella explosión de creatividad y genialidad que tuvo su apogeo en figuras de la talla de Leonardo o de Miguel Ángel.

Otra razón del porqué de este libro tiene relación con la necesidad de romper mitos y salir de los lugares comunes que tanto daño hacen a la enseñanza de la historia. Este movimiento que llamamos Humanismo nació en la Edad Media. Sí, aquella época que simplificamos equivocadamente como un “tiempo de oscurantismo” y que albergó -sin duda- luces y sombras como todo período de la historia, con cosas buenas y malas, genialidades y tragedias, no existiendo un periodo en la historia en que se suspendiera la capacidad de crear, inventar y descubrir. Sin embargo, tampoco existe una etapa de la historia humana en donde no haya existido muerte, miseria, ignorancia e intolerancia, como común y malamente se la identifica y atribuye a la Edad Media.

En la llamada Edad Media, existió lo uno y lo otro, como hoy también lo observamos en la sociedad globalizada. Para muestra un botón: hace pocos meses atrás muchos nos conmovimos con el incendio de la catedral de Notre Dame de París, una joya de la humanidad construida por genios “medievales”, en un nuevo estilo artístico -el gótico-, nacido en ese período “oscuro” del siglo XII. Sí, en la Edad Media.

Y como contraparte negativa, fue en el siglo XIV cuando Europa se enfrentó a una pandemia catastrófica que se llevó de este mundo a una buena parte de la población. Sin embargo, en el presente, nos estamos dando cuenta que en realidad las pandemias no fueron exclusivas de la Edad Media y que sus consecuencias siguen siendo desastrosas hasta en el presente, más aún en un mundo donde las principales fortalezas están en la conectividad global.

El Humanismo nació entonces en un escenario convulsionado, con profundos claroscuros, pero en realidad no muy diferente a los entornos complejos a los que hoy nos enfrentamos en una sociedad global que suele sufrir golpes inesperados como los que estamos sufriendo con esta gran pandemia global del COVID-19.

Por lo anterior, este libro tiene múltiples objetivos: por una parte, ingresar a un período de la historia que es controversial y más dinámico de lo que uno se imagina. Y, por otra parte, conocer el Humanismo y los múltiples factores que lo muestran. En la práctica, pretendemos hacer un análisis del entorno para explicar el fenómeno que ejemplifica lo que vendrá después, que es el Renacimiento en su plenitud.

Pero, ¿cómo abordar el tema? Reconocemos que no es fácil. De hecho, muchos historiadores suelen ir directamente al Renacimiento, haciendo una breve introducción e ingresando rápidamente a la medianía del “Quattrocento”. Otros discuten sobre lo asertivo o desafortunado de los conceptos “Humanismo” y “Renacimiento”. Aquí no vamos a entrar en dicha polémica que, por lo demás, sigue abierta. Lo que se pretende es abordar el fenómeno humanista desde el contexto, el entorno de la península itálica, de los vestigios clásicos, de la realidad política y económica y, principalmente desde el ángulo de las personas

o, mejor dicho, de algunos ejemplos puntuales que permiten delinear un camino que comienza a fines del siglo XIII y que llega hasta la medianía del siglo XV.

Lo que queremos abordar aquí es trazar una trayectoria histórica a partir de precursores y continuadores de un proceso de cambio que se visualizó principalmente en las letras, en las artes y en la arquitectura. Un cambio que desde la distancia vemos con claridad pero que en su época no se vio tan nítido, al convivir dichos personajes con grandes problemáticas políticas, económicas, sociales, y culturales.

Sí debemos advertir que podríamos haber tratado muchos otros ejemplos, puesto que el movimiento humanista involucró a juristas, matemáticos, filósofos, teólogos, filólogos, en fin, todo el abanico de diversidad que ofrecían las Artes Liberales. Sin embargo, hemos querido apuntar a personajes como Dante Alighieri, Giotto, Petrarca, Boccaccio, Gaddi y Brunelleschi, quienes nos pueden ayudar a visualizar un recorrido conducente al cambio, a los tiempos de la innovación.

Si bien nuestra mirada tenderá a centrarse en la República de Florencia, este “primer” Humanismo -habrá un segundo en el siglo XVI- también nos permitirá viajar por la península itálica e incluso salir de sus fronteras naturales como será el caso de Petrarca en Aviñón. Este recorrido, siguiendo las travesías de aquellos humanistas que han atraído nuestra atención, nos permitirán finalmente tener una imagen de lo que fue el Humanismo: aquella corriente de pensamiento que tuvo como sello el rescate del saber de la antigüedad grecolatina, pero, al mismo tiempo, el desarrollar los propios talentos de sus cultores, teniendo como resultado una verdadera cultura creativa.

Esta obra no podría ser posible sin el apoyo y la confianza de EY Perú, en especial de Paulo Pantigoso, su *Country Managing Partner*, quien ha creído con profunda convicción en este desafío de llevar la historia al mundo de la empresa, de los negocios y de las organizaciones, con el fin de sacar enseñanzas para el presente además de contribuir a la promoción de la cultura y de las artes, tan necesarias para el desarrollo personal y profesional.

También mi cariño y gratitud a Beatriz Boza, socia de EY Perú, quien ha promovido el programa “La Historia en EY” desde el año 2014. Fue precisamente ahí donde presenté por primera vez estas reflexiones sobre el Humanismo y Renacimiento vinculándolo con el mundo del emprendimiento y la innovación.

De igual forma, muchas personas han contribuido a que este libro salga a luz. La ayuda de mi buena amiga y colaboradora Cecilia Inojosa Grandela ha sido vital, ya que ella es quien ha leído los manuscritos haciendo importantes observaciones y correcciones de las cuales soy deudor. También al equipo editorial de EY Perú liderado por su Directora de Marketing, Miya Mishima, quien tiene a su cargo a un grupo profesional con el cual es un orgullo trabajar. A todos ellos, mi profundo agradecimiento.

Finalmente, le doy fundamentalmente las gracias a mi familia, a mi esposa Olga Lucía y a mis hijas Catalina, María del Mar y María de los Ángeles. Reconozco el esfuerzo que ellas hacen por entender mi trabajo y vocación. De ellas recibo mucho amor, apoyo y comprensión.

Terminado este trabajo que aquí presentamos, nuestros esfuerzos se centrarán en el segundo volumen que pronto estará entre ustedes, porque tal como mencionamos en un comienzo, el Humanismo fue la antesala del Renacimiento, y, por tanto, esta obra es también la primera parte de un proceso indivisible, que nos llevará más allá de Brunelleschi, hacia los tiempos fascinantes de Leonardo da Vinci, Rafael Sanzio y Miguel Ángel Buonarroti.

Reñaca, Chile, julio de 2020.

Rodrigo Moreno Jeria
Profesor
Universidad Adolfo Ibáñez

Capítulo





*Un mundo cambiante:
El entorno propicio para
las transformaciones*

Se suele enseñar, con gran frecuencia, que la llamada “Edad Media” fue una etapa oscura dentro de la trayectoria histórica de Occidente. El nombre en sí con que se conoce al período ya deja un sabor negativo, más aún si lo comparamos con las bellas definiciones que asociamos al mundo grecolatino, es decir, a lo “Clásico”; o a los comienzos del mundo moderno: “El Renacimiento”.

Sin embargo, desde hace ya tiempo es un consenso entre los especialistas que dicha “Edad Media” no merece tener una carga negativa diferenciadora de otras épocas, porque en realidad las luces y la oscuridad, en plena convivencia, han sido parte inherente de todos los períodos de la historia. Más aún, si al medioevo le asignamos la friolera cifra de 1,000 años de duración y, por ejemplo, al Mundo Moderno le damos solo 300 años, es que podemos intuir que la periodificación elaborada en el pasado es, por decir lo menos, arbitraria.

Precisamente, nuestro interés procura identificar, en primer lugar, un período determinado del mal llamado “mundo medieval” para, desde ahí, observar y analizar determinadas épocas y lugares específicos en los que se fraguaron procesos de cambio y transformación que dieron lugar a fenómenos mucho más globales -al menos para su tiempo-, como lo fue el “Humanismo”.

Hablar de lo ocurrido en la península itálica, entre los siglos XIV y XV, es abordar un movimiento que nada tiene que ver con los estereotipos que se han construido malamente sobre el “mundo medieval”. En aquel tiempo se observaba un desarrollo urbano y un progresivo aumento de la conectividad, lo que coincidía con un auge del comercio interno y externo.

Lo anterior no significa que esto haya comenzado en un año específico, porque son varios los ejemplos que podrían remontarnos al siglo anterior. Bastará con recordar los viajes de la familia Polo desde Venecia al Oriente con objetivos comerciales, para entender que los procesos de cambio se enmarcan en la mediana y larga duración, y que el siglo XIII también podría ser analizado desde la perspectiva del génesis del cambio. Incluso, el nacimiento de las universidades a fines del siglo XII podría darnos muchas respuestas en esta dirección. Pero para sumarnos al consenso general, fue en los años 1300 -período conocido en

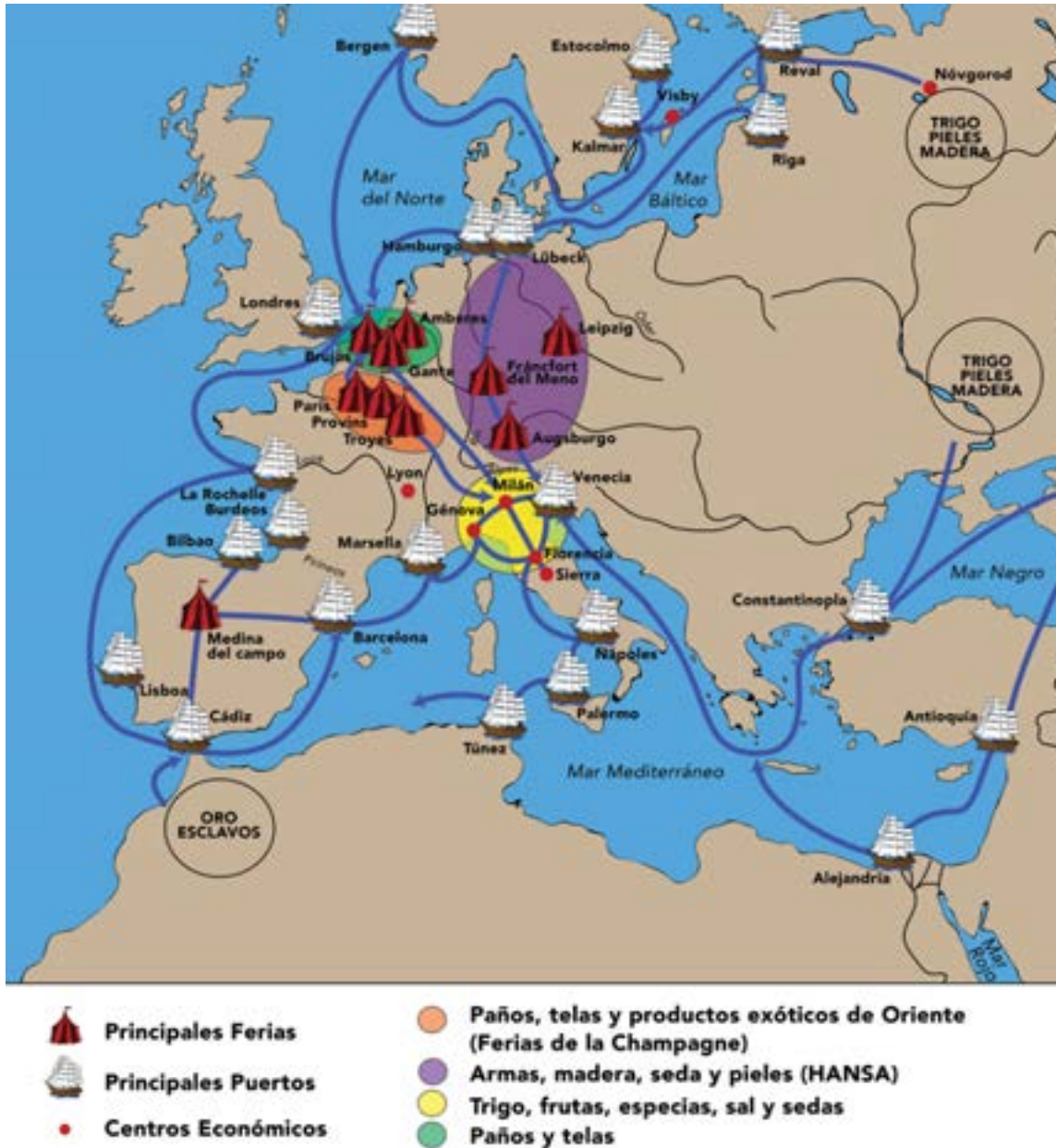


la península itálica como el “Trecento”- en donde los síntomas del cambio se hacen mucho más visibles e irrefutables, con mejoras sustanciales en la calidad de vida aunque, por supuesto, conviviendo con las dificultades propias de su tiempo, como por ejemplo las terribles pestes y constantes guerras.



Caravana de Marco Polo. Detalle Atlas catalán siglo XIV

Fuente: Cortesía Biblioteca Nacional de Francia, París.



Mapa de las rutas de la Liga de Hansa y las redes comerciales del Mediterráneo, en las que Génova y Venecia muestran su actividad

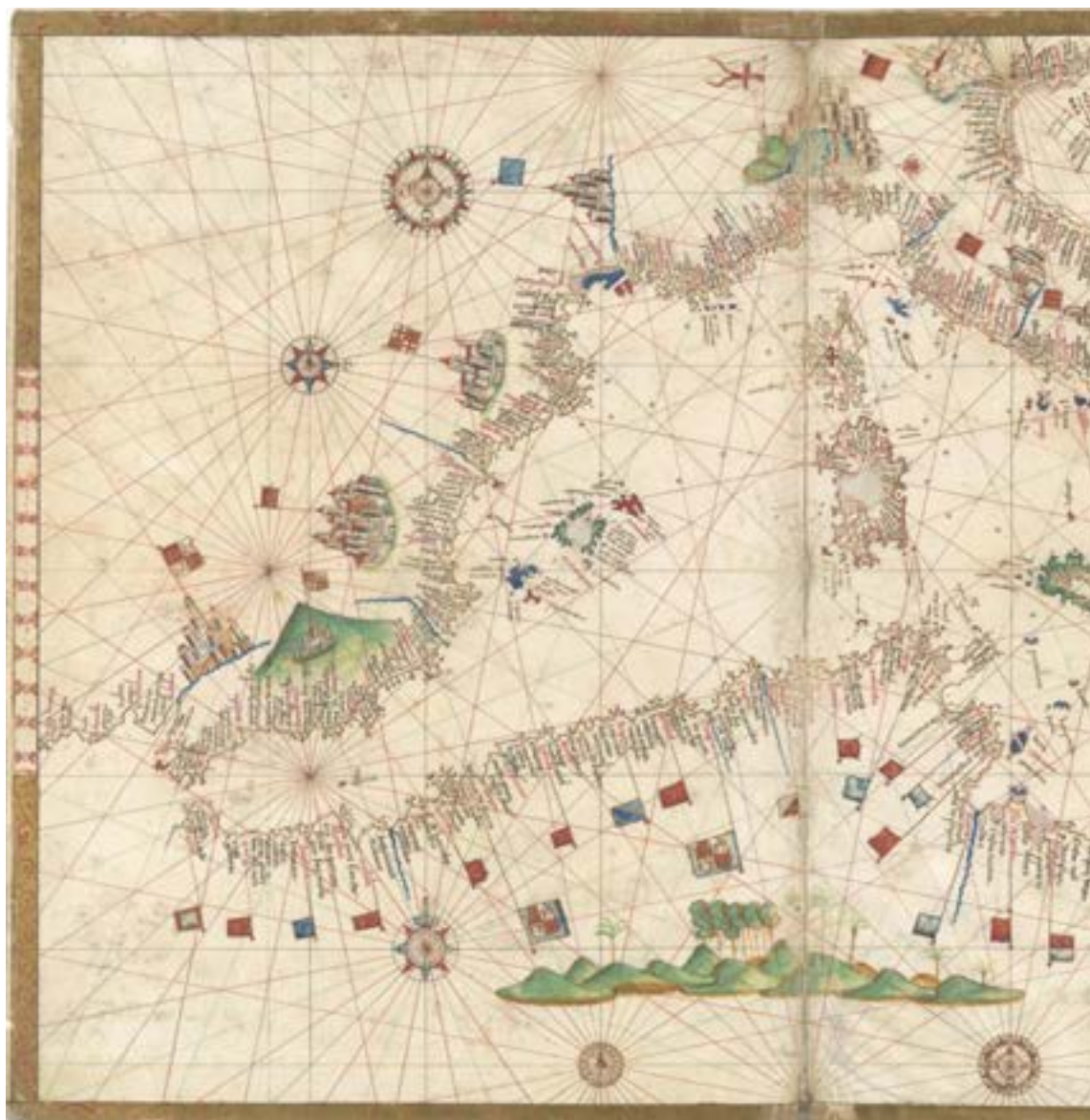
Fuente: Dibujo de Pablo Núñez Cook.



Para entonces, es claro que el Mediterráneo vivía aún su última época de esplendor como epicentro, antes de que el eje comenzara a trasladarse al norte de Europa. Por ejemplo, la República de Venecia y la República de Génova eran verdaderas superpotencias, sustentando su hegemonía en el comercio, conectividad y articulación de la economía de aquellas aguas que regaban sus costas. En este sentido, la condición portuaria de ambas ciudades, así como la vocación marítima de sus habitantes y su sello mercantil arraigado en su cultura, marcaban diferencias sobre otros imperios, reinos y repúblicas de su tiempo, muchos de ellos más grandes, territorialmente hablando.

Y si bien Génova y Venecia eran rivales, ambos Estados pudieron forjar sus propios escenarios de prosperidad; el primero hacia el Mediterráneo Occidental y el otro hacia el Oriental. Sin embargo, también otros participaban de este auge comercial que se hizo notorio en el referido siglo. El puerto de Pisa mantuvo su importancia que se había consolidado el siglo anterior, lo mismo que Milán, Florencia y Siena, estados independientes que, si bien no tenían salida natural al mar, aprovechaban sus posiciones estratégicas y que, incluso llegaron a forjar alianzas que posibilitaron acceder a la vía marítima de forma soberana. De hecho, Florencia, de la cual hablaremos en detalle más adelante, terminó incorporando a Pisa a su esfera política en 1406, coincidente con la decadencia de esta última, aprovechando la conectividad del río Arno.

Capítulo 01



Carta Portulana del Mediterráneo Occidental de Vesconte Maggiolo 1511

Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Rhode Island, Providence.



La actividad económica y mercantil también existió en otros polos mediterráneos. Nápoles, en la propia península itálica; Marsella en el Reino de Francia y Barcelona en la península ibérica, son solo algunos ejemplos de que el resurgimiento de la actividad marítima comercial tuvo un impulso importante en el naciente siglo XIV.

Para que esto fuese un círculo virtuoso también fue necesaria la conectividad terrestre y la reactivación urbana de Europa. Increíblemente, lo que había construido el desaparecido Imperio Romano hacía siglos, es decir, aquella red de conexión vial tan necesaria para la salvaguarda y articulación de sus dominios, seguía vigente, y ahora adquiría nuevos bríos, en especial en cuanto a fortalecer el vínculo entre el referido Mediterráneo y el norte de Europa, clave en este nuevo proceso de auge comercial, que entre otras razones se debía a un aumento demográfico, al crecimiento de las ciudades y a la necesidad de un mayor intercambio de productos.

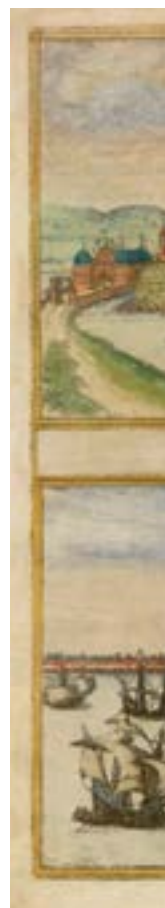
En ese entonces, se vivían tiempos de aparente calma, en los cuales si bien persistían convulsiones como las cruzadas y los conflictos de índole religioso -los cátaros por citar alguno-, no impidieron que las ciudades europeas volvieran a volcarse al comercio y a la intercomunicación. De hecho, para algunos este siglo XIV es el de los puentes, pues la capacidad constructiva aumentó en pro de una mayor integración, complementaria a la que Roma había construido en los siglos imperiales. De esta forma se forjaron verdaderos “corredores bioceánicos” o mejor dicho “bi-marítimos”, en donde el Mar

Mediterráneo se unió con el Atlántico Norte y el Mar del Norte a través de corredores terrestres que partían principalmente desde Génova y Venecia, y que pasaban por los cantones suizos, convirtiendo a varias ciudades helvéticas en centros y emporios comerciales, verdaderos nodos de articulación logística entre el Sur y Norte de Europa. Así, por ejemplo, tomó fuerza la posición estratégica de Ginebra, puerta de entrada a Francia; y también ocurrió lo propio con Zúrich y Basilea, corredores para ingresar al Sacro Imperio Romano Germánico. Esta última ciudad era clave en dicha conectividad, puesto que al estar regada por el río Rin, permitía prolongar la conexión en vía directa con las costas del Mar del Norte a través de la ciudad-puerto de Róterdam, con su estratégica desembocadura.

Y si bien esto último no es la única explicación para entender la prosperidad de aquellas ciudades antes citadas, la historia de Suiza hay que entenderla precisamente en el marco de su condición de “nodo” de un verdadero corredor “bi-marítimo”, en donde, pese a ser un país sin tener salida soberana al mar, su posición estratégica convirtió a los cantones en actores relevantes en este proceso de cambio, “aprovechando su oportunidad”.

Pero también las ciudades centro y norte europeas despertaron; algunas de un largo letargo y otras potenciando sus fortalezas. La recuperación de caminos y la mejor movilidad por los ríos permitieron progresos sustanciales en el comercio y en la calidad de vida en general. Al menos así se observó en el desarrollo constructivo; en particular en el auge del arte gótico, que, si bien tiene buenos ejemplos en el siglo XIII, fue en el siglo siguiente en donde se acentuó su influencia en las construcciones religiosas y públicas. De hecho, la monumentalidad de algunas construcciones como catedrales, colegiatas y palacios demuestra que en aquella “Edad Media” había poder económico o, al menos, capacidad para asumir desafíos financieros de mediano y largo plazo.

En este contexto, afloró también una nueva variable que será determinante en el despegue económico: la capacidad de asociación. A finales del siglo XIII se logra identificar los orígenes de la Confederación Helvética, cuyo primer espíritu fue trabajar en pro del libre comercio entre algunos cantones y garantizar la seguridad de dicho tránsito. Esta experiencia siguió en desarrollo por los siguientes siglos hasta conformar lo que hoy conocemos como Suiza.



Pero también el Norte de Europa siguió el camino de las alianzas económicas, y su mejor ejemplo fue la famosa Liga Hanseática fundada oficialmente en 1356 pero con base en los siglos anteriores, precisamente por las alianzas que las ciudades comerciales habían comenzado a establecer en el mar del Norte y en el Báltico. La ciudad portuaria de Lübeck (situada hoy en Alemania), a orillas del río Trave, fue la capital de dicha Liga, y al mismo tiempo se convirtió en el principal centro comercial de la región, importancia que mantuvo en los siguientes dos siglos.



Imagen de las ciudades hanseática de Lübeck y Hamburgo, 1575

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Estos acuerdos realmente visionarios -desde nuestra óptica actual-, posibilitaban el libre tránsito y los acuerdos arancelarios entre ciudades mercantiles, más allá de los Estados a los cuales pertenecían. Detrás de estos acuerdos estaba la visión de que, ante necesidades comunes, el camino de la asociatividad económica era el que había de seguirse.

Pero no es solo el comercio el que llevó al crecimiento y desarrollo. El auge de las universidades se hizo evidente en este siglo XIV, tras un siglo anterior con importantes fundaciones. En realidad, la institución universitaria más antigua que se conoce como tal tiene en Bolonia a su primer exponente. Fundada en 1088, tras ella fueron varias las ciudades que siguieron la estela de poseer un centro universitario. Así, por ejemplo, en la península itálica surgieron Padua, Nápoles y Siena en el siglo XIII, y en el siglo siguiente se fundaron universidades en Perugia, Pavia y Pisa.



Imagen de la Biblioteca de la Universidad de Bolonia

Foto: Rodrigo Moreno.

En otras partes de Europa el proceso también fue rápido y efectivo. Las universidades de Oxford y Cambridge en Inglaterra; Salamanca, Alcalá de Henares y Valladolid en Castilla, además de París, Toulouse y Montpellier, vieron su fundación, todas ellas en el siglo XIII. Y el norte de la Europa germana también se sumó a este proceso: las universidades de Heidelberg y Colonia en el siglo XIV, y de Leipzig y Rostock en el siglo XV. Y en Flandes, en el mismo siglo, nació la Universidad de Lovaina, institución que tuvo gran influencia cultural en la expansión del Humanismo en toda la región. En suma, estos son algunos ejemplos de cómo la vida universitaria, y sus grandes bibliotecas, tuvieron un proceso de crecimiento relevante y que trajo consigo un desarrollo importante en el plano de las ideas y de las técnicas, tema clave en un contexto en que la innovación se hizo cada vez más visible; en especial, en algunas regiones donde la suma de variables posibilitó escenarios ideales, como por ejemplo, en el norte de Italia.

Pero como señalamos en un comienzo, no todo fue perfecto en el mismo siglo XIV, puesto que contrario a lo relatado hasta ahora habría posibilitado un tiempo de prosperidad global -además de haber poder sido sostenido mucho más rápido-, y así, quizás, el llamado “Renacimiento” hubiese llegado con un siglo de anticipación.

Por ejemplo, en la segunda década del siglo XIV, una gran hambruna azotó a una buena parte de Europa del norte, debido a una ola de frío que cayó con fuerza en el continente y que afectó gravemente la agricultura y la ganadería. Se cree que entre 1315 y 1317, las consecuencias fueron devastadoras en la población, produciéndose una primera catástrofe demográfica, la que si bien fue menor a la de la Peste Negra, se convirtió en una terrible antesala de lo que viviría la generación siguiente.

Y si la “gran hambruna” fue el primer freno al proceso de desarrollo, la Peste Negra (bubónica) fue un acontecimiento que estuvo cerca de destruir todo lo que Europa había cimentado desde los siglos anteriores.





En 1347 se desató una de las debacles demográficas más nefastas en la historia de Occidente, y que paradójicamente tuvo como protagonista la conectividad y circulación que tan bien le había hecho al progreso económico y urbano del continente. Venida de Oriente, Génova y Venecia fueron una de sus principales puertas de entrada de la enfermedad que rápidamente se diseminó desde la península itálica hasta el norte de Europa. Y como el mal no tenía cura inicialmente, en solo seis intensos años, la pandemia arrebató la vida de más de un tercio de la población de toda Europa, llegando a lugares tan remotos como al norte de Escandinavia. Lamentablemente las condiciones higiénicas de las urbes y las costumbres de sus ciudadanos contribuían -sin saberlo- a la propagación de la enfermedad, cuyos principales vectores eran las ratas y las pulgas.

Además, fuera de la tragedia humana, la peste bubónica fue un duro golpe al desarrollo de las ciudades, al comercio internacional y a la circulación en general. Todo lo avanzado hasta ese momento se frenó de golpe, provocando un transitorio proteccionismo que se sustentaba en la idea de resguardar los centros urbanos no afectados o a los que pudieron salir de la crisis.

Esta crisis sanitaria, que comenzó a menguar a partir de 1353, no fue la única tragedia que afectó al continente en aquel movido siglo XIV. Las guerras también estuvieron presentes y de manera casi permanente. Por ejemplo, la llamada “Guerra de los

Cien Años” fue un duro golpe a la estabilidad del centro – norte europeo. Este conflicto de sucesión dinástica entre Francia e Inglaterra, afectó a ambos reinos durante casi todo el siglo y una parte del siguiente, con desastrosas consecuencias humanas y materiales, afectando al progreso que se había evidenciado en el siglo anterior, en especial a Inglaterra.

Pero no solo ahí hubo problemas, puesto que también en la propia península itálica las guerras fueron constantes, desangrando a la población y frenando las posibilidades de desarrollo antes descritas. De hecho, los conflictos entre las potencias de Venecia y Génova fueron frecuentes, imposibilitando un mayor desarrollo y afectando en parte a sus redes de negocios.

Por último, otro factor que impactó la velocidad de los cambios fue la crisis espiritual que se vivió en este convulsionado siglo, tema relevante para la sociedad de su tiempo, eminentemente católica-romana. El traslado de la sede papal desde Roma a Francia, específicamente a Aviñón en 1309, y su larga permanencia en esta última ciudad hasta 1377, activó las discordias en el entorno religioso europeo, lo que coincidió con los grandes desastres mencionados con anterioridad: la “Gran Hambruna” y la “Peste Negra”. Fueron tal las discordias, que en 1378 llegaron a producir el gran cisma, que significó la existencia de un doble papado en Occidente; crisis que se extendió hasta la segunda década del siglo siguiente, llegando a existir hasta tres papas que pretendían gobernar la Iglesia universal, acarreando un desastre espiritual e institucional de proporciones que solo pudo ser solucionado durante el Concilio de Constanza en 1417.





Imagen del Palacio Papal y Catedral de Aviñón

Foto: Silvia Rosas Baffigo.



Crónica del Concilio de Constanza de Ulrich Richental, c.1460-1465

Fuente: Rosgartenmuseum, Constanza.



En definitiva, el mundo europeo de los siglos XIII y XIV estaba en un proceso de transformación, lleno de claroscuros con perspectivas evidentes de desarrollo y con obstáculos permanentes para lograrlo. Sin embargo, los cambios comenzaron a ser visibles con mayor fuerza en algunas regiones, y en dicho contexto fue que en la península itálica se forjó un escenario más propicio.

¿Por qué ahí y no en otra parte? La respuesta no está solamente en el entorno general, sino también en situaciones específicas que comenzarían a marcar la diferencia, siendo una de ellas la visibilidad del mundo clásico y sus vestigios.

Capítulo





*La visibilidad del mundo
clásico: cuando el pasado
vive en el presente*

Los vestigios del Imperio Romano siguen siendo muy visibles en Europa y en especial en territorio itálico. Los magníficos testimonios arquitectónicos que aún perduran en pie, así como las imponentes ruinas, son mudos testigos de un esplendoroso pasado y constituye, junto con el legado griego clásico, la base de la civilización occidental. Los trazados y el orden de la ciudad, establecidos por los romanos, se aprecian con mayor detención y vuelven a recobrar sentido de cara al surgimiento de los pequeños centros comerciales y urbes que recuerdan el sentir de lo que es vivir en ciudad.

Así, en el siglo XIV, el esplendor del mundo grecolatino se hacía aún más visible, no solo por una cercanía temporal relativa, sino porque una buena parte de dichos testimonios se conservaban intactos y, en algunos casos, en pleno uso por la sociedad medieval. De hecho, basta recordar la intercomunicación logística aludida en el capítulo anterior, que se sustentaba en las rutas romanas que por siglos seguían siendo utilizadas por la sociedad europea occidental, aunque es verdad que ya “todos los caminos” no conducían necesariamente a Roma.

En la práctica, la soberbia infraestructura de conectividad es solo un ejemplo de cómo la Roma Imperial seguía viva en la cotidianeidad, con caminos que articulaban múltiples rincones del continente y que estaban asegurados por magníficas obras de arte ingenieril, como los conocidos puentes romanos, que posibilitaban sortear ríos caudalosos asegurando la necesaria articulación política y económica.





Puente romano en Córdoba, Andalucía, siglo I a.C.

Foto: Rodrigo Moreno.

De igual forma, los magníficos e imponentes acueductos de la era imperial seguían en uso en el medioevo, confirmando la premisa de que en la antigüedad romana las obras se construían con la convicción de que perdurarán, de la misma forma que existía la certeza religiosa de que Roma era eterna y que iba a existir para siempre. Y como el agua no podía faltar en las ciudades y villas, las edificaciones que aseguraban el vital elemento siguieron funcionando de la misma forma que algunos puentes estratégicos dentro y fuera de la península itálica, en especial los que permitían el acceso o salida de las sedes legionarias.

Por lo anterior, para un habitante del medioevo en la Europa Occidental, la antigüedad se hacía realidad en todo momento, a tal punto que la evidencia debía inquietar a más de alguno sobre lo que había significado aquel lejano Imperio Romano, que en muchos aspectos estaba más vivo de lo que muchos podrían haber imaginado.

De hecho, no olvidemos que otra forma de visibilidad estaba en la lengua, el latín, que para el siglo XIV estaba plenamente vigente en las universidades, en la Academia y en la Iglesia, pero que también lo estaba en versión de las lenguas vernáculas romances, las que en dicho tiempo eran más abundantes que en el presente. Solo basta recordar que en la actual Italia se hablaban muchas lenguas romances dependiendo de la región, siendo todas descendientes de aquel idioma originalmente hablado por las tribus del Lacio.

Y lo mismo ocurría en casi todos los antiguos territorios en el resto de Europa Occidental. Las lenguas romances como el castellano, catalán, gallego, francés, portugués, retorromano y el rumano, es otra forma de visualizar que, en la Edad Media, el legado cultural latino no desapareció, sino que siguió vigente, aunque con marcados acentos de mestizaje y diversidad.

Incluso la institucionalidad romana, al menos conceptualmente hablando, había dejado huellas en aquel presente del siglo XIV. Antiguas provincias imperiales y senatoriales habían dado origen a Estados, como el Reino de Portugal, casi coincidentemente con la antigua Lusitania, o el entonces Reino de León, que debía su nombre a la antigua legión VI establecida en la ciudad

del mismo nombre. O la misma Francia, que, si bien había adaptado el nombre de los germanos invasores, reclamaba la tradición territorial de la antigua Galia conquistada por Julio César.



El mundo según Marco Agripa, siglo I, a.C.

Fuente: Dibujo de Pablo Núñez Cook.

Esta influencia era más evidente en la Iglesia Católica, cuyo liderazgo seguía emplazado en la ciudad de Roma, es decir, en la Urbe, con el título de Pontífice Máximo, mismo honor que antes tenían los emperadores. Incluso la división jurisdiccional eclesiástica, es decir los arzobispados y obispados, mantuvieron la toponimia romana clásica en el medioevo, de tal modo que la sociedad conservó la herencia antigua sin importar si los habitantes de determinada región eran descendientes del Imperio o de alguna tribu germana que se había establecido en los siglos posteriores. En suma, resulta casi imposible imaginar la muerte del mundo romano en la sociedad medieval europea, porque en la práctica una parte de lo que llamamos “Alta Edad Media” (período de la historia de Europa y Oriente Medio que comienza en el siglo V y termina entre los siglos IX y X) en realidad fue una “Antigüedad Tardía”, desarrollándose una continuidad.

Ahora bien, la herencia del mundo antiguo, que se hacía visible en el siglo XIV, no fue exclusivamente romana. La tradición griega también pervivió a través de los siglos en el mundo occidental, ya sea a través de la lengua y cultura helénica, o por sus vestigios que, si bien no eran abundantes en Occidente, sí estaban presentes en la propia península balcánica y en el Asia Menor, donde aún sobrevivía el Imperio bizantino.

Solo como ejemplo, el latín se basaba en gran parte de términos griegos y las lenguas herederas romances también habían adoptado dicha terminología. Basta recordar la influencia del griego

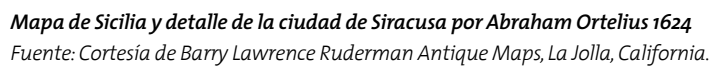


en la filosofía y en la espiritualidad de occidente y el pensamiento, así como en la política y en las ciencias. Y como ya existían las universidades y éstas estaban en franco ascenso en el siglo XIV, la lengua griega no dejó de estudiarse en algunos círculos intelectuales y religiosos, conscientes de que los estudios de las Artes Liberales, de alguna u otra forma, le llevaban a uno a las fuentes de lo clásico, y con ello a Grecia.



Templo de la Concordia, Agrigento

Foto: Evan Erickson.





Pero también había monumentos griegos. En el sur de Italia, la Magna Grecia dejó huellas que Roma no quiso borrar. El puerto de Tarento había sido una ciudad espartana, y la isla de Sicilia abundaba en vestigios de una grandeza del pasado. Incluso no es casualidad que Nápoles fuese la ciudad más importante del sur y capital del Reino del mismo nombre en el medioevo. Era la antigua Nea Polis, fundada por colonos griegos de Eubea, que para el siglo XIV tenía nada menos que 1900 años de historia.

Pero a las ciudades hay que agregar el arte. En tierras itálicas había muchas esculturas griegas que los romanos habían llevado desde los Balcanes y, entre ellas, la imagen de Alejandro Magno era recurrente, siendo otra prueba que Occidente, con o sin ayuda de Roma, recibió la herencia helenística y la hizo propia.

Pero junto a lo anterior hay un factor de contingencia que hizo que el mundo griego se hiciera más presente en el siglo XIV, y esto se debe a que desde la centuria anterior la migración desde los Balcanes a Occidente se hizo más recurrente. Las cruzadas, en especial la cuarta de 1204 que golpeó duramente a Constantinopla, debilitaron al antiguo Imperio Romano de Oriente, que quedó por varias décadas bajo el dominio y la influencia de la República de Venecia. Ello conllevó la llegada a la ciudad del Véneto de grandes vestigios del mundo antiguo y también el arribo de población que se diseminó por la península itálica, entre ellos

importantes intelectuales que dieron a conocer la lengua griega y pusieron en valor a importantes autores clásicos. Por ejemplo, Manuel Crisoloras, quien a fines del siglo XIV y comienzos del XV, siendo embajador del emperador bizantino en Roma, llegó a ser profesor de griego en Florencia, Milán y Pavía, formando discípulos de la talla de Leonardo Bruni, uno de los más grandes traductores de la lengua griega al latín durante el Quattrocento. Eso sí, este proceso migratorio y la influencia bizantina en las ciudades italianas se hizo más intenso tras el fin de Constantinopla en 1453, aquella notable ciudad fundada por Constantino en el 330 d.C.

Por todo lo anterior, en cuanto a observar la visibilidad del mundo antiguo en el siglo XIV y en los tiempos en los que identificamos los orígenes del Humanismo, ¿quién se había encargado hasta esa fecha de salvaguardar el gran tesoro cultural grecolatino? Oficialmente nadie, puesto que en determinados contextos y ante necesidades diversas, la herencia clásica no había sido priorizada en su conjunto, aunque sí se había mantenido viva en la sociedad, incluso en tiempos de cambios y transformaciones como habían sido las migraciones bárbaras. En algunos casos, con profundas mutaciones y, en otros, con mayor apego a la tradición. Sin embargo, en diversos estamentos tanto políticos, eclesiásticos, militares o jurídicos, lo grecolatino se había mantenido de manera consciente o inconsciente. Por ejemplo, en el plano espiritual, acerca del rezo litúrgico Kyrie Eleison (Señor ten piedad) de la misa latina, muchos terminaron olvidando que, en realidad, la expresión



era absolutamente griega, aunque sumergida en el canto gregoriano medieval latino, es decir, un vestigio silencioso que el mundo occidental hizo suyo.

Por todo lo anterior, el mundo antiguo, sonoro o silencioso, no pudo pasar desapercibido para quienes conocieron la referida península en el medioevo, tal como lo rescata el historiador Geoffrey Waywell, quien recoge testimonios de personas que en el siglo XIII se maravillaban con las obras de arte romanas todavía visibles en la ciudad eterna. O también casos en que causaba escándalo el ver que algunas esculturas de mármol eran destruidas para convertirlas simplemente en cal.



Foro imperial romano

Foto: Camila Iturrizagastegui Peirano.

Pero así como existían estos testimonios palpables con los que se convivía con o sin conciencia de la importancia y magnitud de su valor, estaban también las fuentes escritas, es decir, el saber de la antigüedad grecolatina que, de una u otra forma, había sobrevivido a siglos de convulsiones, entre las que se contaban guerras, invasiones bárbaras y desastres naturales.

Efectivamente, valiosos manuscritos conservados mayoritariamente en los monasterios medievales, principalmente de tradición benedictina, así como en colecciones privadas o, desde el siglo XIII, en bibliotecas universitarias, se transformaron en tesoros invaluable del saber humanista y científico de Occidente. Y si a ello sumamos los aportes del mundo árabe musulmán en la España del Al-Ándalus, con el redescubrimiento de las obras de Aristóteles que nuevamente tomaron vida para la filosofía, la teología y el derecho, es que llegamos a estar frente a un patrimonio monumental que Europa, y en particular, algunas repúblicas itálicas, tenían la oportunidad de aprovechar.

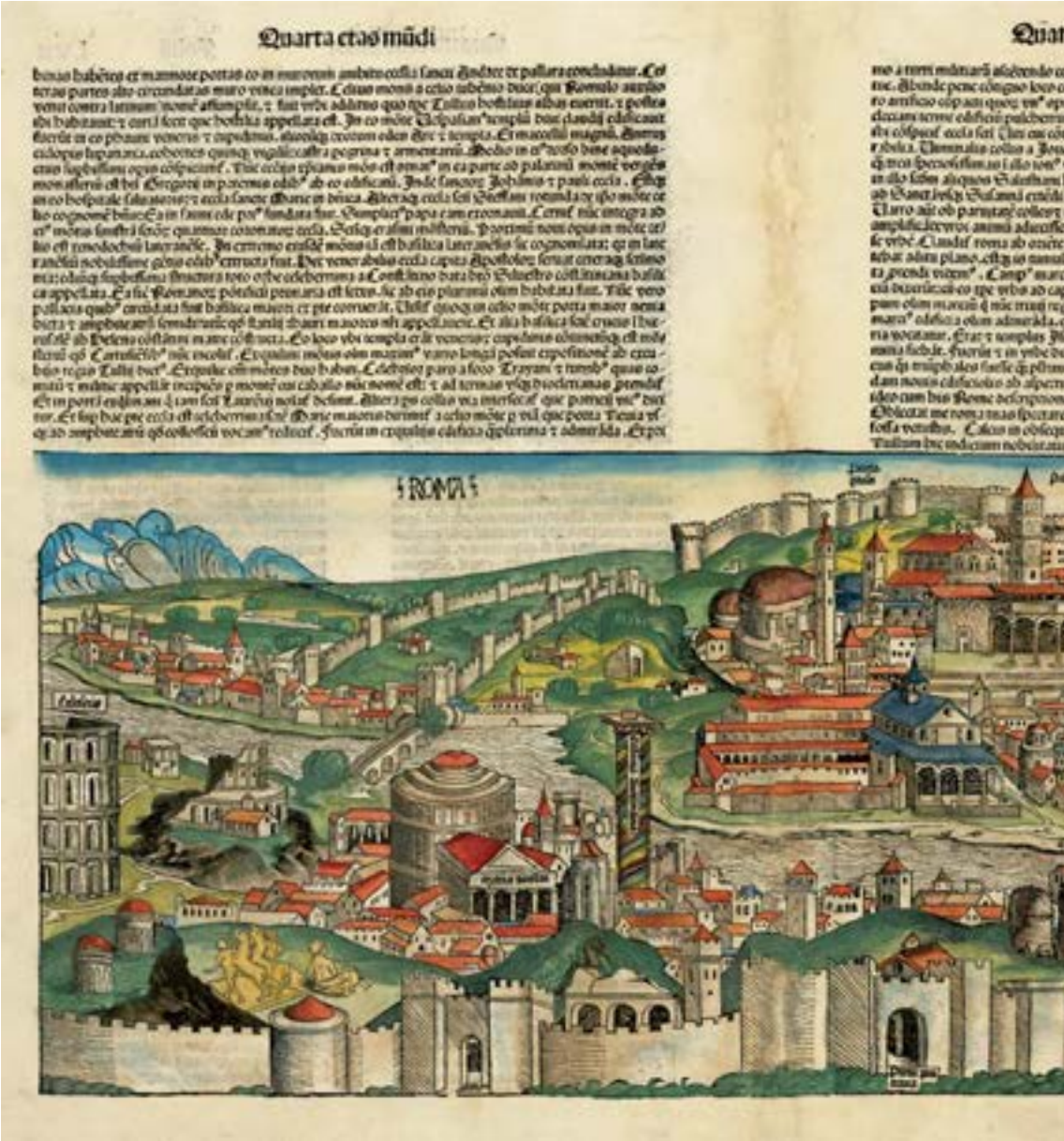
Pero si lo grecolatino estaba presente en toda la Europa occidental que había sido parte de sus dominios republicanos e imperiales, ¿por qué no en todas partes se vivió este fenómeno conocido como Humanismo? Son varias las razones, y entre ellas habría que aclarar -como dice el gran historiador Peter Burke-, que hubo síntomas de cambio de mentalidad no solo en la península itálica, sino que, en forma simultánea en otras regiones de Europa, pero que fue en el Norte de Italia en donde se percibió con mayor fuerza; posiblemente esto se debió, entre otras razones, al auge económico al que aludimos en el capítulo anterior. Es decir, los vestigios de la antigüedad estaban en todas partes; pero en algunas regiones con mayor dinamismo y prosperidad, se hicieron más intensas las oportunidades de descubrir el valor del entorno, con su presente y pasado.

Si a ello sumamos que, para los itálicos, lo “romano” era también parte integral de sus raíces, de su historia y de su identidad, entonces se puede entender la coincidencia de que la principal corriente de pensamiento, que comenzó a releer y a revalorizar los vestigios antes aludidos, nació en el entorno de aquellas poderosas o emergentes repúblicas del norte de Italia.



Mapa del Mar Mediterráneo central por Joan Oliva, 1590

Fuente: Cortesía de The Library of Congress, Washington.



La ciudad de Roma en 1493 según Hartmann Schedel
Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.



¿Y Roma? La gran urbe del mundo antiguo no vivía tiempos de prosperidad en los siglos XIII y XIV, sino más bien una profunda crisis, a tal punto que entre 1309 y 1378 había dejado de ser de facto la sede papal, prueba irrefutable de su decadencia. De ahí que pese a ser el mejor ejemplo de visibilidad del mundo antiguo, la ciudad no fue inicialmente un referente para el mundo humanista, por no tener las condiciones económicas y un entorno que favoreciera la cultura creativa.

Sin embargo, en los Estados Pontificios que la propia Roma dominaba, hubo una ciudad que sí fue clave en el proceso de cambio de mentalidad: Bolonia, y ello se debió, entre otras razones, a un factor determinante, la existencia de la célebre universidad, el “alma mater” de muchos humanistas y renacentistas.

Y valga la coincidencia que Bolonia estaba ubicada en la frontera norte de los Estados Pontificios, por lo cual también tuvo una intensa relación con las otras prósperas repúblicas como Génova y Venecia, verdaderas potencias económicas hacia los siglos XIII y XIV, pero acompañadas de otras ciudades emergentes como Florencia, Lucca, Siena y Milán; es decir, un entorno o ecosistema perfecto para el cambio y en donde el mundo clásico seguía visible, siendo que pronto mutaría de lo meramente cotidiano a lo inspirador.

Capítulo





El nacimiento del Humanismo: los precursores

¿Por qué el Humanismo y el Renacimiento no comenzaron en Grecia, cuna de la civilización occidental? Esa pregunta nace del sentido común, en cuanto a que si los vestigios visibles que destacamos en el capítulo anterior fueron un factor importante para motivar el regreso a la valoración de lo clásico, entonces en el sur de la península balcánica debió haber estado el epicentro del cambio, puesto que el solo pensar en la visibilidad de la Acrópolis ateniense y su imponente Partenón -una de las edificaciones más maravillosas del mundo antiguo- sin duda hubiese inspirado a muchas personas a revivir la experiencia del esplendor de Grecia, y de paso haber posibilitado un cambio de mentalidad, fomentando la creatividad y la innovación. Esto ocurrió, por ejemplo, en los lejanos tiempos de lo que solemos llamar “el siglo de oro de Pericles”, es decir, el siglo V a.C, en el que grandes pensadores, artistas y científicos hicieron posible que el mundo griego trascendiera más allá de lo imaginado, perpetuando un legado que llega hasta nuestros días.

Sin embargo, Grecia no fue el epicentro del cambio de mentalidad del siglo XV, ni tampoco formó parte de lo que llamamos el Humanismo y el Renacimiento. No obstante, esto no impidió que algunos griegos migrados al occidente europeo influyeran o destacaran en el gran desarrollo artístico y creativo que se desarrolló principalmente en el norte de Italia.



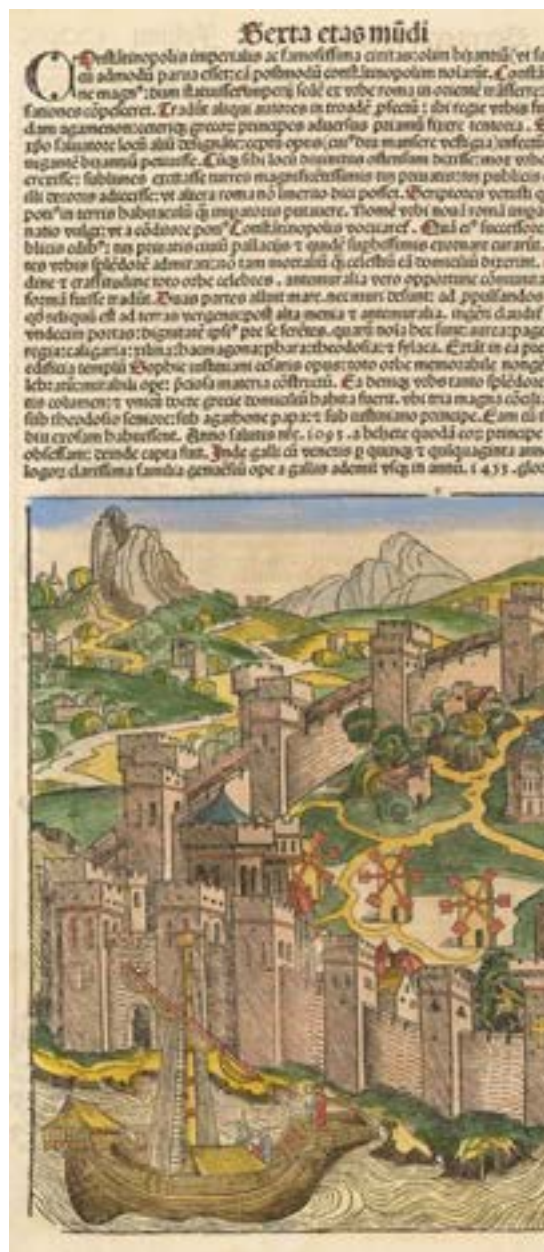


Grecia en el siglo XVI, según Sebastián Münster 1545

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

El problema que tuvo Grecia y los Balcanes durante el siglo XV es que en dicho periodo se sufrieron los embates del cambio pero desde otra perspectiva. Los turcos otomanos estaban *ad portas* de conquistar el último bastión del mundo romano oriental, Constantinopla, y finalmente lo consiguieron en 1453, dando el golpe letal a un Imperio bizantino con más de mil años de duración. Y si lo ponemos en contexto, mientras ocurría esto en Florencia se estaban haciendo las finalizaciones de la catedral de Santa María del Fiore, específicamente a la linterna de la fabulosa cúpula, aquella que rememoraba la técnica romana reflejada en el bello panteón.

Regresando al tema de los turcos otomanos, el impacto de su expansión no terminó con la otrora capital del maravilloso Imperio bizantino, sino que el poderío de los invasores avanzó por Grecia, incorporando a sus dominios todo que lo que encontraron a su paso. Por esta razón, los Balcanes, ante esta compleja situación política de ocupación que repercutió en la vida social y económica, no participaron activamente en este siglo de cambios que contemporáneamente se estaba viviendo en la vecina península itálica, y los esfuerzos de la cultura helénica estuvieron concentrados en sobrevivir en los siguientes siglos de dominio turco musulmán. Si a lo anterior sumamos la grave crisis económica que sacudió a los Balcanes en este convulsionado contexto de invasiones, destrucción y supervivencia, entonces sí podríamos comprender que el escenario no era del todo ideal para que personas con características visionarias hubiesen podido, en la misma época, “releer” el mundo clásico e innovar, tal como sucedió en algunos estados de la antigua Italia.



Como adición y ejemplo, no se debe olvidar que la bella tradición pictórica bizantina, por razones teológicas, tenía un fuerte vínculo con la tradición, por lo que la creatividad y la disrupción no tenían cabida en unos Balcanes que, desde la invasión turco otomana, precisamente, profundizó su apego a su identidad y a raíces culturales de la fe ortodoxa.

Por todo lo anterior, la visibilidad de lo clásico, tan evidente en la Grecia Antigua, no fue un requisito excluyente para posibilitar un “Renacimiento”, un redescubrimiento o una relectura del mundo antiguo, sino que los factores económicos, políticos y culturales, además del progreso educacional, fueron variables complementarias esenciales que permitirían forjar polos de creatividad e innovación.

Y fue precisamente en algunas ciudades itálicas -no todas- donde comenzó a gestarse aquél movimiento intelectual, filosófico y artístico al que solemos llamar Humanismo, y que podríamos definir como aquél que comenzaba a poner al ser humano en el espacio protagónico del mundo, sin perder por ello la conciencia de ser criatura de Dios, pero con un llamamiento a ejercer, como diría San Agustín de Hipona, el libre albedrío en la sociedad en la que uno se desenvolvía. ¿Qué quiere decir esto? Que si bien se asumía en aquellos tiempos la idea de que todos los seres humanos eran fruto de la obra de Dios, el protagonismo en el mundo estaba llamado a ejercerlo cada uno de manera personal y responsable, con libertad.

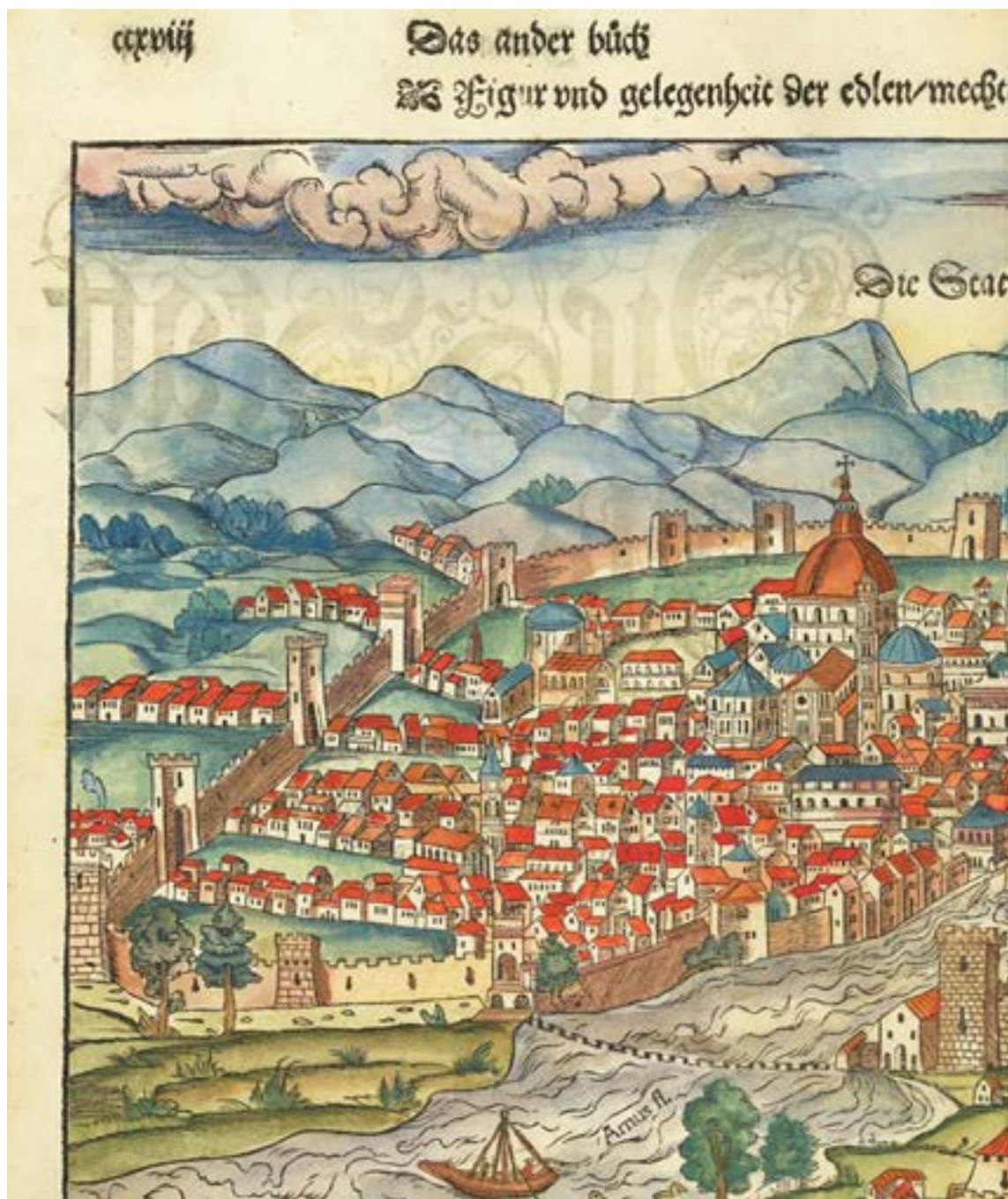
Ahora bien, el concepto Humanismo propiamente tal, consolidado definitivamente entre los historiadores, filósofos y literatos en el siglo XIX y parte del XX, tenía su origen en la idea de poner en valor la literatura del mundo clásico, pero eso significaba no solo estudiar las letras del mundo clásico y las humanidades, sino que cabía la enorme responsabilidad de enseñarlas y darlas a conocer.

Como se comentó con anterioridad, el mundo itálico vivió, entre los siglos XIII y XIV, un escenario de profundos contrastes. Sin embargo, precisamente entre

aquellas luces y sombras comenzaron a surgir, en algunos lugares menos convulsionados, este referido movimiento intelectual, que si bien no estuvo inicialmente articulado, organizado ni planificado, comenzó a visualizarse con más nitidez en los polos de atracción de los hoy llamados “ecosistemas” propicios para el cambio, los que si bien no estaban localizados en todas las repúblicas itálicas, sí estaban en aquellas que vivían tiempos de prosperidad económica o que se estaban consolidando hegemónicamente en su entorno. Posiblemente uno de los mejores ejemplos de esto fue la República de Florencia, que precisamente en el siglo XIV comenzó a forjar lentamente un futuro más próspero y que, coincidentemente, fue cuna de grandes humanistas como el increíble Dante Alighieri, tal como lo tratamos más adelante.

Hacia el siglo XIII, época en que vino al mundo este gran poeta, Florencia era una ciudad que estaba en camino de convertirse en potencia. Tras la formación de la República en 1115, el gran objetivo de la ciudad era forjar prosperidad sobre la base de un crecimiento económico, así como por la hegemonía de la Toscana, en donde competía con las Repúblicas de Pisa, y de Siena.

Pero si había oportunidades de desarrollo -como suele suceder- también se convivió con tiempos difíciles. Las guerras libradas en el siglo provocaron crisis económicas y sociales, y los terribles quiebres internos entre güelfos y gibelinos -dos facciones políticas irreconciliables, que apoyaban al papado y al sacro imperio respectivamente- fueron uno de las grandes problemas que no contribuyeron a un desarrollo más dinámico. Estos partidos o facciones representaban mucho más que sentirse cercano al poder papal de los Estados Pontificios o del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, sino que eran aprovechados para capitalizar alguna ventaja frente a los enemigos históricos o rivales de turno. Así, por ejemplo, Florencia era mayoritariamente güelfa y en cambio Pisa y Siena eran gibelinas; sin embargo, a esta complejidad política general había que agregar problemas particulares casi insolubles: los güelfos florentinos estaban divididos en dos bandos a sangre y fuego, los blancos y los negros, quienes luchaban esencialmente por alcanzar el poder.



La ciudad de Florencia según Sebastián Münster, c.1550

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.



Pero pese a estas problemáticas que acompañaron la vida de los florentinos y en la que Alighieri fue testigo, la ciudad parecía estar llamada a convertirse en una potencia hegemónica, al menos en la Toscana. Su estratégico emplazamiento junto al río Arno, curso fluvial nacido en los Apeninos, permitía la conexión entre dichos montes y el Mediterráneo occidental. Sin embargo, mientras existieran hostilidades con la República de Pisa, no iba a ser posible incursionar en forma activa en el mundo del comercio y los negocios, tema que Florencia solucionó anexando a Pisa a sus dominios a comienzos del siglo XV.

Pero no solo el mar era relevante en la posición estratégica de Florencia. Esta ciudad había sido fundada por los romanos y su ubicación no era casual. Se trataba de una antigua villa emplazada en la vía Cassia, la que conectaba la capital imperial con Arretium, actual Arezzo, y que, tras pasar por Florencia, llegaba a la ciudad de Lucca, y que desde ahí se podía ir directo hacia la Galia transalpina. Florencia había nacido en un espacio estratégico de conectividad y lo siguió siendo en el mundo medieval, puesto que dicha vía romana continuó en uso, y más aún cuando se reactivó la conectividad europea y se inició el auge en la economía de intercambio en el mismo siglo de Dante.





Mapa de la ciudad y puerto de Pisa por Matthaeus Merian, c.1636
Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Por lo anterior, la ciudad del Arno estaba llamada a convertirse en una potencia y su emplazamiento cumplía importantes requisitos para consolidarse como nodo de atracción, vital a la hora de hablar de los referidos ecosistemas propicios para el desarrollo.

En cuanto a Dante, él vino al mundo en la Florencia del siglo XIII, es decir, en un tiempo histórico que denominamos “bajo medievo” pero que en realidad, a la luz de lo ya expuesto, se trataba de un período muy difícil de clasificar, puesto que por una parte la ciudad y la República tenían características que tradicionalmente se asocian a ese periodo histórico, en especial a lo político, económico y social, pero que al mismo tiempo tenía habitantes como el propio Dante y muchos otros que no responden a las categorías de lo que subjetivamente conocemos como “hombres medievales”. Y decimos esto porque cuando uno piensa en este insigne poeta, inmediatamente se suele asociar a una persona que tenía una mentalidad distinta, un pensamiento que hoy llamamos “humanista” y, por lo tanto, lo ubicamos instintivamente en los albores del mundo moderno. Sin embargo, esta ínclita figura de la literatura universal era en realidad un hombre del medievo, pero que, al mismo tiempo, mostraba características visionarias que lo sitúan en la frontera de un posible cambio temporal.

DANTE ALIGHIERI

Dante Alighieri había nacido en 1265 al alero de una familia burguesa de Florencia. Su padre era Alighiero di Bellincione, un agente de cambios y notario que tenía una buena posición social en la ciudad. De hecho, de acuerdo con el propio poeta en sus cantos XV y XVI del Paraíso, él aseguraba poseer orígenes nobles. Por su parte, su mamá era Gabriella di Scolare degli Abati, quien también pertenecía a la burguesía güelfa pero que lamentablemente falleció cuando Dante era aún pequeño, posiblemente de unos 5 años. Alighiero se volvió a casar en segundas nupcias con Lapa di Chiarissimo Cialuffi, con quien tuvo dos hijos, Francesco y Gaetana Alighieri, aunque Boccaccio asegura que tuvieron otra hija de la que desconocemos su nombre.

Ahora bien, conocidos sus antecedentes familiares, hay que advertir que el contexto particular en el que vivió Alighieri no fue sencillo. Experimentó en carne propia las vicisitudes de su amada Florencia: luchas intestinas entre güelfos y gibelinos, en las que él fue parte de los primeros por herencia familiar; conflictos entre el poder temporal y el espiritual; condenas, exilio perpetuo, etc. En la práctica, una vida llena de experiencias que se explican muy bien en su contexto, pero que al mismo tiempo modelan una figura excepcional de las letras y de la cultura que le convirtieron en el poeta más grande de su época y modelo indiscutible para el Humanismo y el Renacimiento. Pero si es inobjetable la importancia de Dante y su asociación al pensamiento humanista es claro, ¿por qué se le asocia con ser una figura precursora? ¿dónde estuvo su innovación?

En primer lugar, hay que advertir que, junto con las grandes habilidades innatas de Alighieri, él recibió una formación de niño que le permitió conocer las letras clásicas; en especial, toda la rica cultura latina que se había conservado en el medioevo. Y si bien no hay claridad acerca de dónde obtuvo dicha formación, sabemos que tuvo maestros, inspiradores y amistades que le permitieron ingresar en el mundo de las letras clásicas y, en especial, de la poesía. Entre ellos hay que mencionar a Guido Cavalcanti, gran amigo de Dante y con quien llegaría a conformar una generación de eximios e influyentes poetas de su tiempo.

Ahora bien, Dante no conoció el apogeo político, económico y cultural de la Florencia que vendría con los Médicis a partir de la segunda mitad del siglo XV; sin embargo, en dicha ciudad ya existía un nodo cultural; un efecto centrífugo positivo que atraía cultores del mundo clásico. Y si por alguna razón el conocimiento no se hallaba en la Toscana, entonces había que ir a buscarlo en el resto de la península, cosa que precisamente hizo el poeta a lo largo de su vida.

Pero Alighieri fue más allá de la vida intelectual y literaria. Además, incursionó en la política y en la diplomacia, aspectos que le entregaron más elementos para ser considerado un pionero entre los humanistas. La universalidad del conocimiento era signo diferenciador y él supo vivirlo intensamente, aunque aquello le significó no solo riqueza intelectual sino también dolores profundos como el destierro final.



Dante y su Divina Comedia por Domenico di Michelino, 1465. Fresco interior de la catedral de Santa María del Fiore, Florencia

Foto: Jastrow CC BY-SA 3.0.



En cuanto a sus grandes aportes culturales que le sitúan en el camino primario del Humanismo en tránsito al mundo moderno, su poesía refleja el aprendizaje del mundo clásico, pero con una profunda novedad. Pese a ser un latinista avezado, varias de sus obras las escribió en lengua vernácula, el toscano florentino, y lo hizo con tal grado de influencia posterior en el contexto literario del Renacimiento, que es considerado para muchos como el padre del idioma italiano moderno. Es decir, fue tan relevante el peso de sus obras y escritos, y en particular el de su obra cumbre, *La Divina Comedia*, que su más grande innovación fue facilitar el conocimiento para que fuera entendido por todo aquél que pudiese leer su pensamiento.

En la práctica, tal como ocurre en los tiempos actuales, ser capaz de ser puente legible entre el conocimiento científico y la sociedad es uno de los mayores desafíos, y con frecuencia una tarea pendiente del mundo académico, pues Alighieri llevó el mundo clásico literario a la sociedad de su tiempo, pero sumando su propia riqueza cultural, sus convicciones científicas y su sello creativo e imaginativo que le permitió viajar, por ejemplo, al infierno y al purgatorio acompañado del gran Virgilio; y al paraíso, junto con su amor platónico, la bella Beatriz; aquella niña que el poeta había conocido a los 9 años y que desde entonces estuvo siempre presente en su corazón.

Precisamente de este amor se cuentan algunas historias. Se trataba de una bella niña llamada Beatriz o Bice Portinari, quien era miembro de una importante familia que residía en Florencia cerca de la casa del poeta. Si creemos en lo que señala en su *Vida Nueva*, escrita entre 1292 y 1293, Dante la había conocido cuando ella tenía ocho años y desde entonces él se había enamorado. Pasado el tiempo, cuando la bella mujer cumplió 18 años, nuevamente había vuelto a verla, confirmando sus sentimientos iniciales y escribiendo un soneto inspirado en ella. Pero el sueño del poeta era que Beatriz le saludara; sin embargo, Alighieri equivocó el camino para lograr su objetivo porque pensó que la mejor forma de despertar interés en ella era cortejando a otra dama. Cuando Beatriz supo de esto, nunca le saludó y entonces el amor del Dante se confirmó como una construcción platónica, puesto que nunca pudo cruzar con ella palabra alguna. Posteriormente sobrevino la tragedia porque ella, con tan solo 23 años, murió en Florencia, y entonces el dolor de la pérdida se perpetuó en el tiempo, según lo que nos llega a nuestros días bajo lo contado por su biógrafo Giovanni Boccaccio.

Precisamente en la última parte de su *Divina Comedia*, la del Paraíso, que Dante escribió en su exilio de Rávena, aún él recordaba intensamente a su amor verdadero, idílico e imaginario, que en la práctica era una infidelidad de pensamiento puesto que él en realidad se había casado con Gemma Donati en 1291 y era padre de cuatro hijos. Este vínculo estaba concertado por las respectivas familias desde que ellos tenían apenas doce años con una dote de 200 florines. ¿Se amaban? Boccaccio cree que no, pero ¿por qué nunca habló de ella? Posiblemente porque quiso mantenerla siempre en el santuario de la privacidad, de la intimidad que no estuvo dispuesto a compartir. Y lo cierto es que ella le sobrevivió, y por muchos años.

En cuanto a otros aspectos de su vida, Alighieri fue también un hombre con mucha actividad política en Florencia, prueba de la concordancia que, en teoría, debía existir entre intelectualidad y vida pública. Como se mencionó, participó activamente del partido güelfo, que era el predominante de su ciudad y en su

tiempo, cuando los ánimos estaban convulsionados. De hecho, los florentinos entraron en guerra contra los gibelinos de Arezzo y Alighieri participó en la batalla de Campaldino con tan solo 24 años.

Luego, llegó a tener cargos públicos en la ciudad: miembro del Consejo especial del capitán del Pueblo, miembro del Consejo especial para la elección de priores, y miembro del Consejo de los Cien.

Posteriormente incurrió en la vida diplomática, puesto que fue designado embajador en San Gimignano, justo cuando se desató la lucha entre güelfos blancos y güelfos negros en la propia Florencia, cuyos bandos eran liderados por las familias Cherchi y Donati, respectivamente. Dante tomó el partido por los primeros por lo que se enfrentó a enormes dificultades por las pugnas e intrigas que se suscitaron, pero finalmente el bando contrario terminó siendo el triunfador.

Justo antes de que su vida tuviese un brutal giro, llegó a ser durante dos meses prior de Florencia, máxima magistratura de la ciudad, pero como él mismo confesara posteriormente, aquellos cargos políticos que detentó fueron una “desgraciada posición” por el costo demasiado grande que tuvo que asumir.

Precisamente, en el medio de la gran crisis política de las dos facciones que buscaban consolidarse en el poder, Dante fue designado como embajador de Florencia ante el Papa Bonifacio VIII. Y estando en la ciudad pontificia, en 1301, se produjo la intervención en Florencia de Carlos de Valois y sus tropas en nombre del Pontífice, lo que significó el triunfo de la facción güelfa negra y el desastre del partido del Alighieri, produciéndose grandes persecuciones, muertes y exilios.

Dante fue retenido en Roma y se le acusó de malversación de fondos y se le condenó al exilio, so pena de muerte en caso de regresar a su amada Florencia. Desde entonces tuvo que deambular en varias ciudades: Verona, Padua, Rímini y Lucca. Finalmente llegó a residir en Rávena en 1318, lejos de su nodo cultural

y creativo florentino, pero habitando otro que también lo había sido en tiempos de la caída del Imperio Romano de Occidente. Allí vivió sus últimos tres años de vida, hasta su muerte en 1321, siendo sepultado en la iglesia de San Francisco de Asís de dicha ciudad. Sin embargo, los florentinos no le olvidaron pues, un siglo más tarde, le construyeron una tumba que, si bien hasta hoy permanece vacía, reza una de las afirmaciones más indiscutibles en la historia del Humanismo: “Honrad al más alto poeta”, con la firme esperanza de que, en el año 2021, al cumplirse los 700 años de su partida, sus restos puedan volver a casa.

Si en el visionario poeta florentino medieval identificamos huellas del Humanismo renacentista, también en la propia Florencia hallamos a otra de aquellas figuras que representan el inicio de un cambio de época. De hecho, así como Dante Alighieri es considerado un pionero en el mundo de las letras, Giotto fue en la pintura la prueba concreta de que algo estaba cambiando en el mundo del arte.





Cenotafio de Dante Alighierii

Foto: GiadaE, CC BY-SA 4.0.

GIOTTO DI BONDONE (“GIOTTO”)

Nacido hacia 1267 en la República de Florencia, específicamente en Vicchio, en la Colina de Vespignano, Giotto di Bondone vino al mundo solo dos años después del gran poeta del Arno, y al igual que él, también hay que entenderlo como un hombre de frontera, en cuanto a que vivió en una sociedad medieval pero que al mismo tiempo, mostrando signos visibles de que sus aportes y contribuciones iban mucho más allá de su tiempo, se constituyó en un verdadero icono de lo que un siglo y medio más tarde sería conocido, precisamente, como arte renacentista.

El Giotto se crió en un entorno rural, puesto que su padre era pastor de ovejas, oficio que él también practicó de niño. Al vivir fuera de la gran urbe, sus primeros años de vida son un tanto desconocidos en cuanto a tener detalles de su formación que le llevó a convertirse en un gran pintor. Sin embargo, Giorgio Vasari, el famoso biógrafo del Renacimiento, cuenta como anécdota, por lo demás no muy probada, que uno de los grandes maestros florentinos del siglo XIII, Cimabue, mientras estaba recorriendo los campos, encontró a un niño pastor que había dibujado en una piedra una oveja del rebaño de su padre. Y habría sido tal el realismo y calidad del dibujo que el pintor le rogó a su padre que el niño fuese a Florencia para formarse como artista en su taller¹. ¿Habría sido verdad el episodio? No es seguro, pero al menos representa simbólicamente que la historia del Giotto había sido diferente a lo habitual en cuanto a que el maestro encontró al discípulo, y no viceversa.

Lo que está claro es que el joven pastor se formó en su taller en Florencia y se introdujo de lleno en el mundo del arte, aprendiendo las técnicas innovadoras que para entonces practicaba el propio Cimabue, desarrollando un estilo propio que muy pronto terminaría por superar al maestro.

¹ Vasari, Giorgio. “Giotto, pintor florentino”, en: *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores, escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Ediciones Cátedra: 2017, pág.117.



El campanario de Giotto, Catedral de Santa María del Fiore, Florencia

Foto: Rodrigo Moreno.

Ahora bien, una ventaja que tuvo en su vida profesional fue que su maestro era un artista de fama en la península itálica, por lo que en su taller se recibían encargos desde los centros urbanos más prósperos, lo que posibilitó que Giotto pudiera viajar y conocer importantes entornos artísticos culturales, como por ejemplo Asís, Roma, Padua y Nápoles, entre otros. De hecho, vivió en Asís un tiempo, ayudando a su maestro a pintar los frescos de la basílica cuyo contenido trataba sobre escenas de la vida del santo fundador de la orden, y que se consideran una de las grandes obras maestras del joven artista florentino.

Durante dicho proceso formativo y de crecimiento profesional, el Giotto también incursionó en la poesía y en la arquitectura, prueba de que su contacto con el mundo clásico llegó no solo en el estudio de las técnicas pictóricas, sino que también del diseño. De hecho, se hizo cargo de la construcción del campanil de la catedral de Florencia, realizando su diseño y construyendo sus cimientos. Sin embargo, su idea de realizar una torre campanario que superara los 110 metros de altura nunca se concretó a raíz de la muerte del artista, siendo continuada y modificada la obra por Andrea Pisano y posteriormente finalizada por Francesco Talenti, ya bastante alejada de la idea inicial, pero con una estructura que garantizara su permanencia en el tiempo. Aún así, el campanil del Duomo, con 84 metros de altura, se le conoce como el “campanile di Giotto”, una muestra más del renombre que había alcanzado el célebre pintor que también quiso ser constructor.

De hecho, a propósito de la fama que había alcanzado como artista, es que se cuenta una anécdota sobre cómo el Papa Benedicto IX conoció a este eximio pintor. El pontífice estaba en Treviso y oyó hablar de las maravillas de Giotto y le interesó conocerle para lo cual encargó que se indagara más sobre su persona y su obra, porque pensaba hacer unos encargos artísticos para la antigua Basílica de San Pedro. El mandato del Papa se cumplió, pero junto a contactar a Giotto, también lo hicieron otros grandes artistas florentinos de la época a quienes se les pidió que dibujaran modelos que serían mostrados al Papa.

Cuando finalmente el emisario pontificio contactó al pintor y le pidió un dibujo como muestra, éste trazó a pulso con un pincel un círculo tan perfecto que

parecía hecho por un compás. Se lo entregó al legado papal quien en principio creyó que era una broma de mal gusto, porque en realidad no había dibujado nada. Giotto le insistió que con ese círculo bastaba, y efectivamente fue suficiente porque cuando Benedicto IX recibió todos los dibujos, identificó al autor del círculo como el mejor de todos, porque la perfección en el trazo era tan impresionante que se mostró insuperable para cualquier artista de su tiempo. Giorgio Vasari, el difusor de esta anécdota, agrega que el proverbio “tú eres más tondo (redondo) que la O de Giotto”, usado en tiempos renacentistas para identificar a los grandes talentos, provenía de aquella historia entre el Papa y el genial artista florentino^[2].

En la práctica, Giotto se convirtió en una figura relevante de su tiempo, y eso se debía a sus habilidades innatas, fortalecidas con una buena formación recibida por parte de su maestro, donde hay que sumar la experiencia integral de un entorno propicio para el cambio y la innovación.

Y precisamente en cuanto a la capacidad innovadora del pintor que le ha valido el mérito de ser un pionero en la historia del arte renacentista, en la técnica de la tridimensionalidad, en el manejo del espacio, en la recuperación del naturalismo y en la introducción de una dimensión afectiva de la figura humana como el temor, la esperanza, la ira y el amor. Como advierte Vasari, el Giotto suprimió una forma de hacer arte, el modo bizantino, e imprimió un sello hasta el momento desconocido, eliminando, por ejemplo, el perfil que rodeaba a las figuras, abandonando el estilo gótico medieval y dando más gracia a las formas y suavidad a los colores.

Estos son solo algunos de los aspectos que posibilitaron romper con la tradición pictórica bizantina, y al mismo tiempo, superar largamente a su maestro Cimabue que, sin restarle méritos a sus aportes en la historia del arte, solo llegó a la antesala de los cambios. Esto fue dicho en su tiempo por el mismísimo Dante en el Purgatorio de su Divina Comedia: “Se creyó Cimabue reinar en el campo de la pintura y ahora es Giotto el que tiene la fama, de modo tal que la fama de aquel se ha oscurecido”.

² Vasari, p. 120.



Giotto di Bondone por Giovanni Dupré, 1845

Fuente: Sailko, CC BY-SA 3.0.



Crucifijo del Giotto, iglesia de Santa María Novella

Foto: Rufus46, CC BY-SA 3.0.

Como bien recordaba Giorgio Vasari, el biógrafo del Renacimiento en el siglo XVI, con Giotto se inició un nuevo estilo de pintura que él llamó “estilo de Giotto”, el que sin llegar a la perfección por no tener puntos de comparación con otros artistas de su época, de todas formas marcó a los pintores de la siguiente generación, en donde destacaron sus discípulos y continuadores. En definitiva, Giotto fue pionero y, por lo tanto, el fundador de una nueva escuela artística.

Giotto, al igual que Alighieri, son ejemplos de que el Humanismo tuvo precursores en temprana época, siendo el siglo XIII una muestra de que habían personas visionarias que se estaban anticipando a un cambio de época, a una transformación intelectual y cultural, pero que, al mismo tiempo, eran hombres que vivieron la intensidad de su era y contexto; una Florencia que crecía y se desarrollaba a pasos agigantados; una ciudad que daba cabida al arte y la cultura, con talleres donde se forjaban los jóvenes discípulos al alero de maestros, y en donde los futuros intelectuales podían encontrar la latinidad necesaria para entrar en el Humanismo.

Florencia ofrecía a personajes como Alighieri y el Giotto, espacios de conexión con el resto del “mundo”, es decir, con la rica península itálica. En suma, la patria les entregó las bases del conocimiento pero también la bella ciudad a orillas del Arno posibilitaba una mayor globalidad; la suficiente para que el poeta encontrara lo necesario para completar su formación y para que el pintor recibiera los encargos y desafíos profesionales que terminaron por convertirlo en el más grande artista de su tiempo. Es decir, estos florentinos tuvieron “mundo”, y ello resultó muy necesario -tal como lo es hoy- a la hora de marcar diferencias en una sociedad con personas visionarias, abiertas al cambio, a las transformaciones y a la innovación.

Capítulo

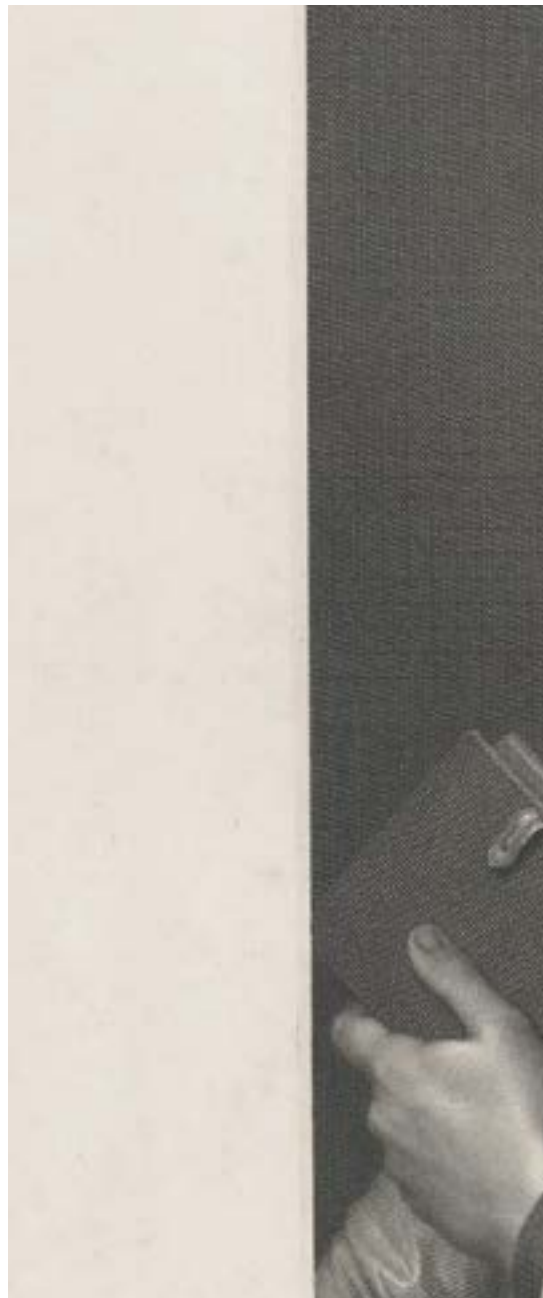




*La segunda generación:
profundizando en la
ruptura de paradigmas*

Las huellas que dejaron los precursores del Humanismo rápidamente rindieron frutos abundantes. Tanto Alighieri como Giotto tuvieron seguidores que recogieron el testimonio de continuar en la senda del cambio y de las transformaciones. De hecho, trascender más allá de las personas era el primer paso para esta nueva generación de innovadores, y la verdad es que dicha meta la cumplieron con creces.

Cuando murió Alighieri en 1321, ya había nacido una generación de genialidades que terminarían por hacer más visible aquel movimiento intelectual -el Humanismo- que tanta trascendencia tuvo en el Renacimiento de la segunda mitad del siglo XV. Tanto Francesco Petrarca como Giovanni Boccaccio recogieron el testimonio legado por el gran poeta florentino, y continuaron innovando en el mundo de la cultura y las letras, tomando el saber del mundo antiguo y las nuevas ideas que permitieron hacer más visible una nueva mentalidad: los nuevos pensamientos de libertad y creatividad.





Francesco Petrarca por Stefano Tofanelli y Raffaello Morghen, c.1800

Fuente: Rijksmuseum, Ámsterdam.

FRANCESCO PETRARCA

Francesco Petrarca es, posiblemente, el primer gran heredero de Dante, pero no en cuanto a imitar su obra, sino en atreverse a perseverar en el espíritu del cambio con una identidad literaria propia y genuina. Este gran poeta de la Toscana había nacido en Arezzo -la antigua Arretium romana- en 1304, una ciudad que al igual que Florencia se encontraba en la antigua vía imperial Cassia que unía Roma y la Galia Transalpina.

Su padre era Ser Petracco dell'Incisa, un reconocido notario de Florencia, quien a su vez había seguido esta profesión como una tradición familiar que se remontaba a su bisabuelo, Garzo dell'Incisa, prestigiosa figura de la ciudad. En cuanto a la madre, se llamaba Eletta Canigiani, perteneciente a una distinguida familia de Florencia, quien se unió en matrimonio con Ser en 1302.

La familia pertenecía al partido de los güelfos blancos -al igual que Dante- y, por lo tanto, justo en los tiempos en los que se concretó el matrimonio, comenzaron a tener serios problemas políticos por causa del triunfo del irreconciliable rival, los güelfos negros. De hecho, Ser Petracco tenía para entonces una posición importante en la ciudad, siendo destinado a misiones diplomáticas en Pisa en 1301, en el mismo tiempo en que Alighieri estaba en Roma.



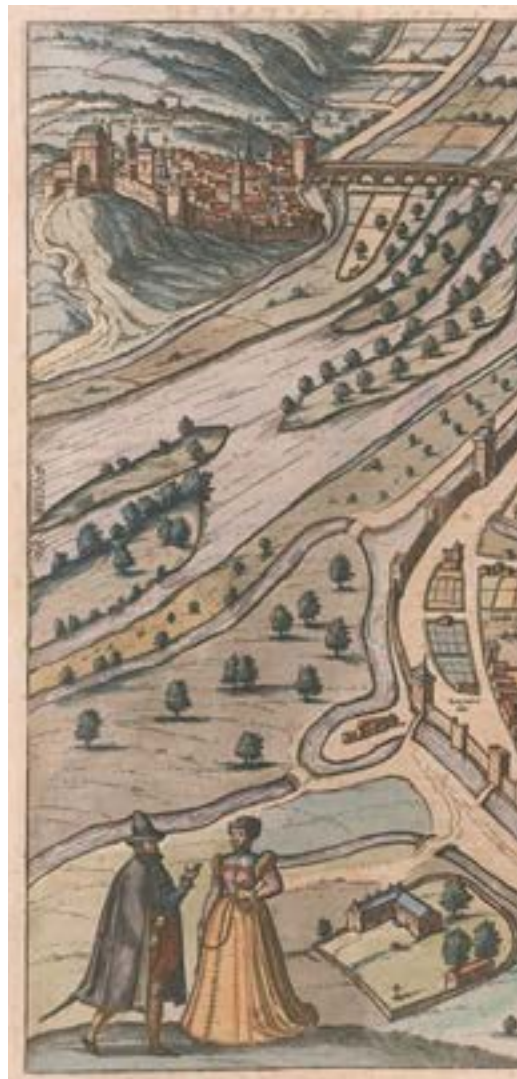


Monumento a Petrarca in Arezzo
Foto: Riccardo Speziari, CC BY-SA 3.0.

El problema que tuvieron en Arezzo es que tradicionalmente fue una ciudad gibelina, por lo que la vida allí no fue fácil para Petracco y su familia. Además, había muchos antiguos exiliados florentinos que odiaban a los güelfos, causantes de sus desgracias en décadas pasadas. Por ello, el primer objetivo de Ser fue regresar a su patria, y por lo tanto, junto con otros güelfos blancos, participó activamente en los intentos de recuperar la ciudad por la vía de las armas, planes que terminaron fracasando en 1304, precisamente año del nacimiento de Francesco. De hecho, se cuenta como anécdota que mientras Ser participó en el ataque de los güelfos blancos a Florencia el 20 de julio de dicho año, esa misma noche su mujer había dado a luz al niño que si bien nació aretino -de Arezzo-, por todas las visciditudes que vivió la familia siempre se autodenominó como “florentino”.

Ya resignados a no poder volver a Florencia y dadas las dificultades para conseguir trabajo y dar el sustento a una familia que lo había perdido todo, optaron porque Eletta y el niño se fueran a vivir a Incisa in Val d’Arno, una pequeña localidad cercana a la ciudad del Arno, donde pudieron vivir tranquilos ya que ella no había recibido una condena de exilio.

Durante siete años vivieron en la tierra que había sido de sus ancestros, a poco más de 30 kilómetros de Florencia. En dicho tiempo, Ser les visitaba cuando podía y también la familia pudo crecer, puesto que dos hermanos se sumaron al clan de Petracco. Lamentablemente uno murió de pequeño, pero otro, Gherardo, nacido en 1307, sobrevivió.



Hacia 1311 surgió la ilusión de la familia Petrarco por regresar a Florencia puesto que el emperador Enrique VII intentó recuperar influencias allí. Sin embargo, estas campañas fracasaron por lo que, ya sin esperanzas del regreso a la patria, Ser decidió partir rumbo a Pisa con Eletta y los niños, y desde ahí seguir a Francia, específicamente a Marsella, donde casi murieron en un naufragio.



Aviñón en el siglo XVI por Georg Braun & Frans Hogenberg, 1575

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Arribados al principal puerto mediterráneo de Francia, el siguiente destino fue Aviñón, donde Ser logró empleo en la corte Papal, ya que el Pontífice Clemente V había fijado ahí su residencia, principalmente por presión del rey de Francia. Tras posicionarse como jurista, la familia se estableció en la localidad de Carpentras en 1312, cercana a la nueva sede Papal.

Fue en esta pequeña localidad donde Francesco fue formado en las humanidades durante cuatro años. El propio poeta en la adultez recordaba aquellos años escolares con sus bondades y limitaciones, aprendiendo en la escuela del pueblo sus primeras lecciones de gramática, dialéctica y retórica. Se sabe también que su primer maestro fue el toscano Convevole da Prato, quien pudo tener alguna influencia en el futuro poeta, como por ejemplo, el buen uso de la lengua toscana florentina, que tanta fama le daría algún día.

Como bien recordaba el propio Petrarca, cuatro años vivió en el entorno de Aviñón, pero en 1316 su padre decidió que él partiera a Montpellier para estudiar leyes, ciudad universitaria de gran prestigio en aquel entonces y donde el futuro poeta vivió los siguientes cuatro años de su vida. Lamentablemente, mientras experimentaba esta etapa formativa falleció su madre Eletta en 1319.

Tras regresar a Aviñón, el ahora viudo Ser Petracco envió a sus dos hijos a estudiar a la Universidad de Bolonia, con el fin de continuar sus estudios jurídicos, ilusionado porque Francesco siguiese con la tradición familiar que se remontaba al bisabuelo Garzo, pero que la vocación y el destino terminarían por marcar otro derrotero. Aún así, Petrarca tuvo buenos recuerdos de su estancia, en particular de sus estudios de derecho civil y en particular de la gran calidad de sus maestros.





Clases en Universidad de Bolonia por Laurentius de Voltolina, c.1350

Fuente: The Kupferstichkabinett, Berlin akg-images.

Fue en dicha época en la que conoció en profundidad la vida intelectual que se vivía en la famosa ciudad universitaria, ahondando en su dominio de la latinidad y en la lectura de los clásicos. También fue en dicha época, con tan solo 17 años de edad, que supo de la muerte de Dante Alighieri, aquel “compatriota” florentino exiliado en Rávena, a quien había tenido la suerte de conocer personalmente cuando era un niño de 8 años. La fama de Dante -de gran poeta y amante de la romanidad- había trascendido en toda la península y sin dudas sirvió de inspiración para los futuros intelectuales.

Petrarca abandonó los estudios de leyes por ausencia de vocación, aunque continuó viviendo en Bolonia, considerando que dicha ciudad era el epicentro de los estudios clásicos en la época y que era un buen nodo para la creatividad y para conocer a grandes intelectuales que le hicieran crecer en el camino del Humanismo. Sin embargo, dicha estancia se vio interrumpida cuando se produjo la muerte de Ser Petracco en 1326, año en el que junto con su hermano decidieron regresar a vivir en Aviñón, ciudad que si bien había sido su hogar por varios años, siempre fue considerada por el poeta como un espacio de sentimientos encontrados, puesto que por una parte era sinónimo de exilio y, al mismo tiempo, era una ciudad que permitiría crecer en conexiones de alto interés profesional, algo así como un “espacio de oportunidades” aunque lejos de la península itálica, de la Toscana.

La verdad es que este abandono de la carrera jurídica en tal grado de avance no debía de sorprender, puesto que Francesco siempre se había inclinado por las letras y las humanidades, con una especial fascinación por los autores clásicos como Cicerón y Virgilio, llegando a contrariar muchas veces a su padre. Prueba de lo anterior es que se cuenta la anécdota en la que una vez Ser decidió quemar unos manuscritos antiguos que Francesco estaba leyendo, causando tanta desolación en su hijo que esas señales terminaron por convencerlo de que él no lo hacía por capricho, sino por una vocación pura y genuina.

Al regresar a Aviñón, él y su hermano recibieron la herencia de su padre y con ella vivieron un tiempo. En el caso particular de Francesco, decidió tomar definitivamente el camino de la poesía, las letras y en particular el rescate de textos antiguos, aunque su pasión por la escritura la estaba desarrollando desde hacía tiempo. A la muerte de su amada madre, le dedicó una elegías

latinas, y hacia 1525, por encargo de su padre, ya había realizado el primer trabajo recopilatorio de Virgilio, magnífico códice que hoy es uno de los tesoros más importantes de la Biblioteca Ambrosiana de Milán.



Frontispicio del libro *Codex Virgilianus* que pertenece al legado de Petrarca.
Biblioteca Ambrosiana, Milán

Foto: Sailko, CC BY-SA 3.0.



Restos de la iglesia Santa Clara de Aviñón

Foto: Jean-Marc Rosier de <http://www.rosier.pro>

Ya instalado en Aviñón, comenzó a trabajar en una edición crítica de Tito Livio, y seguramente estaría inmerso en este desafío cuando un hecho trascendental ocurrió en su vida y marcó su geografía poética. Un 6 de abril de 1327, en la iglesia de Santa Clara, Francesco vio por primera vez en su vida a Laura, una bella mujer que le cautivó en tal grado que se enamoró perdidamente de ella, convirtiéndose en un amor platónico para el resto de su vida.

Era un Viernes Santo y la bella dama era Laura de Noves, que para entonces tendría unos 19 años y estaba ya casada con el Marqués Hugo de Sade, con el cual pese a su corta edad ya tenía varios hijos. Su hermosura y virtuosidad es lo único que se conoce de ella en la vida terrenal, aunque los sonetos que Petrarca escribió en su honor la hicieron universal e inmortal. Fueron 366 poemas dedicados a este amor platónico, 263 mientras vivía Laura y 103 después de su muerte acaecida en 1348, a raíz de la fatídica Peste Negra.

El amor que Francesco sentía por Laura recuerdan a Dante y a su Beatriz, a tal punto que hay quienes aseguran que al igual que la musa de Alighieri, la de Francesco estuvo todo el tiempo en su imaginación. Verídica o no la historia, para Petrarca aquel día cambió su vida en 1327, pues conoció por primera vez lo que era el sentimiento del amor, y aunque no fue correspondido, posibilitó extraer dentro de sí una capacidad de expresarse magistralmente a través de la pluma, en lengua “vulgar”, es decir, en lengua romance toscana, replicando con genuina identidad “petrarquista”, lo que había realizado Dante con su *Vita Nuova* y *Divina Comedia*.

De igual manera, los sonetos dedicados a la bella Laura, de la cual Francesco hace escasamente una descripción física de su persona, son de tal particularidad que llegaron a influir profundamente en la lírica de los siglos siguientes. En efecto, los sonetos amorosos de Petrarca, que a su vez contienen una gran carga de idealismo platónico, tuvieron una fuerte influencia en la lírica, en la literatura y en las artes, a tal punto que uno de los máximos exponentes del Renacimiento, Miguel Ángel Buonarroti, fue un devoto lector de Petrarca, en particular, de su famoso Cancionero, que es aquel corpus que reunió todos los poemas que dedicó al amor de su vida y que si bien quedaron manuscritos, fueron publicados por primera vez en Venecia en 1470.

A diferencia de Dante que solo vio a Beatriz dos veces en su vida, Petrarca la siguió por años, incluso buscando la forma de residir cerca de ella, pues la contemplación podía ser una buena alimentación de un amor imposible. Sin embargo, en los mismos años de su profundo enamoramiento, Francesco y su hermano optaron por seguir la carrera eclesiástica, aunque más que por vocación, por hallar un sustento y estabilidad que entregaba esa opción de vida, y por además aprovechar la red de conexiones que le ofrecía el haber vivido en Aviñón y sus buenas relaciones con los hermanos Colonna en Montpellier y Bolonia. De hecho, desde 1331 fue admitido en la corte del Cardenal Giovanni Colonna, buen amigo suyo, lo que facilitó su estabilidad económica y la posibilidad de viajar desde Aviñón hasta la península itálica y a otras regiones de Europa, lo que permitió abrir aún más su visión al mundo que le rodeaba; otro requisito para convertirse en el gran humanista que llegó a ser.

Una prueba de cómo su mente se abría al contemplar el mundo se manifiesta en la subida al monte Ventoso en la Provenza, que el propio Petrarca destaca en forma memorable: “Impulsado únicamente por el deseo de contemplar un lugar célebre por su altitud, hoy he escalado el monte más alto de esta región, que no sin motivo llaman Ventoso. Hace muchos años que estaba en mi ánimo emprender esta ascensión; de hecho, por ese destino que gobierna la vida de los hombres, he vivido –como ya sabes– en este lugar desde mi infancia y ese monte, visible desde cualquier sitio, ha estado casi siempre ante mis ojos”^[3].

Pero aún más notable que aquella experiencia era la inspiración que le generaban los antiguos porque “el impulso de hacer finalmente lo que cada día me proponía se apoderó de mi, sobre todo después de releer, hace unos días, la historia romana de Tito Livio, cuando por casualidad di con aquel pasaje en el que Filipo, rey de Macedonia, -aquel que hizo la guerra contra Roma-, asciende al Hemo, una montaña de Tesalia desde cuya cima pensaba que podrían verse, según era fama, dos mares, el Adriático y el Mar Negro”^[4].

Petrarca se preguntaba si aquel pasaje relatado por Tito Livio era verdadero o falso, pero la única forma de saberlo era vivir la experiencia de la montaña, ante lo cual la subida al Ventoso tenía una carga simbólica que hay que situar en

3 Francesco Petrarca, *La Ascensión al Mont Ventoux*, (Prólogo de Eduardo Martínez de Pisón), La Línea del Horizonte ediciones, Madrid, 2019, p.60.

4 Petrarca, p. 61.

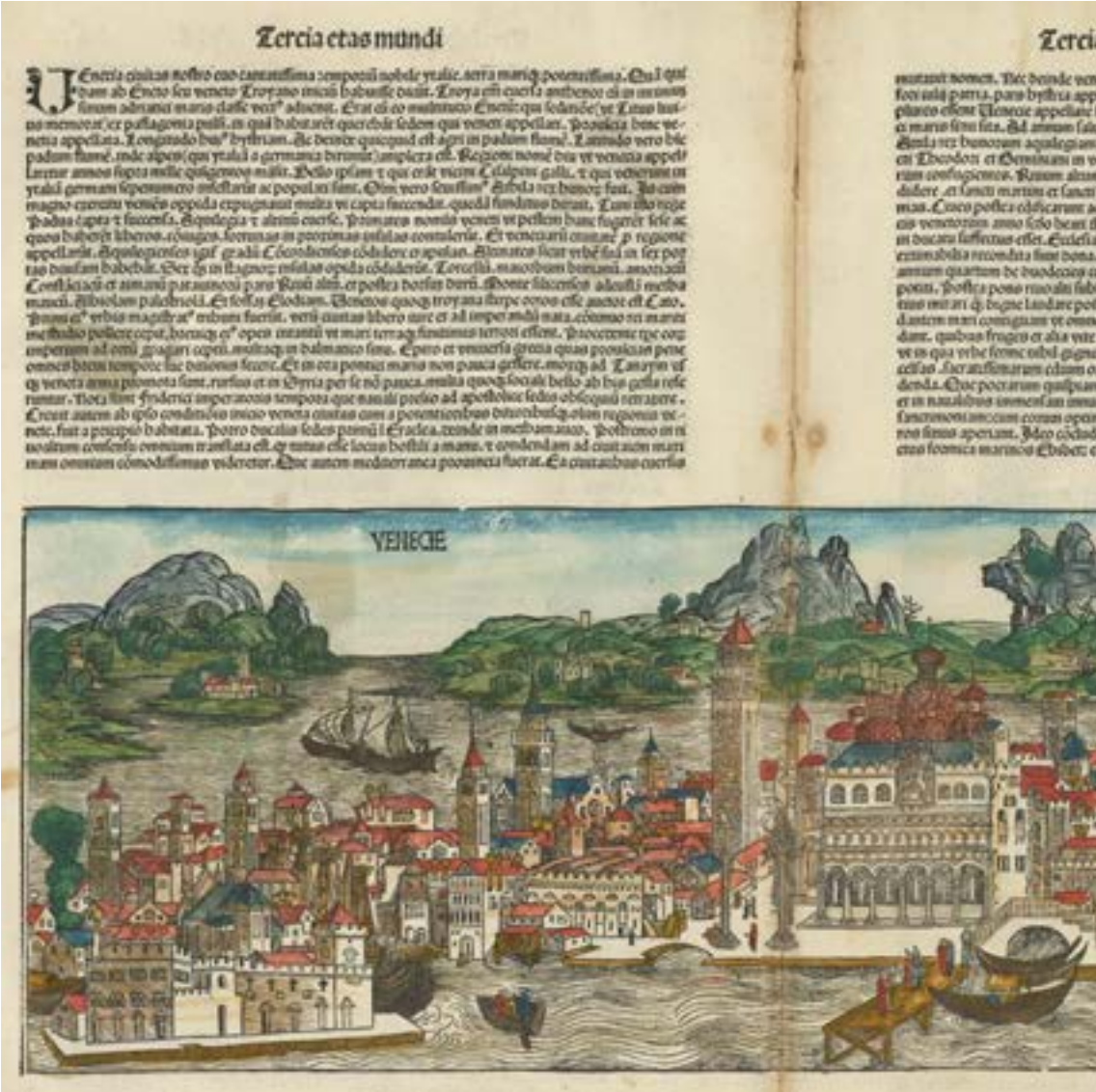
aquel cambio de mentalidad: la de aquella necesidad de ser protagonista de este mundo creado y de vivir las experiencias para despejar dudas. Como él era amigo de las “señales”, cuenta una experiencia extraordinaria que vivió en la cima de aquel monte: llevaba consigo las “confesiones de San Agustín”, obra de la que era asiduo lector desde 1333, y leyó algunos pasajes inspiradores.

Tras esta experiencia, el poeta abandonó la corte de Colonna y se refugió en la pequeña localidad de Vaucluse, en la cercanía de Aviñón, donde continuó intensamente con su trabajo literario, alternándolo con algunas misiones específicas que le fueron encomendadas. También en dicha época, 1337, fue padre por primera vez de un hijo, Giovanni, pero al tener las órdenes menores, es decir, que estaba consagrado para la vida religiosa, no contrajo matrimonio.

En ese mismo año, se produjo otro momento memorable de su vida y que le marcó como humanista: visitó por primera vez Roma, pudiendo contemplar la Urbe a la que tanta lectura le había dado a través de los clásicos como Virgilio, Cicerón, Ovidio y Tito Livio. Observar las ruinas visibles en todo lugar, los vientos de un pasado memorable y romántico, debieron influir en el poeta la necesidad de seguir su desafío personal de rescatar lo clásico y hacerlo vivo en su presente.

Para entonces su fama ya había traspasado fronteras. Conocido como editor de autores clásicos, también era el poeta de la psicología del amor, en donde solía manifestar sus propios sentimientos y su personalidad en vez de las tradicionales loas al ser amado. Con Petrarca el individualismo cobraba fuerza a tal punto que llegaría a ser uno de los grandes aportes que entregó al mundo renacentista: el ser humano como individuo protagonista, que percibe sus talentos y los desarrolla.

Precisamente a raíz de su fama en el arte de las letras, el 8 de abril de 1341 fue coronado en el Campidoglio, en Roma, como poeta laureado, en homenaje que rememoraba también una antigua tradición griega por la que se entregaba la corona de laureles a héroes y poetas. Además, en aquella ceremonia se le entregó la ciudadanía romana, un honor recibido de parte del Senado Romano.



La ciudad de Venecia en 1493 según Hartmann Schedel
Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.



Tras estos homenajes regresó a Vacluse a continuar con sus trabajos y se sumergió en los estudios de la lengua griega. Fue en esta época en que fue papá de un segundo hijo natural, de una niña, Francesca, de cuya madre nunca se habló. Posteriormente se trasladó a la península itálica donde comenzó a alimentar la idea de una unificación italiana: una reflexión visionaria que solo se materializaría 500 años más tarde. Este sentimiento se sustentaba en la necesidad de que el Papado regresara a Roma desde su exilio de Aviñón, aunque dicho sueño no alcanzaría a verlo puesto que Petrarca moriría 3 años antes de que se concretara en 1377.

Hacia 1350, el entonces ya consagrado Petrarca pudo cumplir otro sueño: conocer su “natal” Florencia; aquella tierra prometida negada durante toda su vida a causa del exilio de sus padres y de él mismo. Fue en dicha visita que conoció por primera vez a Giovanni Boccaccio, con quien entablaría una larga amistad y cuya columna vertebral fue el compartir el mismo camino del Humanismo, siguiendo la estela que Dante les había inspirado.

Tras este encuentro, Francesco se fue a Pisa y luego regresó a Vacluse, pero en 1353 volvió al mundo itálico en forma definitiva. Vivió varios años en Milán al servicio de los Visconti; luego en Padua y más tarde en Venecia. Durante todos esos años siguió componiendo obras latinas y traduciendo otras, además de corregir y ampliar los últimos detalles de su amado Cancionero. Lamentablemente la salud ya no le acompañaba y por ello residió sus últimos

días en Arquà, una pequeña localidad en la provincia de Padua, en compañía de su hija Francesca, su yerno y su nieta. Murió la noche del 18 al 19 de julio de 1374 y según dicen, expiró reclinando su cabeza sobre la Eneida de Virgilio, aunque otras versiones señalan que se postró sobre las Confesiones de San Agustín. Lo uno o lo otro, fue un cierre magistral para una vida notable, que le legó al mundo un cambio de mentalidad, de apertura para innovar, para multiplicar sus talentos, para ser capaz de ofrecer nuevas temáticas que la sociedad estaba deseosa de conocer, y para abrir los ojos frente a los vestigios del mundo clásico. De hecho, Petrarca fue propietario de una de las bibliotecas privadas más importantes de su tiempo, la cual fue donada en vida a la República de Venecia, conformando un tesoro que hasta hoy se resguarda en la Biblioteca Marciana de dicha ciudad. En definitiva, una segunda generación de humanistas que para muchos fue realmente la fundacional de este movimiento que avanzaría a pasos agigantados hacia el Renacimiento.

GIOVANNI BOCCACCIO

Pero Francesco Petrarca no fue el único miembro de esto que llamamos genéricamente “segunda generación”. Hubo otra insigne figura que ya aludimos cuando el poeta laureado estuvo en Florencia en 1350. Nos referimos a Giovanni Boccaccio, de quien si bien no se sabe con exactitud el lugar de nacimiento, se le podría considerar como un florentino “de sangre”, puesto que era hijo de Boccaccio di Chellino, un hombre de finanzas de la ciudad del Arno cuyos orígenes familiares estaban en Certaldo, una pequeña localidad cercana.

La imposibilidad de saber su lugar de nacimiento acaecido en 1313, se debe a que Giovanni nació fuera de matrimonio y no hay registros documentales para conocer la identidad de su madre. Y aunque algunos creen que pudo haber nacido en Florencia porque allí residió en su niñez, también se suele mencionar Certaldo, apareciendo como una opción bastante creíble. De hecho, la incertidumbre de su origen fue sembrada por el propio escritor, quien alguna vez hizo creer que su madre era una noble integrante de la dinastía de los Capetos; algo poco probable por lo que todo parece indicar que la razón del misterioso silencio era porque su mamá fue de origen humilde y su padre optó por no contraer matrimonio pero sí de hacerse cargo de la formación del niño.



Grabado de Giovanni Boccaccio, siglo XVII
Fuente: Bibliothèque Sainte-Geneviève, París.

Su padre, conocido como Boccaccino, era un hombre de buena posición social desde su oficio de agente de la familia Bardi, un clan financiero de Florencia que llegó a ser el más importante de la ciudad y que tenía posiciones en la península y en el resto de Europa. Fueron sus constantes desplazamientos, incluyendo París, los que contribuyeron a sembrar las dudas sobre el lugar donde su hijo vino al mundo. Lo que sí está claro es que el niño vivió al alero de su padre y se formó en Florencia, donde recibió una educación que en su contexto se puede llegar a considerar como privilegiada. De hecho, sabemos que vivió en el barrio de San Pietro Maggiore y que Boccaccino contrajo matrimonio en 1319 con Margherita de' Mardoli, con quien tuvo hijos que no sobrevivieron con el correr de los años.

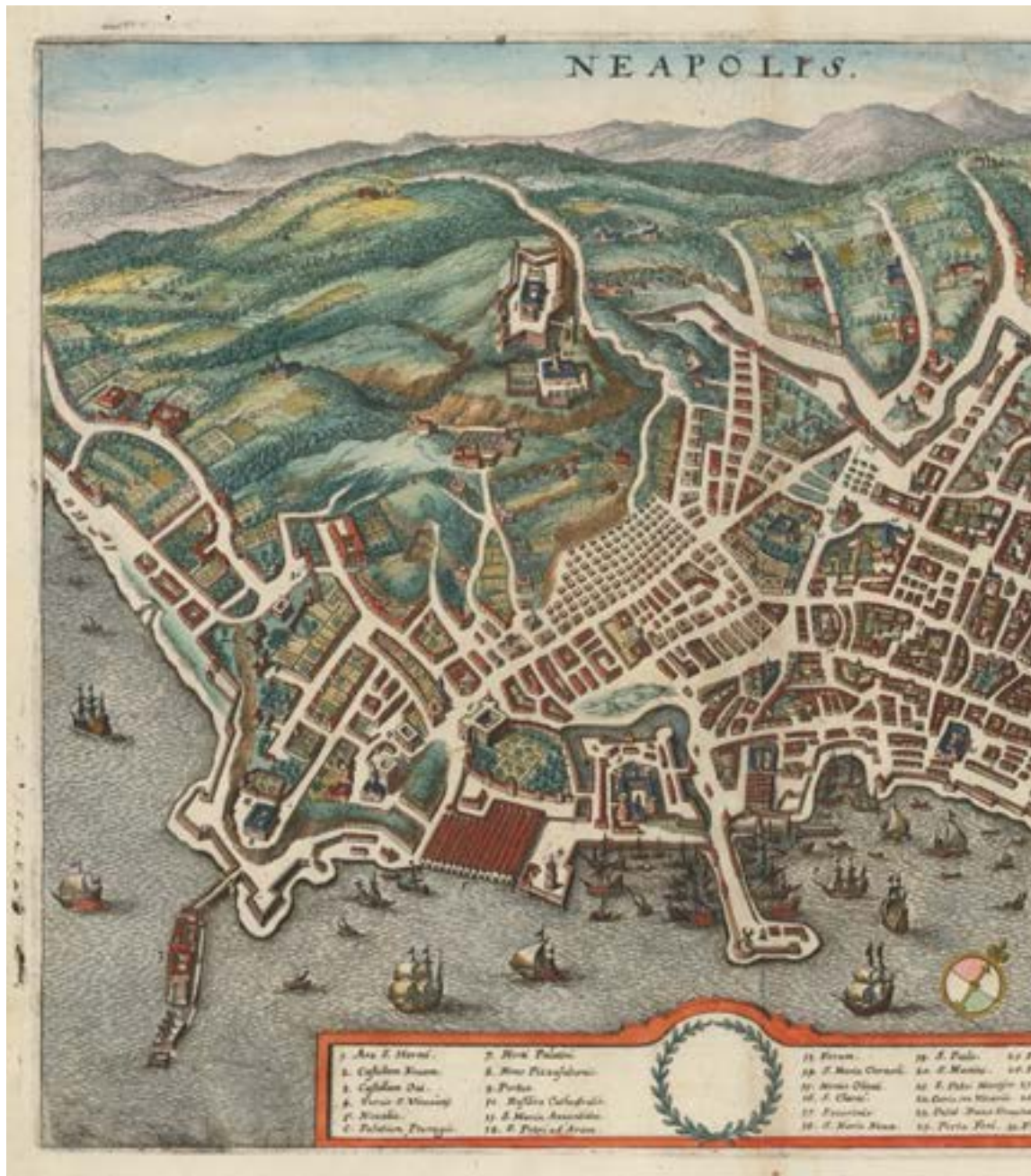
En cuanto a su formación, estuvo a cargo de Giovanni di Domenico Mazzuoli da Strada, quien le inculcó la gramática y las letras latinas. Sin embargo, su padre deseaba que siguiese la estela profesional que tanto éxito le había traído -los negocios y el mundo financiero-, tema que nunca entusiasmó mucho al futuro escritor.





Imagen de la desaparecida iglesia de San Pietro Maggiore

Foto: Sailko CCo 1.0.



Plano de la ciudad y puerto de Nápoles por Matthaeus Merian, 1638

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.



Hacia 1327, siendo adolescente se trasladó junto a su padre a Nápoles, puesto que su padre estaba a cargo de la sede del banco de los Nardi en dicha ciudad, que para entonces era también un importante centro económico y cultural al alero de la corte de los Anjou. Allí, su padre intentó que aprendiera sobre la actividad financiera pero sin mucho éxito, por lo que consciente de que el camino no iba por ahí, le envió a estudiar a la Universidad de Nápoles, donde inició su formación en derecho canónico, tema en el que tampoco perseveró. Sin embargo, sí tuvo interés por el código de Justiniano, corpus latino que develaba la fascinación que por el mundo clásico llegaría a sentir el futuro escritor. De hecho, se sabe que entre 1330 y 1331 fue alumno del famoso jurista y poeta Cino da Pistoia, un humanista amigo personal de Dante Alighieri y que también llegó a influir en Petrarca.

Precisamente en esta estancia larga en Nápoles, tanto en la universidad como en los círculos culturales de la corte del rey Roberto de Anjou, “el prudente”, Boccaccio conoció a muchos intelectuales que terminaron por confirmar cuál era su verdadera vocación: las humanidades. Entre las celebridades que residían en el entorno de la corte estaban el bibliotecario real Paolo da Perugia, el astrólogo Andalò di Negro y el matemático florentino Paolo dell’Abbaco. De ellos y de muchos otros, Boccaccio se nutrió enormemente en su formación como hombre de letras y Artes Liberales.

Además, fue en Nápoles donde construyó amistades como la que tuvo con Niccolò Acciaiuoli, prominente político de origen florentino avecindado en la corte napolitana, con quien los unió un profundo interés por las artes y las letras, en una amistad común con Petrarca. También fue en Nápoles donde Boccaccio conoció en profundidad la obra de Alighieri. Es posible que allí se vinculara con uno de los más destacados expertos comentaristas de la Divina Comedia, Graziolo Bambaglioli, quien vivió y enseñó en Nápoles entre 1334 y 1335.

En suma, Nápoles fue otro epicentro cultural en el siglo XIV, fundamentalmente gracias al refinamiento de la corte y al liderazgo del referido Roberto de Anjou, con quien su padre llegó a forjar amistad, permitiendo a Boccaccio introducirse en un ambiente de privilegio, tal como el que Petrarca había tenido también en Aviñón, Montpellier y Bolonia.

Pero hay algo más y muy relevante: en Nápoles fue donde Boccaccio conoció el amor profundo de María d'Aquino, a quien él solo la llamó "Fiammetta", quien siendo hija natural del rey Roberto y de Sibila Sabrán, una noble provenzal que estaba casada con el conde Thomas IV de Aquino y que creció en Nápoles y que para los tiempos en que Boccaccio la conoció, vivía en el entorno de la corte de su padre.

Fue específicamente un 30 de marzo de 1331, Sábado Santo, cuando la vio por primera vez, enamorándose perdidamente de ella. Este episodio naturalmente recuerda mucho a las bellas Beatriz y Laura de Dante y Petrarca, respectivamente. Sin embargo, hubo una gran diferencia en esta historia: Boccaccio sí fue correspondido llegando a entablar una relación amorosa que se extendió por varios años, aunque lo que no está claro es si dicha relación fue infiel, puesto que hay algunas versiones que sostienen que ella estaba casada con un gentilhomme de la corte de Nápoles.

Lo cierto es que su amor por Fiammetta hizo experimentar en Boccaccio deseos de escribir, siendo varios los sonetos y canciones que terminaron por confirmar su vocación por las letras. Y entre varios de sus escritos de juventud redactados en lengua toscana y otros en latín, en el Filócolo no solo llegó a describir el momento en que se conocieron, sino también cómo el amor puede triunfar pese a las adversidades, rompiendo incluso barreras sociales.

En esta obra, escrita posiblemente a fines de la década de 1330 en lengua vulgar, Boccaccio hizo visible la influencia recibida por los escritos de Dante Alighieri, en particular de la *Vita Nuova*, su primera gran obra en lengua toscana florentina, y prácticamente fundacional de un nuevo estilo, el *dolce stil novo*. Tras este Filócolo vinieron otras como Filóstrato y Teseida, todas escritas presumiblemente antes de abandonar Nápoles.

Luego de una estancia en Nápoles que se extendió por trece años y que como hemos señalado, marcó positivamente la vida de Boccaccio, a fines de 1340 su padre y él se vieron obligados a regresar a Florencia. Las razones fueron financieras puesto que se presentaron graves dificultades que afectaron el patrimonio familiar y que hicieron imprescindible la presencia de Boccaccio en el lugar.

Mientras su padre se dedicó a salvar los negocios sumidos en una profunda crisis, Giovanni se dedicó en esos años a escribir, actividad que se hizo intensa a lo largo de la década con la redacción de algunas comedias, bocetos o La Elegia di Madonna Fiammetta hacia 1344, en donde su mujer amada pasa a ser la protagonista principal y se hacen visibles y sin censura todos sus sentimientos, poniendo de esta forma a la mujer en el mismo plano que los hombres sintiendo los mismos placeres, lo que hasta ese tiempo era reservado solamente a los protagonistas masculinos. Boccaccio, a través de sus obras, no solo manifestaba aquella fascinación por los autores clásicos y recibía influencia literaria de sus contemporáneos, sino que también mostraba una capacidad de innovar y abrir su mente a lo que cada día le identificaba más con el espíritu humanista que se estaba respirando en su entorno.

También en la misma década nace un nuevo hermano de Boccaccio, Iacopo, fruto del matrimonio en segundas nupcias de Boccaccio con Bice Baroncelli en 1343. Sin embargo, para Boccaccio todo se hizo cuesta arriba puesto que en 1345 el desastre financiero de Florencia significó la quiebra de la banca de los Bardi y de los Peruzzi. Además, faltaban muy pocos años para que la Peste Negra llegara a la Toscana, durísimo golpe para una Florencia que había tenido buenos momentos de prosperidad.



La peste negra en Florencia en 1348 descrita por Boccaccio. Grabado de Luigi Sabatelli, 1801
Fuente: <https://wellcomecollection.org>, CC BY 4.0.



En 1346 Boccaccio se marchó a Rávena y más tarde fue huésped de Francesco Ordelaaffi en la ciudad de Forlì en la Emilia Romagna, para posteriormente regresar a Florencia en 1348, año en que la Peste avanzaba en Europa, permaneciendo ahí en los momentos más críticos de la pandemia que quitó la vida en su ciudad a más de la mitad de la población, entre ellos a su padre y a su esposa. Increíblemente Boccaccio no se vio afectado pero tuvo que sufrir la pérdida de sus seres queridos y ser testigo de un escenario “dantesco” que irónicamente le habría hecho sentido en su papel de hombre de letras y admirador del gran poeta florentino.

Precisamente el horror de la “muerte negra” fue la inspiración para la redacción de su obra cumbre con la cual permitió que su figura trascendiera por siglos: el Decamerón, verdadera obra maestra de la prosa escrita en toscano florentino y modelo narrativo para su tiempo. En ella diez jóvenes, siete mujeres y tres hombres, se retiran de Florencia a raíz de la peste y se refugian en un pueblo cercano, donde para olvidar el horror de la muerte que está a su alrededor se relatan cuentos durante diez de los catorce días que estuvieron ahí. Dichos relatos dejan de manifiesto la influencia de la literatura clásica y la del entorno literario y artístico del “Trecento” -pues se hace referencia a Giotto- pero incluso más allá de la península itálica. Además, se percibe en Boccaccio la voluntad de abrir el escenario temático de las letras y las artes a la cotidaneidad en donde conviven pasiones y tragedias.

Y mientras vivía en la diezmada Florencia y redactaba su obra magistral que posiblemente terminó en 1352, Boccaccio pudo conocer a Francesco Petrarca, quien visitó la ciudad en 1350 y se alojó en su casa en el barrio de Santa Felicita. Desde ese momento construyeron una fructífera amistad que se vio fortalecida por constantes encuentros como el que tuvieron en Padua en 1351. En dicha ocasión, Boccaccio recibió la misión de la Comuna florentina de invitar a Petrarca a que regresara a la ciudad y a que se estableciera definitivamente como catedrático en el Studio. Sin embargo, dicha propuesta no prosperó y, por tanto, Petrarca terminó por aceptar la cátedra en la Universidad de Pavía que también se le había ofrecido. Esto no minó la cercanía entre ambos humanistas cuyos caminos siguieron unidos a lo largo de las siguientes dos décadas, tanto por la vía epistolar como por algunos encuentros acaecidos en años posteriores.

También Boccaccio tuvo otras misiones diplomáticas que cumplir para Florencia, lo que demuestra la importancia que había ido adquiriendo en la madurez de su vida. Prueba de ello son sus estancias en Rávena en 1350, donde estuvo con la hija de Dante Alighieri; y Aviñón en 1354, donde conoció al Papa Inocencio VI.

Mientras tanto seguía escribiendo, labor que fue fructífera en las décadas de 1350 y 1360, destacando la *Genealogia deorum gentilium*, que tendrá gran influencia en el Renacimiento. De hecho, buscando una mayor tranquilidad e inspiración para sus trabajos, y posiblemente también por una crisis existencial, hacia 1361 decidió vender su casa de Florencia y trasladarse a Certaldo, donde residió el resto de sus días aunque continuó vinculado con la ciudad del Arno y con algunos viajes que le llevaron a Venecia, Roma, Padua y a su recordado Nápoles de la juventud, que ya no era ni la sombra de lo que había sido en tiempos del rey Roberto, muerto en 1343.

En sus últimos años de vida tuvo serios problemas de salud, en parte debido a su obesidad que le provocó graves trastornos, y si bien intentó seguir escribiendo en Certaldo y recibió el encargo de la Comuna de Florencia de hacer lecturas públicas de la *Divina Comedia*, el final se acercaba a pasos agigantados. Sin duda la noticia de la muerte de Petrarca en 1374 le golpeó fuertemente en su ánimo.

Así, un año después, el 21 de diciembre de 1375, Boccaccio murió en Certaldo dejando la herencia cultural de un hombre que en el contexto de su tiempo fue un continuador, junto con Petrarca, de un legado iniciado por Dante Alighieri en las letras y por Giotto en la pintura: la vía del Humanismo que conduciría un siglo más tarde al Renacimiento.

Y si Dante tuvo en sus letras disruptivas a una “segunda generación” de genialidades, también en la pintura se puede observar que la obra del Giotto y sus grandes innovaciones no fueron estériles o que se desarrollaron en vano. Ya lo demuestra el propio interés que tuvo Boccaccio en el célebre pintor al incluirlo como protagonista en el Decamerón y al alabarlo de sobremanera como un verdadero genio que siempre rehusó a que le llamaran “maestro”.

Como se señaló en el capítulo anterior, Giotto murió en el año 1337, es decir, en el todavía temprano “Trecento”, pero su modo de pintar y sus innovadoras técnicas que rompieron los paradigmas de su tiempo, rápidamente comenzaron a influir en otros artistas de su tiempo.

BERNARDO DADDI

Así como Giotto comenzó ayudando a pintar frescos a su maestro Cimabue en Asís, también él necesitó de ayudantes para realizar los encargos que recibía en la madurez de su carrera. Lo anterior hace deducir que fueron muchos los pintores que recibieron influencia del genio florentino, como por ejemplo, Bernardo Daddi, quien fue su aprendiz formándose en la pintura de retablos y trípticos, lo cual hasta hoy se puede percibir por el sello del Giotto.

Lamentablemente la carrera de Daddi fue corta pues murió durante la Peste Negra en 1348 en Florencia. Sin embargo, tras la muerte de su maestro llegó a ser considerado el mejor pintor de la ciudad, prueba ineludible de que seguir la estela de Giotto significó estar en un lugar de avanzada en cuanto al desarrollo del arte se refiere.

De su vida pocos datos se conocen, aunque ya era un pintor activo desde 1312. En la década siguiente pintó unos frescos sobre los martirios de San Lorenzo y de San Esteban en la capilla Pulci-Berradi de la iglesia de la Santa Croce en Florencia.

Como lo señalan algunas investigaciones, en su etapa tardía como pintor también recibió influencia artística de los hermanos sieneses Ambrogio y Pietro Lorenzetti, destacados artistas contemporáneos a él y que también fallecieron en la Peste Negra de 1348. Sin embargo, sigue siendo considerado un continuador del legado de Giotto.

Así como Bernardo Daddi es considerado uno de los discípulos de Giotto, el artista que más fama llegó a tener como continuador del legado del maestro florentino fue el pintor y arquitecto Taddeo Gaddi, quien nacido hacia el año 1300 en Florencia, fue un importante artista del “Trecento”.

TADDEO GADDI

Taddeo era hijo de un destacado pintor y mosaiquista florentino del siglo XIII, Gaddo Gaddi, que fue discípulo de Cimabue. Y si bien Gaddo perteneció a una generación que podríamos denominar “pre-humanista”, el gran biógrafo del Renacimiento, pintor, arquitecto y escritor Giorgio Vasari en su obra “Las vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos desde Cimabue a nuestros tiempos” publicada inicialmente en 1550, le dedicó un pequeño esbozo biográfico como artista que dejó algunas huellas significativas para la posteridad, como, por ejemplo, el bello mosaico de la Coronación de la Virgen, que se encuentra al interior de la catedral de Santa María del Fiore.





La Coronación de la Virgen por Gaddo Gaddi, contrafachada de la catedral de Santa María del Fiore

Foto: Rodrigo Moreno.

Si bien Taddeo desde niño debió tener sus primeros acercamientos a la pintura en el taller de su padre, siempre se le ha reconocido como el mejor discípulo de Giotto, con quien tuvo la suerte de trabajar durante muchos años. Esto se debe a que posiblemente pertenecían al mismo círculo de Cimabue y, por ende, el entorno florentino posibilitó que el joven pintor conociese al gran innovador en el arte de comienzos del siglo XIV.

De hecho, fue tal la adhesión de Taddeo a las nuevas técnicas inventadas por Giotto que las obras que emprendió llegaron a tener un gran parecido con las del maestro, superando al resto de los discípulos que por entonces tenía en Florencia. Por ello, al morir Giotto en 1337, en palabras de Vasari, Gaddi, supo ser un buen continuador de su obra, convirtiéndose en un artista de renombre: “después de la muerte de Giotto, su maestro, se convirtió, entre todos sus condiscípulos, en el pintor con mayor criterio e ingenio, como queda ampliamente demostrado en sus trabajos”^[5].

Una de las principales virtudes que tenía Taddeo era un talento natural para el dibujo, tal como su maestro lo había demostrado desde niño. A lo anterior, hay que sumar a Taddeo el haber tenido una capacidad de observación de la naturaleza, muy necesario para los desarrollos de la técnica pictórica y, en particular, de la representación de los colores. Por último, muy en el marco del espíritu humanista, Gaddi profundizó en el estudio del arte y su historia, llegando a poseer conocimientos de cálculo y matemática que le permitieron diseñar y construir una obra emblemática para Florencia y para Occidente: el bello Ponte Vecchio, construido entre 1335 y 1345.

Este continuador de la obra de Giotto fue adquiriendo esa formación global que entregan las Artes Liberales hasta convertirse en un destacado arquitecto. Sin embargo, fue en la pintura donde llegó a obtener mayor fama hasta el punto que, como se señaló, fue incluido en la lista de los grandes artistas de la historia florentina.

5 Vasari, Giorgio. “Taddeo Gaddi, pintor florentino”, en: *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores, escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Ediciones Cátedra: 2017, pág.152.

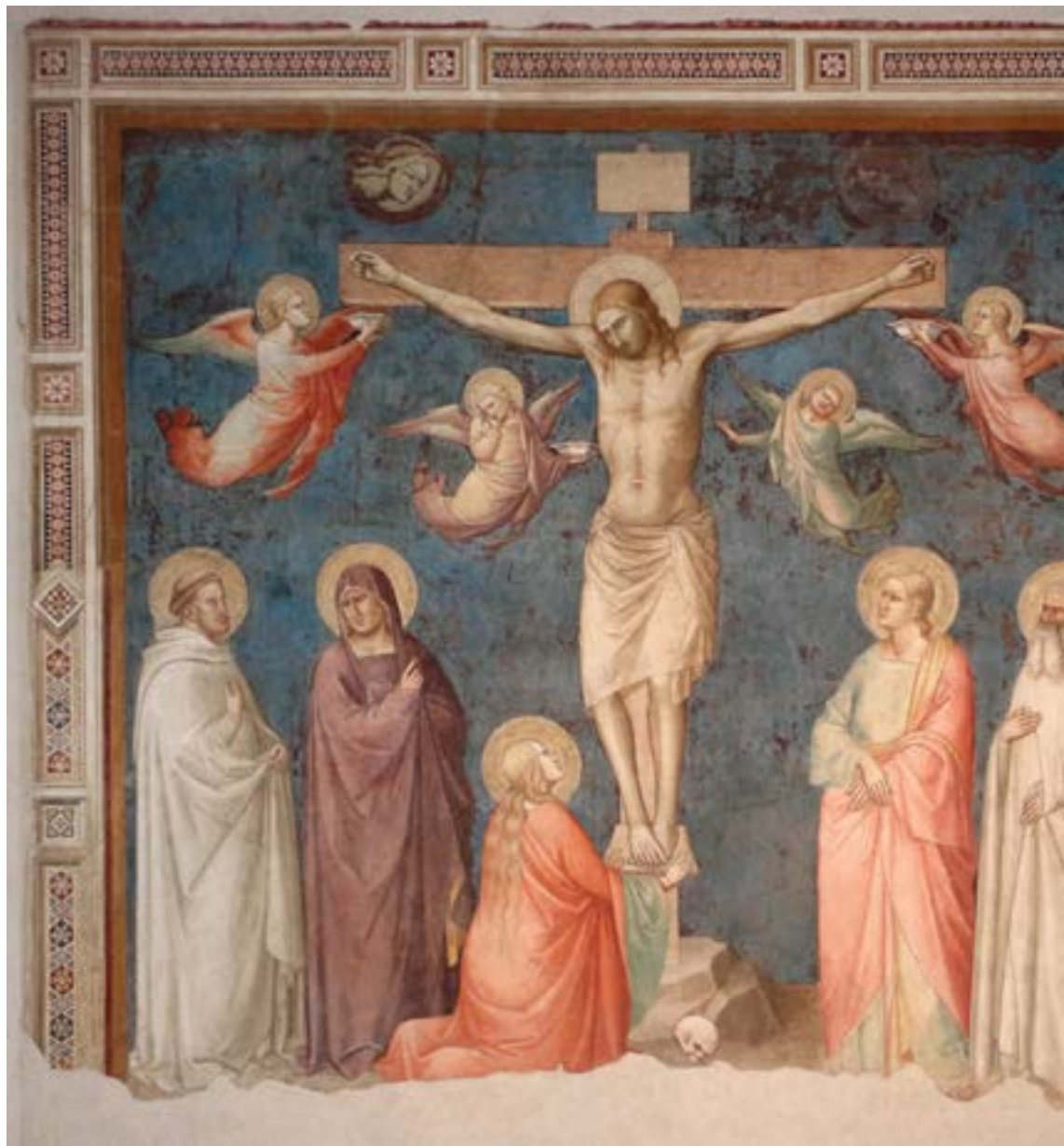
En cuanto a su actividad como pintor, la primera obra atribuida a su autoría fue realizada en 1325, y desde ese momento, hubo una permanente actividad que se extendió hasta el año 1366, fecha de su fallecimiento. Trabajó activamente en la iglesia de la Santa Croce en Florencia, donde existen varias obras de su autoría; en especial las que realizó en la antigua capilla Baroncelli -hoy Giugni-, las mismas que alcanzaron tal grado de perfección en cuanto al uso de las técnicas del Giotto que hay algunos especialistas que todavía dudan acerca de quién es el verdadero autor.

Como decía Vasari, tras la muerte del maestro Giotto, Taddeo fue quien asumió con mayor fuerza su legado, el que se sustentaba en una larga compañía y aprendizaje. Por ello recibió múltiples encargos en Florencia, Arezzo y Pisa, entre otros lugares, donde sus obras destacaron por su calidad artística.

En suma, son numerosas las obras que legó. En su madurez profesional, conformó un prestigioso taller donde tres de sus cuatro hijos, Agnolo, Giovanni y Niccolò se formaron en esta verdadera escuela artística de la cual Giotto había sido su creador. Entre sus descendientes, Agnolo fue el que más se destacó como artista, proyectando así la obra de su padre durante las siguientes décadas hasta finales del “Trecento”, pues falleció en 1396.

Ahora bien, si Taddeo Gaddi fue continuador de Giotto, ¿lo hizo imitando su obra? Una respuesta sugerente a esta inquietud la entregó hace siglos el biógrafo Giorgio Vasari, quien reconociendo la duda razonable en cuanto a si el discípulo superó al maestro, señaló: “Taddeo no abandonó jamás el estilo de Giotto. Pero no puede decirse que lo mejorara demasiado, salvo en los colores, más frescos y vivos que los de su maestro. Sin embargo, se dedicó a perfeccionar otros aspectos y dificultades del arte de la pintura y, si se ocupó del estilo, no poseyó la gracia suficiente para perfeccionarlo. En cambio, después de observar el estilo y aprender lo más fácil de la obra de Giotto, fue capaz de superarlo sin dificultad en el colorido”^[6].

6 Vasari, p.157.



Crucifixión de Onnissanti por Taddeo Gaddi, 1366

Foto: Saillko, CC BY 3.0.



Pero, además, hay otro valor en este proceso de continuidad en el proceso innovador. Gaddi le enseñó a sus hijos las técnicas que había aprendido con Giotto con sus mejoras en el uso de los colores. De esta forma, lo que hizo fue proyectar la obra del maestro hacia el siglo siguiente, el del Renacimiento, pudiendo entregar de buena forma el “testimonio” de esta posta artística que estaba en pleno desarrollo en los tiempos del Humanismo.

ANDREA DE BONAIUTO

Tras Taddeo fueron muchos otros los artistas que continuaron la tradición “giottesca” y entre los que destacó también el pintor florentino Andrea di Bonaiuto, nacido en 1343, quien adquirió fama al trabajar en los frescos de la famosa capilla de los Españoles y en el Camposanto de Pisa.

En el caso del famoso fresco de la sala capitular de Santa María Novella, que Vasari creyó erróneamente había sido pintado por Gaddi, Andrea di Bonaiuto muestra en plenitud la formación en las Artes Liberales clásicas, signo distintivo de los humanistas del siglo XIV. En un fresco retrata las siete ciencias; la gramática, donde incluye al escritor Donato; la retórica en donde aparece una figura leyendo libros; la lógica, donde incluye a Zenón de Elea; la aritmética con el patriarca Abraham; la música, con la representación de Tubalcaín -figura bíblica que representa el progreso-; la geometría, con Euclides, y finalmente la astrología, donde aparece Atlante. En suma, una demostración de cultura clásica grecolatina, y al mismo tiempo con formación en Sagradas Escrituras, algo muy propio en los intelectuales de su tiempo.



Fresco de la capilla de los españoles de Andrea di Bonaiuto, iglesia de Santa María Novella, Florencia

Foto: Saillko, CC BY-SA 3.0.

Si bien solo existen noticias de Bonaiuto hasta 1377, fecha presumible de su muerte, también él, al igual que Gaddi, tuvo discípulos que supieron continuar con el legado de Giotto hasta el siglo siguiente.



De esta forma podemos constatar que Dante y Giotto tuvieron una segunda generación, la que llevó al Humanismo a la madurez. Sin embargo, todavía faltaba la plenitud que posibilitaría el inicio del Renacimiento en el siglo XV, pero una buena cantidad de intelectuales y artistas contribuyeron a consolidar este inexorable camino hacia el cambio de mentalidad.

OTROS GRANDES INTELECTUALES

En esta etapa contribuyeron humanistas como el fraile agustino Luigi Marsili, quien convirtió su convento florentino en un epicentro intelectual a fines del “Trecento”, o más importante aún, figuras como la de Coluccio Salutati, el gran canciller florentino que dignificó a la política, tal como habían soñado los antiguos; es decir, de humanistas comprometidos con la sociedad, tal como lo habían demostrado, por ejemplo, Dante y Boccaccio.

También hubo otras figuras notables como el Papa Nicolás V, quien promovió la llegada del Humanismo a Roma, contratando al gran filólogo Lorenzo Valla y fundando la gran Biblioteca Vaticana en 1448, es decir, coincidente con la invención de la imprenta en Maguncia, Alemania. Este Papa, quien falleció en 1453 tenía gran amistad con el poeta Eneas Silvio Piccolomini, quien también pocos años más tarde, en 1458, llegó a ser Sumo Pontífice convirtiéndose en Pío II. Todos ellos, incluyendo a Valla, y muchos más, vivieron este Humanismo de la primera mitad del “Quattrocento”, prueba concreta que este movimiento intelectual se proyectaba con intensidad hacia la segunda mitad del siglo y que alcanzaría la madurez en el siglo XVI, cubriendo diversos ámbitos del saber, y cuya inspiración estuvo sustentada en el mundo antiguo, en el conocimiento y relectura de los grandes autores grecolatinos.

Sin embargo, quien también representa ese tránsito del Humanismo al Renacimiento es un célebre arquitecto: Filippo Brunelleschi, quien pasó a los anales de la historia del arte con una de la mayores genialidades de las que se tiene memoria: la cúpula autosoportante de la catedral de Santa María del Fiore, en Florencia, otra forma de ver el Humanismo y puerta de entrada definitiva al período que llamamos Renacimiento.

Capítulo





Filippo Brunelleschi: lo clásico hecho realidad

En este mundo de cambios y en un ecosistema que promovía la creatividad, la genialidad y la innovación, hay una persona que superó todo lo imaginable y que hasta hoy representa uno de los íconos más importantes del Humanismo aplicado. Se trata del arquitecto Filippo Brunelleschi, un florentino que provocó una de las disrupciones más extraordinarias de su tiempo, hacer de lo imposible algo realizable, pues logró que la sabiduría del mundo clásico se hiciera viva en el presente, reconstruyendo un puente de conocimientos técnicos que nunca debió haberse interrumpido a través de los siglos.

Este genio de la arquitectura, autor de la cúpula autosoportante de la catedral de Santa María del Fiore, representa aquel ideal del Humanismo en su máxima expresión, aquella en la que la conexión entre el mundo clásico grecolatino y el presente era absolutamente necesaria, en un mundo en el que se había llegado a algunas encrucijadas técnicas que solo hurgando en el pasado podían hallarse las respuestas y soluciones. De hecho, el anteriormente citado Giorgio Vasari decía que Brunelleschi era un enviado del cielo que vino al mundo “para dar nueva forma a la arquitectura, extraviada desde hacía siglos y en la que los hombres de aquella época habían invertido fortunas, construyendo edificios sin ningún orden, sin norma, de triste diseño, con soluciones extravagantes, con desafortunada gracia y peor ornamento. Y habiendo estado la tierra durante tantos años sin un ánimo egregio y un espíritu divino, quiso el cielo que Filippo dejase al mundo la mayor y la más elevada fábrica de los tiempos modernos e incluso de los antiguos, demostrando que, por mucho que el valor de los artistas toscanos se hubiese perdido, no estaba muerto”^[7].

Si bien parecen exageradas las expresiones de aquel famoso biógrafo del siglo XVI en cuanto a restar los méritos a los arquitectos del medioevo y que fueron autores de magníficas obras románicas y góticas, sí es verdad que su genialidad lo puso en un sitio que en su tiempo fue considerado insuperable.

⁷ Vasari, Giorgio. “Filippo Brunelleschi, escultor y arquitecto”, en: *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores, escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Ediciones Cátedra: 2017, pp.251-252.



Escultura de Filippo Brunelleschi por Luigi Pampaloni, 1830

Foto: Richardfabi CCo 1.0.

Nacido en Florencia en 1377, hijo de un prestigioso notario llamado Ser Brunellesco di Lippo Lapi, y de una dama de origen noble, Giuliana Spini, pasó su niñez en una casa que estaba ubicada al lado de la antigua iglesia de Michele Berteldi -hoy San Gaetano- perteneciente a la familia materna, donde recibió una buena educación. Vasari dice que Ser quería que su querido hijo siguiera su misma profesión, en la cual había alcanzado gran éxito pues era el notario de uno de los consejos de la ciudad conocido como “Los diez de la guerra” y por la cual tenía un mundo de relaciones muy extenso. Pero también cabía la posibilidad de que siguiera la profesión del abuelo que había sido un reconocido médico. Sin embargo, desde temprana época, los intereses de Filippo se inclinaron por otro camino.

Si bien se formó en las letras y matemáticas, demostrando gran ingenio y espíritu, las habilidades innatas en las manualidades convencieron a su padre que su vocación iba por el camino del arte. Por tanto, procuró que tuviera la mejor formación y “le hizo aprender a manejar el ábaco y a escribir, y después de esto lo encaminó al arte de la orfebrería, para que aprendiera a dibujar con un amigo suyo. Esto satisfizo mucho a Filippo, que pocos años después de haber empezado a aprender y hacer obras en este arte ya montaba las piedras finas mucho mejor que los viejos artistas de este oficio” [8].

Fue tan fructífera su formación de orfebre, en especial mientras trabajó en el taller de Lunardo di Mazzeo y Piero di Giovanni de Pistoia, que aún existen algunas obras de gran factura que se le atribuyen a su autoría, como las que se conservan en la catedral de San Jacopo de Pistoia, específicamente en el altar del santo. Además, no hay que olvidar que en Florencia, y en la Toscana en general, la orfebrería ya tenía un desarrollo y prestigio de larga data, por lo que el oficio en el que se formó Filippo planteaba un buen escenario de desarrollo y potencial, con técnicas que recuperaban el saber clásico como el nielado, antiguo método romano para decorar la plata, que se estaba usando en aquel tiempo en su ciudad natal.

8 Vasari, p.253.



Altar de plata de San Jacopo, Pistoia.

Foto: Sailko, CC BY 3.0.

Y como dice su antiguo biógrafo en cuanto a que “su ingenio tenía que sobrepasar los límites de este arte”^[9], también incursionó en la manufactura de relojes, habilidad que aprendió tras conocer a personas estudiosas del tema, e indagando acerca del tiempo, del movimiento, de pesos y ruedas; de esta forma supo “cómo se les puede hacer girar y porqué se mueven, e hizo algunos relojes muy buenos y hermosos”^[10].

Pero siempre había algo nuevo que aprender y un entorno que motivaba la inquietud intelectual; un verdadero desarrollo que posibilitaba la formación de un círculo virtuoso en el que Brunelleschi se sentía cómodo, dada las grandes capacidades artísticas que tenía para comenzar un nuevo desafío profesional en el amplio campo de las artes.

Es en este escenario en el que después de completada su formación de orfebre y de incursionar exitosamente en el oficio de relojero, Filippo decidió emprender en el ámbito de la escultura, y así tuvo la fortuna de conocer al joven Donatello, 9 años menor que él, quien décadas más tarde se convertiría en el mejor escultor del alto Renacimiento. Donato di Niccolò di Betto Bardi había nacido en 1386 también en Florencia y, al igual que Brunelleschi, se había formado como orfebre en los talleres de la ciudad. Posiblemente fue en ese contexto en el que se conocieron, entablando una profunda amistad.

Como escultor también demostró tener habilidades sorprendentes aunque lamentablemente la mayoría de sus obras se perdieron; por ejemplo, la de Santa María Magdalena que se ubicaba en la capilla de Santo Spirito, y que se le recordaba como una figura “muy hermosa” pero que desafortunadamente fue destruida en un incendio en 1471.

9 Vasari, p.253.

10 Vasari, p.253.



Escultura de Donatello por Girolamo Torrini, Galería de los Uffizi, Florencia

Foto: Frieda, CC BY-SA 3.0.



Capilla Gondi y el crucifijo de Brunelleschi, iglesia de Santa María Novella

Foto: Saillko, CC BY-SA 3.0.

Sin embargo, sí se conserva un bello crucifijo en la capilla Gondi en la iglesia de Santa María Novella, que también se le conoce como el “crucifijo de Brunelleschi”, talla policromada realizada entre 1410 a 1415 y que es una prueba concreta de las increíbles habilidades de este artista global. De hecho, se cuenta como anécdota que Filippo hizo esta escultura en respuesta a una que había realizado su amigo Donatello y que se conoce como el “crucifijo de Santa Croce”. Al futuro arquitecto le había parecido demasiado naturalista la figura de Cristo y entonces Donatello lo había retado a superarlo. Y como al parecer los desafíos eran la especialidad de Filippo, realizó una talla extraordinaria que se inspiraba en la que el gran Giotto había realizado en el siglo anterior, pero con un sello particular, que se demuestra en el gran conocimiento que tenía sobre la anatomía, complementado con estudios sobre proporción y armonía del mundo clásico, aspectos en el que -a esas alturas de su vida- ya era un experto consagrado.

Y a propósito del desafío, cuando Filippo terminó el crucifijo, invitó a Donatello a su casa para que se sorprendiera con su obra, y cuando el joven escultor la vio, “a éste se le cayó un cesto que había llenado de huevos y otras cosas que iban a almorzar juntos, mientras observaba la obra maravillado por el estilo lleno de ingenio y arte que Filippo había empleado al hacer las piernas, el torso y en los brazos de dicha figura, dispuesta y unida de tal forma, que Donato, aparte de considerarse vencido, lo tuvo por un milagro” ^[11].

En realidad, Filippo y Donatello trabajaban juntos en el arte de la escultura desde principios del siglo, y prueba de ello es que recibieron encargos de los gremios de los carniceros y de los fabricantes de lino para hacer dos esculturas de mármol para la iglesia de Orsanmichele, aunque finalmente fue Donatello quien las realizó.

Sin embargo, en 1401 se produjo un hecho que cambió la vida en el ámbito profesional para Brunelleschi. En Florencia, el consejo de la ciudad decidió llamar a un concurso público para realizar las puertas de bronce de la entrada norte del Baptisterio de San Juan. A dicha convocatoria llegaron siete concursantes, entre los cuales participó el futuro arquitecto, además del propio Donatello, Lorenzo

11 Vasari, p.255.

Ghiberti, Japoco della Quercia, Niccolò d'Arezzo, Simone da Colle y Francesco di Valdambino. El tema que debían realizar los artistas era una escultura del “sacrificio de Isaac” en un cuarterón de bronce con los bordes lobulados. El antecedente a tomar en cuenta es que las primeras puertas del Baptisterio, dedicadas a la vida y muerte de San Juan Bautista, habían sido realizadas en el siglo anterior -específicamente entre 1330 y 1336- por el destacado artista Andrea Pisano, quien había fallecido en 1348 sin que nadie hubiese podido continuar los trabajos con la misma calidad. De hecho, Pisano era considerado en ese entonces el mejor escultor de toda la península itálica y su obra se inspiraba en los trabajos del Giotto y en algunas esculturas clásicas que conocía.

Por lo anterior, habían transcurrido 53 años desde la partida del maestro Pisano cuando el gremio de mercaderes de tela de Florencia, conocido como “el Arte di Calimala”, cuyos miembros formaban parte de la elite social de la ciudad y controlaban una de las actividades más importantes de la vida económica, decidieron organizar y financiar el concurso de 1401, actividad inédita para su tiempo y prueba de los efectos positivos en cuanto a la formación de un ecosistema creativo, un nodo de innovación.





El baptisterio de San Juan, Florencia

Foto: Rodrigo Moreno.

Finalmente, tras un año de trabajo -tiempo fijado para cerrar la convocatoria- los artistas tuvieron que presentar sus obras y un estricto jurado tuvo la difícil misión de elegir al ganador. Giorgio Vasari describe el resultado de las presentaciones: “eran todas muy hermosas y diversas las unas de las otras; unas estaban bien diseñadas y peor labradas, como las de Donato; otras fueron diseñadas muy bien y diligentemente labradas, pero la composición de la escena no tuvo una perspectiva buena, al igual que el caso de Jacopo de la Quercia; un tercero tenía pobre la invención y las figuras, que era la manera en que Francesco di Valdambrino había ejecutado la suya; y los peores de todos eran los de Niccolo d’Arezzo y Simone da Colle”.

En ese escenario, los finalistas fueron Lorenzo Ghiberti y Filippo Brunelleschi. Sin embargo, los jurados del Consejo se inclinaron por la obra del primero, porque estaba muy bien labrada, aparte de un diseño, creatividad y arte que superó a la presentada por Filippo. Sin embargo, también lo realizado por Brunelleschi tenía mucho mérito, ya que en su representación había demostrado una gran madurez profesional con tan solo 24 años de edad. De hecho, el jurado le pidió a Filippo que trabajara con el ganador del concurso, pero finalmente éste no aceptó la oferta pues quería ser el primero y no recibir un premio de consuelo. Ya terminado el concurso, Filippo decidió donar su obra a Cosme de Medici, y hoy ésta se puede contemplar en el Museo Nacional del Bargello, junto con la obra ganadora del referido Ghiberti.

No fue fácil aceptar la derrota para Filippo. Siendo tan exitoso desde niño prodigio en todas las actividades que había emprendido, fue duro asumir una derrota pública contra un artista que consideraba un par, puesto que Ghiberti -que también era florentino- tenía solo 23 años de edad al momento del concurso. Sin embargo, en un entorno donde la competencia era intensa, la perseverancia y la capacidad para reinventarse eran variables de alto valor y Brunelleschi optó por asumirlas con mucha convicción.

Por lo anterior se suele decir que no volvió a esculpir y tallar después de la “derrota del baptisterio”, cosa que sabemos que no es cierta, dado que el citado crucifijo de Santa María Novella fue realizado casi una década más tarde. Lo

que sí parece ser cierto es que no volvió a competir por contratos de escultura, puesto que sabemos que dicho crucifijo lo hizo sin encargo previo; de hecho, él conservó la obra en su casa hasta el final de sus días, cuando recién la donó a los padres dominicos. En suma, dejó de competir en el arte de la escultura pero no por ello dejó de ser uno de los más grandes maestros del oficio.

Lo que sí sabemos es que tras el concurso, Filippo y el joven Donatello viajaron a Roma, y ahí se establecieron por varios años con la intención de estudiar a fondo arquitectura y escultura, respectivamente. Para financiar esta larga estancia en la antigua capital del Imperio, Brunelleschi había vendido una granja en Florencia pero, además, comenzó a hacer pequeños trabajos en arquitectura, nuevo desafío profesional que deseaba emprender y para el cual tenía habilidades que al poco tiempo comenzaron a dar sus frutos.

En Roma, junto con leer lo necesario para sumergirse en esta nueva dimensión del arte, su principal interés y dedicación estuvo en observar, medir y analizar todas las construcciones, monumentos y ruinas de la era republicana e imperial, visibles para muchos pero nunca antes observadas con la prolijidad y ciencia que él lo hizo. Por su parte, Donatello hacía lo propio con las esculturas que estaban visibles aunque también participaron en excavaciones con el fin de rescatar todos los vestigios posibles que sirvieran para recuperar técnicas perdidas que pudiesen ser útiles en el presente: “se dedicó a medir las cornisas y levantar las plantas de aquellos edificios, y ni él ni Donato escatimaban tiempo o gastos. No dejaron de ver o medir nada de lo que pudiera ser bueno en Roma o en el campo”^[12]. En la práctica, aquel entorno visible del mundo clásico que analizamos en capítulos anteriores, comenzaba a tener mayor importancia en el contexto de un Humanismo camino a la madurez; al apogeo.

También sabemos que mientras Filippo vivió en Roma, hizo algunos trabajos de orfebre para poder financiar su larga estancia, puesto que durante mucho tiempo su consagración al estudio y a la investigación fue de dedicación completa, careciendo de un mecenas que hubiese financiado toda esta experiencia intelectual que algún día iba a ser aplicada en la vida pública.

12 Vasari, p.257.

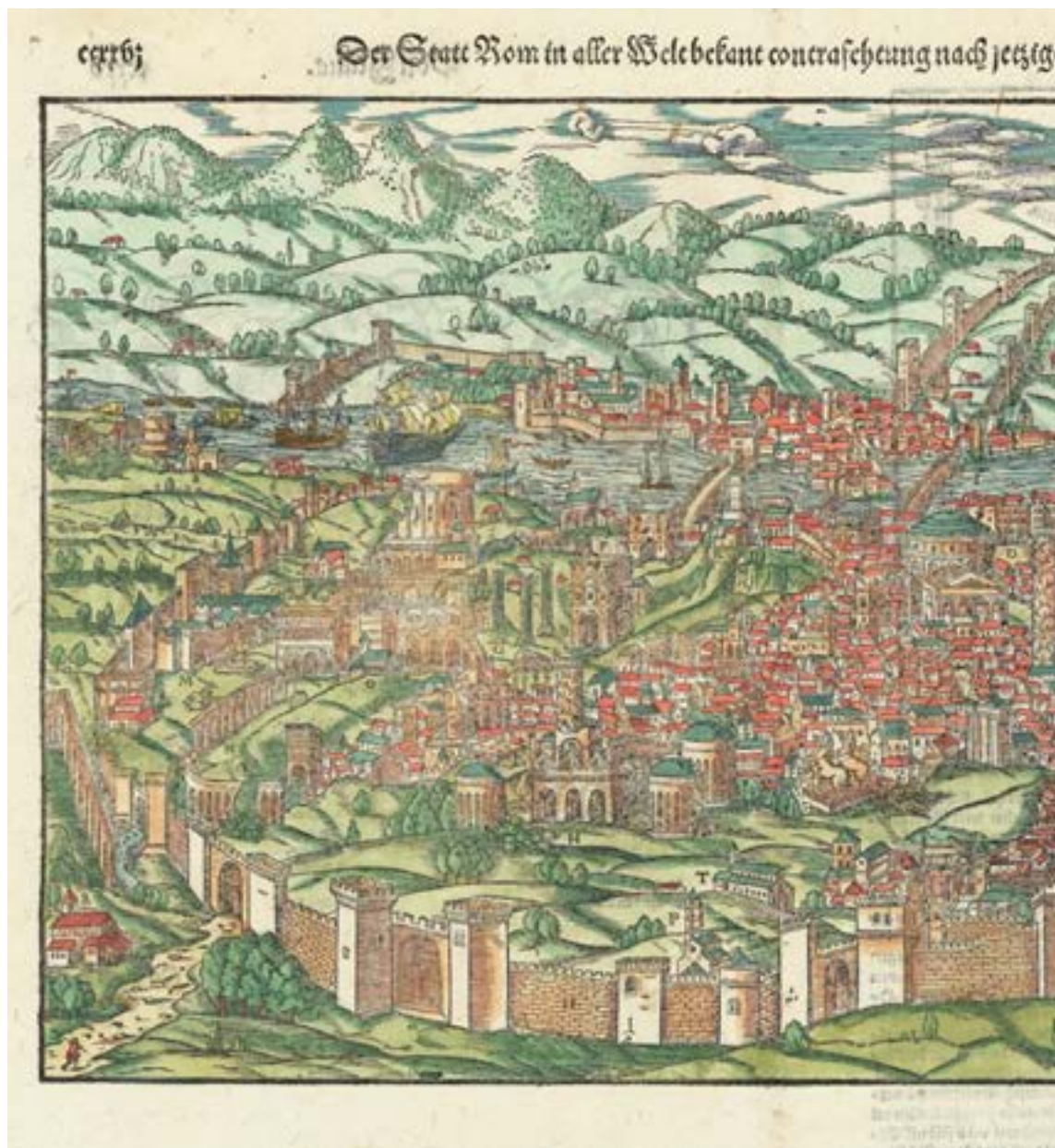


Imagen de Roma según Sebastian Münster, c.1560

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.



Pasado un tiempo, Donatello regresó a Florencia pero Filippo perseveró en Roma hasta que en 1407 regresó a su ciudad natal debido, fundamentalmente, a problemas de salud que le obligaron a moverse hacia el clima de la Toscana. A orillas del río Arno se dedicó a trabajar en proyectos arquitectónicos como, por ejemplo, al acondicionamiento de casas y a reformas arquitectónicas, entre ellas unas que realizó en las oficinas del Palacio de la Señoría. Todas obras menores pero que le ayudaron a posicionarse como arquitecto y constructor, objetivo clave a la hora de enfrentar los desafíos que pronto se vendrían.

Finalmente, una gran oportunidad profesional se presentó para el ahora arquitecto Filippo. La ciudad de Florencia estaba por emprender uno de los más grandes desafíos del siglo en materia constructiva, y este era resolver finalmente el término de la catedral de Santa María del Fiore, que si bien estaba levantada desde fines del siglo XIV, su obra gruesa aún no estaba completa debido a la imposibilidad de construir la cúpula que estaba proyectada.

En realidad, la historia de la catedral era de largo aliento. Hasta 1293 existía la bella iglesia de Santa Reparata, que durante varios siglos había sido la sede episcopal florentina. Sin embargo, en tiempos en que la ciudad creció y evidenció una prosperidad económica ya aludida anteriormente, entre las autoridades y los gremios surgió la idea que se debía de tener una nueva iglesia catedral acorde

con el nuevo estatus que estaba adquiriendo la urbe, con un nuevo estilo arquitectónico en boga en el resto de las más importantes ciudades europeas -el gótico-, y con mayor capacidad para recibir a los fieles.

La nueva iglesia fue diseñada por el arquitecto florentino Arnolfo di Cambio; un maestro consagrado en su tiempo que había trabajado en varias ciudades, entre ellas, Roma, donde había conocido la arquitectura antigua. Sin embargo, respondiendo a los gustos de la época, el estilo gótico fue el elegido, pretendiendo superar en tamaño y belleza a las catedrales de sus rivales como Pisa -románica- y Siena -gótica-, que para entonces ya estaban finalizadas aunque esta última ciudad pretendió años más tarde ampliar considerablemente el edificio, proyecto que, por razones económicas, nunca pudo ser finalizado.

Arnolfo dirigió las obras hasta su muerte en 1302 y no solo legó esta imponente catedral en construcción, que para ese entonces iba a ser la más grande del mundo cristiano católico, sino que también proyectó para la ciudad una arquitectura icónica como el Palacio de la Señoría -también conocido como Palacio Viejo- y la basílica de la Santa Croce, otro símbolo de Florencia.

Fueron varios los arquitectos que continuaron las obras de construcción, entre ellos Giotto, quien, como se señaló en el capítulo 3, asumió la responsabilidad de la construcción del imponente campanil de la iglesia. Sin embargo, tras la muerte del pintor, la obra la continuó el referido Andrea Pisano, quien falleció en 1348 mientras trabajaba de manera paralela en la construcción de la catedral de Orvieto. Su deceso se produjo probablemente por causa de la Peste Negra que se desencadenó ese mismo año.

Precisamente dicha peste, aparte de la tragedia humana ya comentada, provocó la suspensión de las obras de Santa María del Fiore, las que se retomaron en 1351 cuando Francesco Talenti asumió la dirección de las obras, y que incluyeron el término del campanario, con su diseño definitivo, realizando también modificaciones al proyecto de Arnolfo, en especial, ampliando las medidas originales.



Fachada Iglesia de la Santa Croce, Florencia.

Foto: Silvia Rosas Baffigo.

Tras la muerte de Talenti en 1369, su hijo Simone de Francesco Talenti continuó las obras. Sin embargo, para entonces la gran etapa pendiente era levantar la gran cúpula octogonal que debía cubrir el crucero, algo que parecía imposible de realizar de acuerdo con las dimensiones con las que había quedado la iglesia.

Y si a las vicisitudes anteriores agregamos que con el correr del siglo XIV, y en especial a fines de los años 1300, el arte gótico estaba comenzando a declinar en los usos arquitectónicos itálicos, esto significó que la gran catedral de Santa María del Fiore quedara inconclusa a la espera de que la genialidad llegara algún día a solucionar el desafío de terminarla, sin importar si para ello se debía acudir a una nueva propuesta constructiva; a un nuevo arte.

La convocatoria se realizó en 1418 y todo parece indicar que fueron varios los expertos que se presentaron para plantear una solución al problema de la catedral y a su cúpula ausente. Si se ceñían a la planificación original que ideó Arnolfo, se necesitaba construir un sistema de andamiajes y una cimbra, pero dado que el octógono era monumental en tamaño, técnicamente era muy difícil que el proyecto resultara dado el peso que tendría la estructura.

Según Vasari, incluso llegaron arquitectos del extranjero a participar en el concurso que al igual que baptisterio, sería financiado por el “Arte de Calimala”. En este contexto apareció la figura de Brunelleschi, quien ese año fue invitado para proponer algunos consejos constructivos, ante la multiplicidad de propuestas que no lograban convencer.





Imagen de la catedral de Santa María del Fiore y baptisterio de San Juan

Foto: Rodrigo Moreno.

Valga hacer notar que ya la experiencia como arquitecto estaba en su etapa madura, a tal punto que ese mismo año Cosme de Médici le encargó el diseño de la nueva basílica de San Lorenzo, y un año más tarde también se adjudicaría la construcción del hospital de los Inocentes, una construcción significativa para la sociedad florentina.

Pero Santa María del Fiore era el desafío soñado para cualquier arquitecto y, por tanto, no renunció a la posibilidad de ser finalmente el responsable de la obra. De hecho, el concurso se extendió porque ninguna de la propuestas satisfizo a los cónsules encargados de elegir la propuesta ganadora.

Según Vasari, inicialmente Filippo no propuso una solución detallada, pero sus primeros comentarios apuntaban a que no era posible levantar andamios desde la azotea para construir la cúpula.

En realidad fueron dos largos años en los que no se resolvía quién podría levantar la estructura y cerrara definitivamente el enorme agujero que había en el crucero del templo, que más allá de la estética, debía generar problemas prácticos con las lluvias invernales y los calores del verano toscano.

Y en este escenario de incertidumbre nacieron algunas anécdotas que nos hacen imaginar el carácter de Filippo, sabedor de sus capacidades y celoso de sus innovaciones y secretos profesionales que podían marcar la diferencia. Se cuenta que él, en todo este tiempo en que se discutió sobre diversos proyectos y propuestas de solución presentadas por los arquitectos, nunca hizo una maqueta con su propuesta, o al menos nunca la mostró públicamente. Y entonces se cuenta la historia del “huevo”, que Giorgio Vasari la relata así: “ellos hubieran querido que Filippo expusiese sus intenciones de la manera más detallada posible, y que mostrase su maqueta, tal como habían hecho los otros arquitectos; pero él no quiso hacerlo y propuso a los maestros paisanos y extranjeros lo siguiente: que hiciese la cúpula quien pudiera demostrar su ingenio colocando un huevo derecho sobre un mármol plano. Se tomó un huevo

y todos los maestros intentaron ponerlo derecho, pero ninguno supo cómo hacerlo. Entonces le pidieron a Filippo que lo hiciera, y con gracia lo tomó en sus manos, le dio un golpe en un extremo sobre el plano del mármol y consiguió que se quedara de pie. Cuando los artistas estaban rumoreando que también ellos habrían sido capaces de hacer lo mismo, Filippo, riendo, les respondió que también habrían sabido erigir la cúpula si hubieran visto la maqueta o el diseño”^[13]. Es decir, si Filippo les mostraba una maqueta públicamente, todos podrían haber hallado la solución, pero para ello, se requerían años de estudios, como los que él habían invertido en Roma y posiblemente en otros lugares de Italia como Ravena, donde también había ejemplos de cúpulas autosoportantes.

Ahora bien, Manetti, un arquitecto del siglo XV que fue el primer biógrafo de Brunelleschi y que le conoció en persona, fue el que impuso la tesis de que el secreto de la cúpula de Florencia había que hallarlo en el edificio del Panteón Romano de Marco Agripa, “Santa María Rotonda” como también era conocido. De hecho, las biografías posteriores ratificaron esta idea bajo el fundamento de que la única gran cúpula autosoportante de época romana imperial existente en occidente era este magnífico edificio reconvertido en iglesia cristiana en el siglo VII, y que seguía en pie y en pleno uso en el siglo XV y hasta hoy en día.

Vasari, que escribió en el siglo XVI -basándose en Manetti-, decía que Filippo fue el que propuso el método constructivo que los romanos habían usado para hacer el Panteón en el siglo II d.C., aunque reconociendo las diferencias y particularidades que debían enfrentar en el proyecto florentino, señalando que “si se pudiese construir redonda, sería posible usar el método que emplearon los romanos cuando construyeron la cúpula del Panteón de Roma, es decir, la Rotonda, pero aquí es necesario someterse a las ocho caras y atirantar y ensamblar las piedras, todo lo cual será muy difícil. Pero cuando me acuerdo de que este templo está consagrado a Dios, confío en que, como ha sido hecho en su memoria, no dejará de infundir el saber donde no lo haya y de añadir fuerza, sabiduría e ingenio al autor de esta obra” ^[14].

13 Vasari, p.262.

14 Vasari, p.259.

Capítulo 05



La cúpula del Panteón, vista interior, Roma.

Foto: Camila Iturrizagastegui Peirano.



Capítulo 05



El Panteón de Agripa, vista interior, Roma.

Foto: Camila Iturrizagastegui Peirano.



Quedaba claro entonces que la solución definitiva estaba por verse pero que al menos había plena conciencia de que en la sabiduría grecolatina -el pasado-, sumado a las capacidades de innovar y asumiendo los riesgos de la prueba y el error, se podría llegar a buen puerto con el proyecto.

Se dice que Brunelleschi, en esta etapa de discusiones y propuestas, viajó nuevamente a Roma, volviendo a examinar los edificios romanos, incluyendo una subida a la cúpula del Panteón, donde pudo observar detalles de la técnica constructiva. Pero si saliéramos de las tesis de sus biógrafos -Manetti y Vasari-, es posible que también hubiera tomado conocimiento de la arquitectura de Ravena y Constantinopla, donde estaba bien desarrollada la técnica para la construcción de cúpulas, en especial en esta última, donde la catedral de Santa Sofía en Constantinopla era un ícono de la cristiandad ortodoxa, además de ser la iglesia más grande de Oriente y del cristianismo en el mundo en dicho tiempo.

Lamentablemente Filippo no nos legó un tratado en donde hubiese explicado en detalle sus inspiraciones y aportes, por lo que las ideas de que fue la antigua capital del Imperio Romano la clave de su genialidad arquitectónica, sigue vigente de manera casi incuestionable.

Verídica o no la anécdota del “huevo” y sus argumentos recogidos por sus biógrafos, lo cierto es que en 1420 se le encargó a él la construcción de la cúpula, asumiendo el mayor desafío profesional de su vida. Sin embargo, al poco tiempo se enteró que los custodios de la catedral, junto con los miembros del gremio financiero, invitaron a Lorenzo Ghiberti para que se sumara a la construcción acompañando en los créditos a Brunelleschi, incluso con el mismo sueldo. La razón de tal determinación se sustentaba en el gran reconocimiento que tenía el escultor entre los miembros del gremio contratante y, en especial, de algunas figuras influyentes en el Consejo de la ciudad. Sobre este sensible punto, Vasari señalaba: “Ghiberti gozaba entonces de mucho crédito, por haber demostrado su ingenio en las puertas de San Juan; el aprecio que le tenían algunos de los hombres más influyentes en el gobierno quedó claramente de manifiesto,

pues, cuando vieron que aumentaba la gloria de Filippo, en virtud del amor y el afecto que le tenía a esta fábrica, influyeron en los Cónsules y custodios para que Lorenzo fuera el compañero de Filippo en esta obra”^[15].

A Filippo no le sentó nada bien este nombramiento y la verdad es que tenía buenas razones, puesto que Ghiberti podía ser una autoridad en el arte de la escultura pero nada tenía que hacer en cuanto a sus conocimientos de arquitectura y construcción. De hecho, en los primeros años de la obra solo se avanzaba en la construcción cuando Brunelleschi estaba presente y cada vez que por alguna razón no pudo estar *in situ*, Ghiberti fue incapaz de dirigir las obras porque en realidad no era el autor del proyecto. Solo con el tiempo, en 1425, las autoridades decidieron que el superintendente de la obra debía ser solamente Filippo y así lo fue hasta la finalización de la cúpula en 1436.

En cuanto a la propuesta, la clave para concretar la obra estaba en levantar dos domos: uno interno y otro externo. La base de ambos era común y estaría realizado en piedra, de unos 17 metros de altura para después levantar ambas estructuras con ladrillos dispuestos con una técnica conocida como “espina de pez”, usada desde tiempos romanos pero no en edificios de tanta envergadura. Ambos domos estarían separados por un espacio que permitiría ascender hasta la linterna que coronaría la cúpula y que sería construida años más tarde. El porqué de hacer estas dos estructuras, sigue siendo un misterio aunque existen varias hipótesis. Algunos pensaban que era para ocultar los “secretos” constructivos de Filippo, presentes fundamentalmente en el domo externo. Sin embargo, la más creíble es que era la única forma para evitar que un solo gran peso presionara el tambor. En la práctica, fue una solución de cálculo que garantizaba la permanencia de la estructura en el tiempo. Sobre este punto, el mismo Brunelleschi decía: “Creo que los arquitectos no tienen en consideración la eternidad de la construcción no tienen amor por la memoria, que es en nombre de lo que se ha de construir. He decidido abovedar internamente esta cúpula en gallones a partir de cada una de las caras, y darle las proporciones y la curva de cuarto punto: debido a que se trata de un arco cuyos empujes van hacia arriba, y esto, junto con el peso de la linterna, hará la cúpula perdurable”^[16].

¹⁵ Vasari, p.264.

¹⁶ Vasari, p.262.

Capítulo 05



Vista del campanario y cúpula de la catedral de Santa María del Fiore

Foto: Rodrigo Moreno.



Capítulo 05



Vista panorámica de Florencia con el Palacio de la Señoría a la izquierda y la catedral a la derecha

Foto: Rodrigo Moreno.



Como se señaló, Brunelleschi había descartado la fabricación de andamios, por lo que la construcción se apoyaría en artefactos y máquinas ideadas por él mismo, que apoyarían el trabajo de quienes laboraban a más de 55 metros de altura. Por ejemplo, inventó el cabrestante reversible, el que gracias a una yunta de bueyes, servía para subir y bajar el material. También fabricó una grúa de 20 metros cuya función era elevar cargas o desplazarlas hacia los costados si es que ya habían alcanzado la altura necesaria. En la práctica, puso todo el ingenio al servicio de un mejor proceso constructivo y también salvaguardando la seguridad de los operarios: “inventó los goznes y los ejes, y así allanó las dificultades de la arquitectura llevándola a un grado de perfección quizá nunca antes alcanzado por los toscanos”^[17]. Fue tal la genialidad de sus inventos que un joven prodigio, Leonardo da Vinci, las dibujó medio siglo más tarde.

El proceso constructivo estuvo lleno de viscisitudes, totalmente imaginables en un período que se extendió por 16 años. Sin embargo, cada imprevisto era solucionado por el genio inventivo del maestro arquitecto, pero también por un equipo de constructores que supieron concretar exitosamente las indicaciones de Filippo. Vasari señala al respecto: “Inspeccionaba las piedras de los tallistas para asegurarse de su pureza y dureza y les daba maquetas de madera, de cera o hechas por nabos para mostrarles cómo debían ser el corte y las juntas de las mismas. Y lo mismo hacía con los herreros”^[18].

Mientras se desarrollaba la construcción, Filippo tuvo la fortuna de conocer a Paolo del Pozzo Toscanelli, el destacado humanista florentino, quien habiendo estudiado en la Universidad de Bolonia, se había doctorado en Medicina en 1424. Ya de regreso en su ciudad natal, el nuevo doctor tomó contacto con Filippo con quien entabló una larga amistad y fue de gran ayuda en los progresos que Filippo tuvo en geometría, ciencia que el arquitecto nunca había estudiado en términos formales, pero que “razonaba de tal modo, gracias a su práctica y a su experiencia”^[19], había llegado a dominar las artes matemáticas que sorprendía al propio Toscanelli.

Precisamente la geometría fue vital a la hora de ir solucionando los desafíos que le planteaba el proceso constructivo de la cúpula de la catedral, por lo cual

17 Vasari, p. 269.

18 Vasari, p. 269.

19 Vasari, p.255.

podemos afirmar que Brunelleschi, un verdadero autodidacta en arquitectura y que descubrió el mundo clásico a través de la observación y la experiencia, finalmente también tuvo una formación integral, en las Artes Liberales.

De hecho, en esta etapa adulta de formación continua, sus biógrafos dicen que creció su interés por la teología; en particular por las sagradas escrituras, al igual que arribó a la literatura, convirtiéndose en un gran admirador del primer humanista, Dante Alighieri, porque el poeta, con aquella profunda influencia clásica, solía describir los lugares y sus proporciones, algo con mucho sentido en el pensamiento matemático de Brunelleschi.

En la práctica, Toscanelli fue la persona que vino a completar la entrada del genial arquitecto al mundo humanista, que a estas alturas de la vida estaba aportando a la sociedad florentina todo su conocimiento y experiencia del mundo clásico, incluso mucho más allá de lo que estaba realizando en la cúpula de Duomo, puesto que, por ejemplo, sus descubrimientos sobre la perspectiva lineal lo terminaron consagrando como el “padre” de una técnica que revolucionó la arquitectura y el arte en el mundo moderno. Este secreto, que ya el Giotto había insinuado en sus obras un siglo antes, consistía en que todas las líneas de un dibujo convergen en un punto que fuga creando la sensación de profundidad. En definitiva, Brunelleschi fue pionero en abordar el tema de la perspectiva aunque a diferencia del maestro Giotto, aplicó criterios de una manera científica.

A propósito de Toscanelli, existe una anécdota que en forma involuntaria conecta a Brunelleschi con Cristóbal Colón. Años más tarde, en 1464, cuando Filippo había muerto y Paolo del Pozzo estaba en el madurez de su carrera científica, escribió una carta a un amigo humanista portugués, que trabajaba con el rey de Portugal, para comentarle acerca de nuevos cálculos del tamaño de la esfericidad de la tierra en el perímetro de su circunferencia. En dicha carta, adjuntaba un mapa del mundo en que situaba a Japón y China más cerca de Europa y, por tanto, hacía parecer más factible un posible viaje entre ambos continentes, asumiendo que no existía América y que el Atlántico era el océano

que bañaba ambas costas. Años más tarde dicha carta y mapa llegaron a manos de Cristóbal Colón, quien usó a Toscanelli como fundamento científico para realizar su viaje, tal como Brunelleschi usó la geometría que aprendió de él. Ahora bien, en la cúpula autosoportante del Duomo no se equivocó, pero con respecto a las medidas de la tierra, sí. ¿Qué había pasado? Toscanelli había basado sus cálculos de la esfera terrestre en un clásico del mundo antiguo, Ptolomeo, que ya contenía errores, pero si se hubiese basado en un autor aún más antiguo, Eratóstenes, no habría existido dicho fallo que también terminó engañando involuntariamente a Colón.

Volviendo a la famosa cúpula autosoportante, finalmente pudo ser terminada el 25 de marzo de 1436. Dicho día, fiesta de la Anunciación, el papa Eugenio IV consagró la iglesia, con su estructura terminada. Debió ser una ceremonia espectacular y, más notable aún, que su arquitecto siguiera con vida. Este tipo de obras eran de tan larga duración que sus creadores solían no sobrevivir para verlas; este no fue el caso del gran Brunelleschi.

Pero si bien la catedral estaba formalmente concluida, había varias obras pendientes que se abordarían más tarde. Una de ellas era la fachada, cuya decoración definitiva se concluyó siglos después. Y la ornamentación interior continuó con trabajos durante varios años, en los cuales participaron sus amigos Donatello, Uccello, della Robbia y el propio Ghiberti, entre otros. Pero en lo inmediato había que terminar la linterna que coronaba la cúpula. Para ello, se convocó a un nuevo concurso que también ganó Brunelleschi. A estas alturas, estaba claro que la persona más confiable para intervenir la joya de la catedral, la cúpula, era su propio autor.

La primera piedra de la obra final se puso a comienzos de 1446, pero a principios de abril del mismo año, Filippo Brunelleschi fallecía sorpresivamente en su ciudad natal a las 69 años de edad. Su funeral fue multitudinario, como se merecía, llorado incluso por quienes no le apreciaban tanto en vida dado su dureza de carácter. En el velatorio, su cuerpo, vestido de blanco fue puesto justo debajo de la cúpula, con cirios encendidos, con su “mirada” hacia su obra maestra. Y tras la ceremonia, su cuerpo fue depositado en la cripta, en el espacio reservado a los grandes, como en realidad lo era.



Fachada de Santa María del Fiore

Foto: Rodrigo Moreno.

Capítulo 05



Imagen del interior de la cúpula con fresco de Giorgio Vasari

Foto: Rodrigo Moreno.

Giorgio Vasari, también arquitecto y además coautor de los frescos que se pintaron en la cúpula un siglo más tarde, sintetizó lo que significó Brunelleschi: “me parece que se puede asegurar que desde los antiguos griegos y romanos hasta la actualidad no ha habido un artista más extraordinario y excelente”^[20].

Uno de sus discípulos hizo un retrato que fue puesto al interior de la Catedral con el siguiente mensaje en latín que resume muy bien lo que significó su figura para Florencia y para la historia de la arquitectura; un homenaje a un personaje excepcional que hizo del pasado, un presente vivo e innovador. El texto dice lo siguiente: “Dios Santo, cuánto ha significado el arquitecto Filippo en el arte de Dédalo lo muestran, por un lado, la maravillosa bóveda de este célebre templo, por otro, las muchas construcciones concebidas por su divino talento. Y además, por las notables dotes y virtudes singulares de su alma; su patria agradecida mandó que su cuerpo fuera inhumado en este lugar el 17 de abril del 1446”^[21].



Cenotafio de Filippo Brunelleschi por Andrea Cavalcanti, catedral de Santa María del Fiore

Foto: Sailko, CC BY 3.0.

20 Vasari, p.276.

21 Vasari, p.277.

Como señaló en su momento el historiador E. Gombrich, Brunelleschi fue el iniciador de la arquitectura del Renacimiento, y prueba de ello es que otras obras como la basílica de San Lorenzo, la basílica de Santo Spirito, el Hospital de los Inocentes y la capilla Pazzi también son consideradas obras maestras de la arquitectura del siglo XV, y antesala del gran Renacimiento. De hecho, sobre la bella capilla que se le encargó para la familia Pazzi, Gombrich señala en forma categórica que Filippo “combinó columnas, pilastras y arcos en su propio estilo para conseguir un efecto de levedad y gracia, distintos a todo lo realizado anteriormente”^[22].

En cuanto a la construcción de la linterna que quedó pendiente producto de la muerte del autor, también sirvió como un legado del gran arquitecto, puesto que su discípulo y amigo Michelozzo la pudo terminar en 1461. Y luego se sumó la esfera de oro en la parte superior, la que fue elaborada por el gran Andrea del Verrochio entre 1468 y 1471. Lamentablemente un rayo dañó la esfera en 1492 y otro la derribó en 1601; sin embargo, fue restaurada un año más tarde.

En definitiva, Filippo Brunelleschi, más que una figura histórica que vivió en tiempos del Humanismo, representa aquel espíritu que supo aprovechar un entorno de creatividad y desarrollo, vinculando de manera magistral lo mejor del mundo antiguo con el estado de las artes en los tiempos en que él vivió. Una buena mixtura entre experiencia práctica y formación profesional global, necesaria en su época y fundamental en nuestros días.

Capítulo





Reflexiones para el mundo de los negocios y las organizaciones

El surgimiento de esta nueva corriente de pensamiento conocido como Humanismo trajo consigo grandes transformaciones en el siglo XIV, en aquella famosa centuria que los italianos simplemente llamaron “Trecento” y que se inserta dentro de lo que tradicionalmente conocemos como Edad Media.

A propósito de este último concepto, tal como lo hemos tratado, no es necesario caer en las clásicas simplificaciones que identifican a la Edad Media como una época de oscurantismo y atraso, porque bajo esta afirmación deberíamos tener claro que el Humanismo también fue medieval y que personajes como Dante y Giotto -por citar algunos- también fueron hijos de su tiempo.

Lo que en verdad ocurrió es que como en todas las épocas de la historia, las personas vivieron y se desarrollaron de acuerdo con sus circunstancias y contextos, y, por tanto, en todo tiempo se ha convivido con luces y sombras donde algunas veces unas priman más que otras. En suma, el medioevo fue un tiempo de contrastes y a los ojos de lo que hemos visto, el Humanismo fue una de las caras luminosas de un largo período de la historia que hay que mirar con el mismo espíritu crítico con el que debemos evaluar la antigüedad clásica, la época moderna y el mundo contemporáneo.

Entonces, en ese contexto, la primera enseñanza que podemos extraer para nuestro mundo actual es que el Humanismo se podría definir como una instancia de oportunidades en un escenario complejo, es decir, un ecosistema propicio para quienes se sentían llamados a participar en cambios, transformaciones e innovaciones.





Mapa de Florencia y sus dominios por Abraham Ortelius, 1603.

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

El Humanismo convivió con un escenario complejo y ese es el valor de esta corriente de pensamiento que promovía cambios de mentalidad. En la península itálica había problemas graves como en el resto de Europa. Solo pensar en la Peste Negra y sus catastróficas consecuencias que podían sepultar cualquier posibilidad de desarrollo en el resto del siglo, es una muestra de que aquel famoso siglo XIV fue complejo. Sin embargo, los tiempos de dicha pandemia fueron también coincidentes con la luminosidad de Boccaccio y Petrarca, algo que puede parecer sorprendente pero cierto.

Por lo anterior, no es un simple eslogan cuando se señala que las dificultades posibilitan oportunidades; es algo absolutamente real y, prueba de ello, es que los griegos de la antigüedad entendían el significado de la palabra crisis como el mejor momento para tomar buenas decisiones; como una oportunidad de avanzar.

Por ello, debemos entender que la convulsionada Baja Edad Media posibilitaba espacios de reacción, de buenas ideas, del mismo modo que nuestro mundo postmoderno ofrece ecosistemas de creación en medio de permanentes conflictos y crisis. Ahora bien, hay que saber identificar ciertas características que hacen posible el surgimiento de este tipo de fenómenos centrífugos virtuosos porque, aunque se quisiera que fuese de otra manera, no en todos los lugares del mundo se dan las posibilidades para realizar cambios, innovaciones y transformaciones. En este sentido, el Humanismo se dio principalmente en el norte de Italia porque ahí hubo condiciones específicas que se desarrollaron a través de los capítulos. Hubo educación, desarrollo económico, capital humano, talentos específicos, conectividad y vestigios visibles de la antigüedad.



Todo, en una suma de factores que posibilitaron la gestación de nodos de desarrollo que tuvieron, como consecuencia, el nacimiento y la consolidación de un movimiento intelectual que hizo posible convertir algunas regiones de la península itálica en verdaderos epicentros de la innovación en las letras, las ciencias y en el arte. En este contexto, sin lugar a duda, la República de Florencia tuvo un papel preponderante en el nacimiento del Humanismo, aunque hay que reconocer que no fue porque ahí se promovió el nacimiento de esta corriente de pensamiento, sino porque en dicha ciudad se dieron con mayor claridad la fusión de variables que en otros lugares no siempre se lograron reunir, o que si lo hicieron, no se pudieron proyectar por largo tiempo.



Florencia a fines del siglo XV según Hartmann Schedel

Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Tal como se pudo observar a través de los capítulos, hubo Humanismo en Bolonia, en Pisa, en Pavia, en Padua, en Venecia, en Rávena, en Roma y también en la sureña Nápoles. Quizás esta última ciudad, capital del otrora Reino del mismo nombre, podría llamar la atención por su ubicación geográfica en el sur peninsular. Sin embargo, aquello se debió al liderazgo del Rey Roberto I de Anjou, quien posibilitó un escenario atractivo para el desarrollo de la vida intelectual y las ciencias; un verdadero polo de desarrollo que lamentablemente no tuvo gran continuidad tras la muerte del rey. También Aviñón fue un nodo externo al norte de Italia, el que se explica por la instalación del Papado y su corte en dicha ciudad francesa a partir de 1309.

Sobre este último punto, una enseñanza que nos deja el Humanismo es que en los procesos de cambio hay movilidad, espacios dinámicos y cambiantes, por lo tanto, hay que estar atento a ubicar dichos escenarios a través de una correcta observación del entorno, en el cual se analice una serie de variables que explique el por qué en momentos puntuales se generan estos núcleos de desarrollo; cuándo estos podrían quedar obsoletos o cómo se podrían recuperar antiguos espacios de creatividad.

En cuanto a los personajes estudiados, en todos ellos podemos hallar un denominador común: el pasado es una variable que les sirvió para desplegar su capacidad creativa. Es decir, el conocimiento preexistente, incluso el que parecía obsoleto y olvidado les sirvió para construir un nuevo saber, fundamentado y potenciado. Este punto no deja de ser relevante para el presente en cuanto a que existe la tentadora creencia de que el pasado no es útil y, por lo tanto, suele no ser considerado en las variables de análisis y de diagnósticos. Sin embargo, la evidencia nos dice que, si no conocemos el pasado, nuestro conocimiento del entorno es parcial y, así, queda peligrosamente mutilado como para extraer conclusiones asertivas.

Tal como se señaló, del pasado podemos recuperar conocimiento perdido u obsoleto, así como lo hicieron los humanistas, porque es dicho saber el que, habiendo sido relevante en algún período lejano, puede volver a tener plena vigencia o nuevos usos acorde con las circunstancias y contextos. El ejemplo de

Santa María del Fiore nos llama a reflexionar cómo una técnica en desuso en el mundo medieval -primó el románico y el gótico- terminó por retornar en gloria y majestad en el Renacimiento, gracias a humanistas como Brunelleschi que supieron equilibrar el estudio del pasado y el genio creativo.

Tampoco se trata de mirar el pasado y creer que ahí están todas las soluciones, pero la experiencia de conocerlo, aunque no se extraiga conocimiento que se pueda usar en forma concreta, permite mejorar la capacidad analítica y acrecienta la experiencia, una de las armas más poderosas de la prevención.

Otra enseñanza que nos dejan estas vidas de humanistas es que la construcción de redes fue vital a la hora de promover estos espacios creativos o círculos virtuosos. Todas estas figuras no trabajaron solas, sino que articularon saberes e hicieron posible la multiplicación de estos, porque los humanistas fueron generosos en hacer visible el mundo clásico, pero no por mero romanticismo, sino por la convicción de que dicho rescate o relectura iba en directo beneficio de ellos y de la sociedad.

También creemos necesario insistir en la educación como una importante variable de reflexión para los negocios y las organizaciones. Se requiere desarrollar las habilidades blandas que se obtienen principalmente a través de las Artes Liberales. Además, los humanistas nos enseñaron que hay que procurar tener una formación más global, sin necesidad de perder la especificidad de la profesión. Más globalidad significa mayor apertura de mente y, por tanto, sería más que recomendable que dicha amplitud de miradas llegara a la alta dirección de las organizaciones, en especial a los directorios y cargos de responsabilidad. Si los humanistas nos enseñaron a que el ser humano es el protagonista de este mundo creado, entonces es hora de tener más conciencia que vivimos y trabajamos con personas.

Por último, esta obra nos enseña la importancia de la promoción de talentos. En varios de los ejemplos observados vimos cómo nuestros personajes descubrieron su vocación durante el camino de sus vidas, a veces con el apoyo de sus seres queridos y en otros casos con la oposición de estos. Sin embargo,

queda la convicción que mientras más temprano sepan identificar potenciales talentos, mejor. Felizmente para la historia, en el período renacentista de la segunda mitad del siglo XV se invirtió fuertemente en este punto, aflorando en su plenitud los mecenas de las artes y las letras, emulando con ello una buena práctica del mundo antiguo, como la de Cayo Mecenas, gran promotor de la cultura en tiempos de Octavio Augusto; otra prueba de que en el pasado hay muy buenas razones para buscar inspiración.



Bibliografía

1. Alighieri, Dante, *Divina Comedia*, Espasa, Barcelona, 2015.
2. Boccaccio, Giovanni, *Decamerón*, Espasa, Madrid, 2018.
3. Burke, Peter, *El Renacimiento Europeo*, Crítica, Barcelona, 2000.
4. Burke, Peter, *El Renacimiento Italiano, cultura y sociedad en Italia*, Alianza editorial, 1999.
5. Burke, Peter, *El Renacimiento*, Crítica, 1999.
6. Chines, Loredana. Francesco Petrarca. En Eco, Umberto. *Edad Media III: castillos, mercaderes y poetas*. Ciudad de México: FCE, 2018.
7. Cordua, Carla, “El Humanismo”, *Revista Chilena de Literatura*, 84 (2013), pp. 9-17.
8. Fernández Gallardo, Luis, *El Humanismo Renacentista. De Petrarca a Erasmo*, Arco libros, Madrid, 2000.
9. Garcia Salgado, Tomás, “Brunelleschi, Il Duomo y el punto de fuga”, *Ciencias*, 49 (1998), pp. 58-66.
10. Garín, Eugenio, *La revolución cultural del Renacimiento*, Crítica, Barcelona, 1981.
11. Ginés Fuster, Beatriz, “Beatrice Portinari como esencia de inspiración. El caso de Dante Alighieri y Dante Gabriel Rossetti”, *Saitabi* 62-63 (2012-2013), pp.317-329.
12. Gombrich, Ernst, *La Historia del Arte*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
13. González, Enrique, “Hacia una definición del término Humanismo”, *Estudis* 15 (1989), pp. 45-66.

14. Hale, John R., *Enciclopedia del Renacimiento Italiano*, Alianza editorial, Madrid, 1984.
15. Moller, Violet, *La ruta del Conocimiento*, Taurus, Madrid, 2019.
16. Páez de la Cadena, Francisco, “La conversión de Agustín en las Confesiones traducida por Petrarca como una imitatio humanista. Una lectura de su polémica carta del Ventoux (Fam.IV,1), ©Ecozon@ 2014, vol.5, nº1.
17. Peters, Edward. “The Sacred Muses and the Twelve Tables: Legal Education and Practice, Latin, Philology and Rhetoric, and Roman History”. In Pennington, Kenneth. Eichbauer, Melodie H.(editors). *Law as Profession and Practice in Medieval Europe: Essays in Honor of James Brundage*. London & New York: Routledge, 2011, pp.137-152.
18. Petrarca, Francesco, *Cancionero*, Alianza editorial, Madrid, 1995.
19. Petrarca, Francesco. *The Sonnets, Triumphs, and Other Poems of Petrarch*. Edición de Thomas Campbell. Ulan press, 2012.
20. Petrucci, Armando. *Libros, escrituras y bibliotecas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2011.
21. Piccolomini, Eneas Silvio, *La Europa de mi tiempo*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998.
22. Suárez, Diego. “En los inicios del Renacimiento. La cúpula brunelleschiana y reflexiones sobre Paolo Uccello”. *Anales de Historia del Arte* 75, vol. 25, pp. 75-103.
23. Vasari, Giorgio, *Las Vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2017.
24. Valdés, Nicolás, *El camino narrativo de Boccaccio*, *Philología* 7 (1992), pp. 285-297.
25. Waywell, Geoffrey. “El arte”. En: Jenkyns, Richard (ed.). *El legado de Roma, una nueva valoración*, Ediciones Critica, Barcelona, 1995, pp.269-297.



Agradecimientos

A todas aquellas personas que hicieron posible la edición y publicación de este libro:

Barry Lawrence Ruderman, Antique Maps, La Jolla, California.

Personal de la Biblioteca Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar y Santiago de Chile.

Cecilia Inojosa Grandela, UAI, Viña del Mar.

Camila Iturrizagastegui Peirano, UAI, Viña del Mar.

María Alejandra Barrientos, EY Perú.

Alejandra Barreda, EY Perú.

Miya Mishima, EY Perú.

Paul Mendoza, EY Perú.

Pablo Núñez Cook, UAI, Viña del Mar.

Paulo Pantigoso, EY Perú.

Silvia Rosas Baffigo, Lima, Perú.

Otras publicaciones

de Rodrigo Moreno y EY Perú



2016

Cristóbal Colón, el emprendedor

Una historia en clave de negocios

Cristóbal Colón es un personaje fascinante y de su vida, muchas veces enigmática, se pueden extraer enormes enseñanzas para el presente y el futuro, tanto en lo profesional como en lo personal. En esta obra se aborda su figura desmitificada, con luces y sombras, poniendo en valor el famoso proyecto del descubrimiento, el cual en realidad era una empresa que buscaba, ante todo, convertirse en un éxito comercial. Este célebre navegante genovés se debe entender en un siglo de cambios e innovaciones, en donde afloró, en plenitud, su espíritu emprendedor.



2017

MAGALLANES Y ELCANO

LA EMPRESA DE LA PRIMERA CIRCUUNAVEGACIÓN DEL MUNDO

RODRIGO MORENO JERIA



Magallanes y Elcano

La empresa de la primera circunnavegación del mundo

Fernando o Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano son dos personajes importantes de la historia moderna, al cual les une el honor de haber participado en lo que se conoce como la primera circunnavegación del mundo entre 1519 y 1522, y cuyo hito relevante fue el descubrimiento del Estrecho de Magallanes, constatación empírica de que había un paso que conectaba los océanos Atlántico y Pacífico.



2018

AMÉRICO VESPUICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES

RODRIGO MORENO JERIA



Américo Vespucio

La capacidad de identificar oportunidades

Américo Vespucio es una figura poco conocida en la historia del Nuevo Mundo, a pesar de que es a él a quien nuestro continente debe su nombre. Este personaje, lleno de misterio, ha sido motivo de investigación de historiadores que buscan dar a conocer su cara más real. En esta obra se puede observar una nueva interpretación, la de un Américo con virtudes y defectos, pero con la capacidad de observar su entorno y comunicar sus convicciones.



Encuentra la versión digital de
"El humanismo: las huellas de la innovación"
y otras obras de Rodrigo Moreno ingresando a:
www.ey.com/es_pe/growth/la-historia-en-ey

El humanismo las huellas de la innovación

desde Dante Alighieri hasta Filippo Brunelleschi

Rodrigo Moreno Jeria

El Humanismo fue la manifestación intelectual, literaria y artística de un cambio de mentalidad que progresivamente, desde fines del siglo XIII y durante más de doscientos años, posibilitó un proceso de cambios, de desarrollo y progreso en los distintos saberes, desde las humanidades hasta las ciencias, beneficiándose, de paso, de los múltiples factores que aceleraron el proceso, como por ejemplo, el nacimiento y desarrollo de las universidades; y de la migración de intelectuales Bizantinos hacia la península itálica, en especial desde el siglo XIV, y particularmente en el siglo del derrumbe definitivo del otrora gran Imperio bizantino. No podemos entender el Renacimiento sin el Humanismo o, dicho de otra forma, lo que conocemos como Renacimiento es, en realidad, una expresión artística del Humanismo, puesto que fue necesario primero un cambio de mentalidad, un largo proceso de transformación, que desencadenó luego en aquella explosión de creatividad y genialidad que tuvo su apogeo en figuras de la talla de Leonardo o de Miguel Ángel. Es por ello que este libro es el primero de dos obras desarrolladas por Rodrigo Moreno que tocan temas que están estrechamente relacionados: el Humanismo y el Renacimiento.



ISBN: 978-612-48218-2-0

